

Tray Mocha

REVISTA

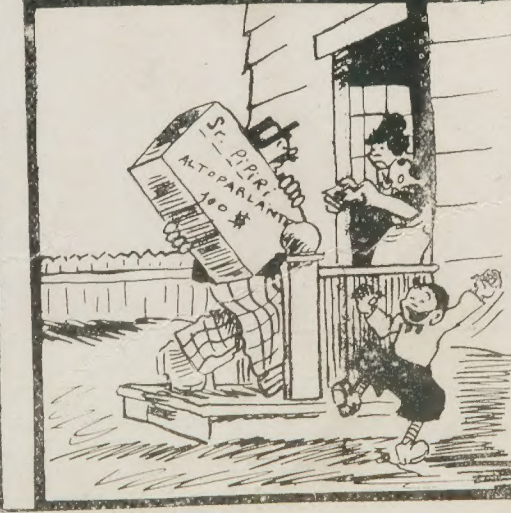
SEMANAL



“Un pichicho feliz”

Por Ferrando

N.º 808



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, octubre 18 de 1927

N.º 808

Comentarios de la semana, por Rojas



—¿Qué cosa bárbara es fusilando al presidente Calles, de Méjico!
—Pues no se alarme usted, porque hay literatos que fusilan mucho más que Calles...

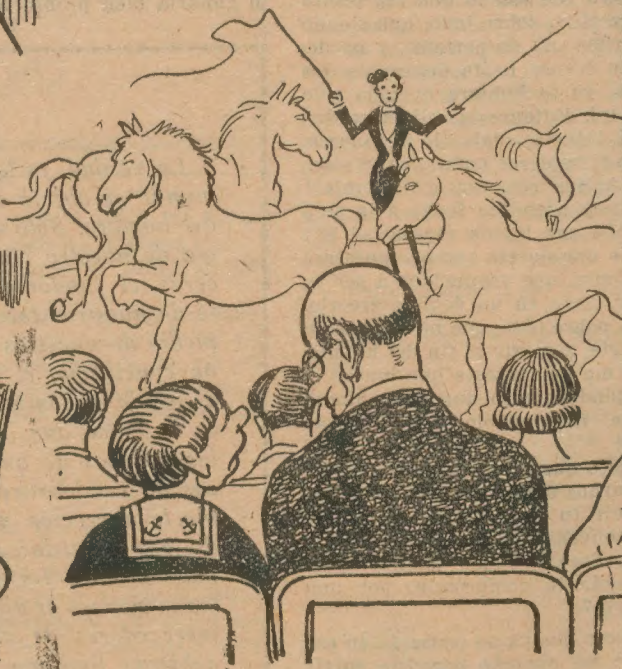


—El tren expreso de Saint Nazaire, después de penetrar en dicha estación, chocó con otro tren, rompió los paragolpes, se metió por una pared y fué a caer en un parque público.
—No le quepa a usted la menor duda de que ese tren iba bebido y en tren de farra.



—Según el cable, ha sido verdaderamente "apoteósico" el recibimiento hecho en Marruecos a los reyes de España. Un moro rico le regaló al rey un soberbio caballo con una silla recamada en oro. El rey, agradecido, invitó al moro a tomar una magnífica taza de té.
—¿Y qué le dijo el moro al rey?
—Me alegro de verte bueno.

—En Córdoba, el general Justo inauguró la Fábrica de Aviones con un discurso de elevado patriotismo.
—Tratándose de aviones, rayaría a gran altura.



—Papá: ¿cómo se llama ese ejercicio que hacen esos caballos?
—Eso se llama "caballo en libertad".
—Yo creí que ese privilegio lo tenían solamente los asaltantes.

EL BUZON

Por Miguel Corday

El anciano Gobin, el carpintero del pueblo, desmontaba el buzón empotrado en el muro de la oficina de Correos, que iba a ser trasladada. Metódicamente iba desmontando los tableros de madera, cuando, de pronto, vió que un sobre, deslizándose por entre dos tablas desunidas, había quedado oculto en el fondo del buzón y la cavidad de la pared. La carta debía de dormir allí desde hacía bastante tiempo, pues estaba amarillenta, húmeda y llena de telarañas.

El viejo Gobin se aseguró los anteojos, limpió el sobre con el revés de su manga, a fin de descifrar la dirección. ¡Seguramente debía haber por el mundo una persona que esperaba aquella carta desde hacía bastante tiempo!

De pronto se estremeció. Había leído en el sobre:

"Señor Pedro Gobin, Soldado en el quinto regimiento de Artillería".

¡La carta iba dirigida a su hijo, a su Pedro, a su querido hijo, muerto con el grado de suboficial de Caballería."

¡La carta iba dirigida a su hijo, a su Pedro, a su querido hijo, muerto con el grado de suboficial de Caballería en la Indochina hacía veinte años!

¿De quién sería aquella carta? Gobin no reconocía su propia letra ni la de su esposa. Y sin poderse contener rasgó el sobre, desdobló el papel y leyó:

"Mi querido Pedro: Perdóname. Esto no puede terminar así entre nosotros. Reconozco que hice mal en reñirte y en decirte cosas que te molestaron; pero ahora estás lejos y puedo confesártelo. Estaba celosa porque durante el baile, en vez de bailar sólo conmigo, lo hiciste también con esa coqueta de Haydée. Anoche me daba vergüenza decirte lo; pero fué eso lo que me excitó contra ti, y, sobre todo, que siendo tu último día de permiso, y no debiendo vernos hasta dentro de dos meses, yo te hubiera querido solo para mí. Entonces perdí la cabeza y fui injusta, mala, lo reconozco. Pero si supieras cuánto sufrí viéndote bailar con esa mala mujer! Hubiera prendido fuego a la sala de baile con tal de separaros! Si; te dije que quería romper nuestras relaciones, que renunciaba a ser tu mujer. Pero tú no debiste creerlo. Dime, sobre todo, que no volverás a alistarte, a partir al fin del mundo, como me amenazaste que harías.

¡Cuando pienso que esa mañana saliste del pueblo sin decirme adiós!

Repito que no es posible. Ibamos a casarnos dentro de tres meses, al concluir tu licencia. Así lo habíamos convenido. Tú debías hablar a tus padres. ¿Y me abandonarás, romperás tu compromiso por una tontería?

Espero que ya no pensarás en eso y que no querrás hacerme sufrir por más tiempo. Ya ves que soy la primera en humillarme. Me acuso y quiero que tú perdones en seguida a tu María.

¡Te quiero tanto, Pedro mío! No

tengo a nadie más que a ti en el mundo. Pronto, pronto, una palabra para decirme que no volverás a alistarte, que no te irás lejos, que vas a volver a mi lado y que lo has olvidado todo.

Te envía mil besos

María Louvrier."

El anciano dejó caer la mano que sostenía la carta. Y así quedó,

allí... ¡Ah, bien pronto, sí! Las fiebres no habían tardado en dar razón de él.

Así que su hijo había querido desposar a María Louvrier. Y luego un pequeño disgusto lo había deshecho todo... ¡Y pensar que si aquella carta hubiera partido, su hijo no habría muerto! A estas horas Pedro ya le habría sucedido en su oficio. El descansaría. Tendría nietecitos, en vez de vivir, como ahora, los ancianos Gobin solos, tristes, en el mayor abandono.

¿Y ella, María Louvrier? Seguía viviendo en el pueblo. Era una buena costurera. Ya no era joven. Tenía cuarenta años. ¡Y ella creía que su carta había llegado a destino! Se imaginaba que su novio no la había perdonado.

El anciano Gobin tuvo un gran



—Estamos en el siglo de las reformas. Se reforman las mujeres, el tráfico; hasta el himno nacional.

—Sí, pero lo que no se reforma es el "HIERRO QUI-NA BISLERI"; éste sigue siendo el mismo tónico insuperable.

MARMOL FUNEBRE

Para que encierre mis despojos quiero amplia urna de mármol, blanca y lisa, a la sombra de un verde limonero, que deshoje sus sueños a la brisa.

¡Lábrala, buen cincel, lábrala aprisa, que al corazón le dice que me muero una voz celestial, en la indecisa claridad que desciende de un lucero!...

Esculpe, sobre ella, cual devota ofrenda, un simulacro de belleza: la Poesía de rostro pensativo

que arrodillada, con la lira rota, sostiene entre sus manos la cabeza de un amor muerto, que aun parece vivo!...

Francisco VILLAESPESA

con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

¡Había sido, pues, por un disgusto de enamorados por lo que su hijo se había vuelto a alistar! Y él pobre Gobin, que habíase sentido tan orgulloso esperando que su hijo ganaría bien pronto los galones

impulso de piedad y de ternura hacia aquella a quien su hijo había amado.

Sin detenerse a pensar más, corrió hasta la casita donde, completamente sola, ella cosía detrás de la ventana desde hacía años y años. El no se sentía con fuerzas para

LA VERDAD

La verdad, es la luz celeste, es la única cosa que en el mundo es objeto de los cuidados, y de las investigaciones del hombre. Sólo ella es la vida de nuestra virtud, la regla de nuestro corazón, la fuente de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, el alivio de nuestros males, el remedio de nuestras penas; es el único consuelo de la buena conciencia, el terror de la mala, la pena secreta del vicio, la recompensa interna de las buenas acciones; es la única que inmortaliza a quien la ama, que ilustra las cadenas de quien por ella sufre, que atrae las cenizas de sus mártires y de sus defensores, y hace respetable la abyección y la miseria de quien todo lo ha dejado por seguirla; sólo ella, en fin, inspira pensamientos magnánimos, forma caracteres heroicos; caracteres de los cuales no es digno el mundo; sabios que sólo ellos son merecedores de este nombre. Todos nuestros cuidados debieran limitarse a conocerla, toda nuestra locuacidad a publicarla, todo nuestro celo a defenderla.

Juan B. MARSILLON

reprocharle la maldita querella. Sólo pensaba que ella, sin duda, había esperado, sufrido, y luego, al producirse la muerte de su prometido, debía haberse acusado, mientras su carta dormía allí, en el fondo del buzón...

Entró, María Louvrier estaba sentada, como de costumbre, detrás de las cortinas descorridas. Con la edad habíase tornado menos grácil. Tenía el mal color de la gente que nunca sale. Y sus cabellos negros, que dejaban completamente al descubierto su grave rostro, comenzaban a platearse, dándole un aspecto de resignación.

—¡Señorita!...

—¡Hola! ¿Qué novedades trae usted, señor Gobin?

—Algo bastante raro que le va a sorprender tanto como a mí mismo... ¡Acaso más!

—¡Diga, diga pronto qué es ello!

Gobin hubiera querido prepararla a la impresión; pero las palabras se escaparon de sus labios sin poder contenerlas:

—¡Tome..., aquí... está su carta!

Al pronto ella no comprendió.

—¿Mi carta? — repitió.

—Sí, su carta a mi hijo. No llegó a su destino... Se había deslizado por debajo del buzón...

Y de pronto todo se aclaró para la desdichada. ¡Su vida malograda, su novio muerto! Y todo ello por una circunstancia estúpida, absurda...

María se puso tan pálida que el anciano creyó que iba a desvanecerse. Pero ella ocultó el rostro entre sus manos y prorrumpió en angustiosos sollozos...

Gobin daba vuelta a la carta entre sus dedos. Sentía también fuertes deseos de llorar. No hallaba palabras para consolar a la señorita Louvrier. En un momento en que ella pareció algo calmada, el anciano balbució:

—¿Lo amaba usted mucho?

María, enjugando su pobre rostro lleno de lágrimas, le señaló con un gesto su fría habitación de soltera, donde, desde hacía veinte años, vivía fiel a su recuerdo. Y, con gran sencillez, sin poder contener su emoción, dijo:

—¡Ya lo ve usted!

Un señor viene a veros y desde el principio de la conversación os dice:

—Soy un inventor!

Inmediatamente os enderezáis en vuestro asiento, os tocáis los bolsillos y tomáis un aire escéptico y burlón.

¿Por qué?

Sin los inventores, de los cuales se desconfía tan injustamente, no conoceríamos ni el vapor, ni la electricidad, ni el teléfono, ni el automóvil. Viviríamos aún en cavernas, en estado salvaje.

Germán Cloyére era un inventor. Había inventado ya muchas cosas y acababa de descubrir una nueva, sobre la cual guardaba el más grande secreto.

—¿Qué otra cosa has encontrado, amigo mío? — le preguntaba la señora Irene, su mujer.

—Te diré eso más tarde. Me queda todavía una pequeña dificultad que vencer.

—Y ese nuevo invento nos producirá mucho dinero!

—¡Una gran fortuna! ¿Pero por qué piensas tú siempre en el dinero? El dinero es despreciable.

—He oído, en efecto decir eso a menudo. Pero en absoluto, no lo creo. Cuando se está joven puede pasarse sin dinero, pero cuando se envejece como nosotros dos, es indispensable. Tú tienes sesenta años, yo pronto cumpliré cincuenta. Estamos en la edad en que se necesita la abundancia y las comodidades.

Germán miró a su mujer. Ella había sido muy bonita. Conservaba la mirada viva, pero su cara engruesaba y numerosas arrugas designaban el indicio revelador.

Germán quiso ser galante.

—Todavía eres encantadora.

—¡Una ruina, sí!

—¡Absolutamente, no! ¡Pero ten un poco de paciencia! Si un día pudieras volver a tus veinte años, ¿qué dirías?

—Diría que nada en el mundo me gustaría más. ¡Desgraciadamente eso es imposible!

—¿Quién sabe!

El invento de Cloyére consistía, precisamente, en devolverle la juventud a las mujeres. No se trataba de pomadas, de masajes o procedimientos complicados, solamente una serie de inyecciones, de un producto milagroso.

Pero no podía rejuvenecer sino a las mujeres. La estructura de los tejidos masculinos permanecía insensible a las tentativas de Cloyére. La inyección no obraba sino, sobre la epidermis delicada, mejor adaptada para recibir los beneficios.

Del resto, eso poco importaba. La juventud es más preciosa a las mujeres que a los hombres, los cuales no tienen necesidad de ser bellos.

Cuando al fin Cloyére hubo perfeccionado su invento, llamó a su mujer a solas y le reveló su secreto.

Irene saltó de gusto hasta el techo, exigiendo que su marido ensayara inmediatamente su descubrimiento sobre ella.

Juventud y belleza

Por Pedro Valdagne

—Vas a jurarme, — agregó ella, — que solamente yo lo aprovecharé. No quiero que ninguna otra mujer vuelva jamás a encontrar su juventud. ¡Quiero ser la única en el mundo!

—Entonces, — dijo Germán, — mi invento no nos producirá nin-

años, declaró a Cloyére que debía suspender las inyecciones, porque así estaba bien ya.

—Si mañana quieres tener sólo diez y ocho, no necesitas sino decirme. ¿Por qué no quieres tener diez y ocho años?

—Porque a los galanes no les

do, pero seguía su camino, negándose a reconocer, en esa mujer enteramente joven, a la señora Cloyére, de cuya edad estaba segura.

—Me crucé con Juliette Purot en la calle, decía por la noche Irene a su marido. Pero ¡Dios mío! ¡cómo está de vieja!

Mientras tanto, para evitar preguntas indiscretas y, sobre todo, para que sus amigas no se obstinaran, a fuerza de súplicas, en conseguir que su marido les aplicara las inyecciones y las pusiera tan jóvenes como ella, Irene se creó nuevas relaciones.

En ese otro medio, ella triunfó. Cloyére la vió muy pronto, rodeada de aspirantes a quienes ella respondía con la más encantadora de las sonrisas.

Al principio Germán no pensó sino en felicitarse de tener una mujer tan seductora, pero luego, los homenajes que ella recibía tan complacida, acabaron por exasperarlo.

En los primeros tiempos de su matrimonio había podido luchar contra los enamorados de Irene, porque él mismo era joven y todo un buen mozo. Pero ahora estaba viejo y no quería exponerse a ver a su mujer metida en aventuras.

Sin embargo guardó silencio y se puso a trabajar. Al cabo de un mes, había descubierto una sustancia nueva, gracias a la cual iba a poder destruir todos los efectos de la otra y devolverle a Irene su edad verdadera.

Esta vez no eran inyecciones, sino unas gotitas que Cloyére echaba ocultamente en el café de su mujer.

Ella perdía sus bellos colores y la frescura del cutis. De nuevo las arrugas se mostraban en la comisura de los labios, alrededor de los ojos y en general, las facciones se le engruesaban.

—¿Qué quiere decir esto? — le preguntó en el colmo de la furia a su marido.

—Eso quiere decir que mi secreto no debe tener sino un efecto bastante corto. Resignate, pues!

—¡Jamás de la vida! Vuélveme a poner las inyecciones.

—¡Imposible! He perdido la fórmula.

Entonces el hogar de Cloyére se convirtió en un infierno. Irene no desistía y trataba a su marido de imbécil a toda hora: un día llegó hasta golpearlo.

Yo estaba al corriente de su tormento y no sabía que aconsejarle, cuando un día vino a verme, con aire de contento y como aliviado.

—Mira, me he resuelto a ponerle a Irene nuevas inyecciones y otra vez ha vuelto a sus veinte años: está bonita como un amor!

—Pero, no temes, mi pobre amigo...

Cloyére levantó los brazos al cielo.

—¿Y qué hacer? — exclamó. — La vida de mi casa se volvió imposible. Luego, viendo bien, no es desagradable ver cerca de sí constantemente a una mujer joven y bonita. Quieres que te comunique mi secreto? Se corren riesgos, pero hay bonitas compensaciones.

YA NO SE HABLA MÁS

de sales mercuriales, de ácido fénico, de creosformoles etc.

Los hipocloritos de sodio y de magnesio que entran en la composición del

ANTIBACTER

son considerados con justicia el desinfectante ideal, en cuanto éste tiene al mismo tiempo una acción regeneradora sobre los tejidos enfermos y está enteramente desprovisto de toxicidad.

No debe faltar en ninguna familia

En venta en todas las
buenas Farmacias

gún dinero! ¡Me parecía que te interesabas tanto por adquirirlo!

—Me río del dinero y no lo necesitaré para nada, si consigo volver a ser joven. ¡Dame mis veinte años, ponme desnuda en la mitad de la plaza de la Concordia... y tú verás!

—¡Caracoles, si vas lejos! — dijo Cloyére riendo.

Irene llena de fe y esperanza, se entregó a las delicadas inyecciones del inventor, su marido.

Día por día, Irene rejuvenecía.

Tuvo pronto treinta años, luego veinte.

Era aquello un verdadero milagro.

Cuando ella se vió en el espejo, con toda la frescura de los veinte

gusta hacerle la corte a las jóvenes. Prefieren las mujeres.

—¿Qué galanes? — preguntó Germán.

—Los galanes que voy a tener. Hace muy largo tiempo que no veo un hombre enamorado de mí (tú mi pobre Germán no cuentas) y yo voy a pagarme ese placer. ¡Tú vas a ver!...

Y Germán vió.

Irene comenzó por mandarse hacer multitud de vestidos y otros tantos sombreros; luego se dedicó a salir, arrastrando a su pobre marido a los tes, los dancings y cabarets renombrados.

Alcanzaba ella un éxito grandísimo y gozaba de él ingenuamente.

Uno de sus placeres era encontrar una amiga, la cual se detenía un instante sorprendida del pareci-



El doctor Tomás E. de Estrada al frente del Banco de la Nación

Temperamento nitidamente porteño, ánimo generoso, espíritu superior, don Tomás E. de Estrada es uno de los caballeros argentinos que llevan, junto con el blasón de su apellido patricio, la honra de su actuación honesta y el brillo de una reputación intelectual y moral que puede señalarse cual timbre de orgullo para Buenos Aires.

Salido de escenario pristino, su personalidad adquiere relieve singular en esta época, pues rememora aquella edad de oro de nuestra capital y mantiene sobre la actualidad, reviviscente, su recuerdo que nada ni nadie borrará del alma nacional.

Cultura, expresión honda, hermosa, subjetiva, halla en él una síntesis vigorosa.

Sobrino de José Manuel Estrada, aquel maestro de maestros que tuvo la gloria de realizar un verdadero apostolado en el periodismo y en la cátedra, e hijo de quien presidió con acierto y patriotismo la institución bancaria oficial, llega al alto cargo con los merecimientos de su preparación y el renombre legítimo de sus ascendientes ilustres.

El doctor Estrada despacha primeramente algunos expedientes de urgente solución colocados a la firma.

En la pared detrás del escritorio, un retrato al óleo de Pellegrini presta al salón aspecto insospechado. Evoca la figura



El presidente del Banco de la Nación Argentina, doctor Tomás E. de Estrada, en su despacho.

del estadista. Palpita en esa sede el ritmo de su vida. La visión del austero ciudadano, educador profundo, patriota de envergadura formidable, nos anega en una inefable retrospectiva. Volver al pasado es bueno e inspirador, cuando su escenario ofrece espectáculos sublimes, como este. Es reconfortante; su sabor satura de belleza superior los pensamientos, vivifica y sana. Otrora es el espejo donde se refleja la vida an-

terior repujada en ideales que germinaron la existencia presente. Su ejemplo es tonificante, encaminador, único.

—¿Qué programa piensa desarrollar al frente de la institución?

—Mis trabajos, lo que pienso hacer por el Banco de la Nación Argentina hállese resumido en las dos palabras que dirigí al señor ministro de Hacienda el día de la toma de posesión de este cargo. Después de esto, mi

capital preocupación será la salud moral de los empleados del establecimiento. Combatiré la usura, pulpo que tiende sus tentáculos sobre la sociedad.

—¿En qué forma atiende al público?

—Yendo hacia él, en vez de esperarlo. Aquí se atiende a todo el mundo y los asuntos que traen a las personas se ven solucionados a la brevedad, porque estimo que son perjudiciales las demoras que a causa de simplezas sufren aquellos que necesitan finiquitar asuntos referentes al Banco.

—¿Qué más puede decirnos?

—Nada más. Trabajaré empeñosamente por la institución, tratando de encaminar lo que esté fuera de ruta. Con voluntad se consiguen las cosas.

Eso es lo que creemos nosotros. Por ello la presidencia del doctor Estrada será ejemplar. Nada puede oponerse a tan nobles anhelos que significan grandeza espiritual, indispensable para los hombres que ocupan las altas funciones públicas.

—Estoy desde temprano acá, estudiando todos los asuntos — nos expresa finalmente — Salude a "FRAY MOCHO" en mi nombre.

*El mejor pensamiento
es no tenerlo si ha
de ser malo*

Tomás E. de Estrada

Autógrafo del doctor Estrada

Roque CEPEDA VERON

Eran los meses de un verano insostenible por el calor. La seca se hacía sentir en toda la campaña y los animales se morían de sed y hambre. Los campos habían quedado pelados y el escaso pasto que a orillas de los arroyos crecía, el sol los quemaba.

Los estancieros más pudientes llevaban los ganados a la provincia de Corrientes porque allí abundaban los campos cubiertos de gramínea y las buenas aguadas.

Pero los pequeños propietarios no podían mover sus haciendas, porque los gastos que requerían los arrendamientos y transportes de tropa pasaban muchas veces del costo de esa animalada flaca y apestada. De ahí la desgracia y la ruina de muchos ganaderos de la campaña montielera. Todo esto lo tenía alarmado al vecino de la costa del arroyo "Lucas", don Amiano Montero, hombre honrado y laborioso propietario de más de trescientas hectáreas de tierra bien pobladas de vacas y buenas yeguas. Pero en su pequeño establecimiento faltaba hasta la leche porque las vacas no daban. Su buena compañera y los hijos cortaban todos los días cogollos de palmas par poder sostener las pocas lecheras que iban quedando de aquella seca en que había que levantar a los vacunos de la cola cuando entraban a algún charco a tomar agua.

Don Amiano veía con lástima que los mejores animales se le morían de hambre y otros de la mancha, hoy dos, mañana tres y así sucesivamente.

Una tarde este paisano y su mujer sentáronse a la sombra de un lapacho que había en medio del patio, y con tirsteza conversaban de la suerte que les tocaría si continuaba aquella mortandad de animales.

—Yo no sé, — decía doña Andrea a su marido, — porqué será mi Dios así con nosotros; si habré rezado noches enteras pa que lloviese y nada...

—Así es cuando uno va pa atrás como el cangrejo — decíale su marido, pensativo y triste.

Después de un momento de pausa, mientras retorcia su cigarro de hoja entre los dedos nudosos, alcanzó doña Serapia un mate que éste agarró como al descuido, sin mirarlo, porque su vista se perdía allá lejos entre los senderos retorcidos como tientos, que también como sus miradas perdíanse culebreando entre el ramaje seco de las enredaderas que enristrecían aquel pedazo de la selva nuestra. Luego sorbió una mate y dijo:

—¿Vos te acordás del finaito Jerónimo el negro?

—¿Qué no me vía acordar si tuitos los lunes le priendo a sus güesos una vela! — respondió doña Serapia.

—Güeno, vamos a sacar los güesos de ande están y los velamos esta noche, porque él sabía calcular y no erraba nunca el día que iba a llover y así pueda ser que Dios lo oiga y tengamos pasto pa nuestros animales.

—Dios lo tenga en la santa gloria al pobre, ánimas benditas, vamos a velarlo — y diciendo estas palabras se encaminó doña Andrea hacia sus habitaciones; también su marido marchóse al galpón en busca de una pala.

Todo esto sucedía entre los viejos mientras los muchachos venían de la costa con bolsadas de cogollos de palma para las lecheras que

Los huesos del negro Jerónimo

Por Manrique Balboa Santamaría

apenas podían dar de mamar a sus enclenques terneros.

Silenciosamente caminaron los ancianos en dirección a un curupí que se balanceaba muy alto cerca de la casa. Debajo de este ár-

nimo. Estaba cubierta de ramas secas y unas sangrientas margaritas se arrastraban caprichosas por entre las grietas de la tierra. Don Amiano con paciencia sacó las ramas y luego dió la primer pala-

rónimo que estaban destinados para velarlos a la noche y que tendrían la virtud de hacer llover al día siguiente. No tardaron mucho tiempo los ancianos en llegar a la estancia con los restos humanos. Los colocaron arriba de una mesa que estaba en el patio. En seguida todos los de la familia rodearon la mesa llenos de asombro, preguntando para qué eran esos huesos, y aquellos dos viejos troncos de estirpe gaucha, nada contestaban, y en silencio obraban llenos de creencias y de fe, por el amor a sus hijos y el bienestar de todos.

Cuando su padre les dió órdenes de arreglar una pieza para velar los restos del viejo Jerónimo, recién se dieron cuenta y dijo uno de los mayores:

—¡Como pa velorio ando yo que he cortao cogollo tuito el día!

—Güeno amigo, callao se obedece y hay que respetar las canas, ¿eh?

—Ta bien, tata — contestó agachando la cabeza Dijeno.

A dos de los hijos menores los mandó; a uno a la pulpería a comprar velas y demás necesidades para el velorio y al otro a invitar a los vecinos del pago.

El sol se iba perdiendo tras la selva; sus rayos filtraban por entre el ramaje de la arboleda y las chicharras lentamente cesaban sus chillidos aturdidores.

A la oración los restos del finao ya estaban velándose. Sentao don Amiano en una banquilla junto a la puerta del cuarto donde se velaban los huesos, esperaba a los invitados que llegaban de distintos puntos del monte.

Oscurecía, y empezaban a oírse las flautas de las ranas. Muy lejos, los zorros aullaban y el murmullo de los pájaros peleándose por las ramas para dormir, ponían una nota rara en combinación con la algarabía de los grillos. La naturaleza salvaje se preparaba para entregarse al descanso de la noche. Así fué, minutos más tarde todo permanecía en calma, sólo algunos bichitos de luz rayaban la oscuridad haciendo círculos caprichosos en las tinieblas.

A esas horas ya el velorio se había empezado y las rezadoras no cesaban en sus largas oraciones.

El mate amargo circulaba entre los gauchos; muchos de ellos sentados sobre largos bancos contemplaban los blanquecinos huesos alumbrados con velas de sebo.

Cuatro ancianos de largas barbas acompañaban al dueño de casa sentados bajo la galería de techo de paja que rodeaba la morada de Montero. Conversaban en silencio de las pérdidas de ese año, pues a todos los había castigado por igual aquella seca pocos años vista en el pago.

—Amí me tiene mal, si tarda un mes más sin llover se me han de querer morir tuitas las vacas — dijo don Amiano a sus amigos.

—Mi campo no tiene arroyo y la laguna grande no le ha quedado más que un charco ande se empantan las vacas flacas — dijo otro de los viejos.

Y todos se lamentaban así de las pérdidas. Un perro flaco cruzó por delante de los paisanos que hablaban, y se tiró panza arriba en el patio, en medio de la luz que salía de la habitación donde se velaban los restos del finado Jerónimo.

—Dicen que cuando los perros se echan así, anuncian agua —

Importante

COMUNICAMOS a los distinguidos y numerosos consumidores del JABON REUTER, que éste se venderá en lo sucesivo en cajas de cuatro jabones, en lugar de tres, como se ha vendido hasta la fecha.

El nuevo envase, o sea el nuevo formato del jabón, nos permite reducir considerablemente el precio del mismo, fijando en 70 centavos cada jabón, para toda la República.



bol estaba una cruz de palo de algarrobo muy bien labrada y con dibujos formados con la punta de un facón. Algunos claveles del aire se dejaban colgar de aquella cruz. Era la tumba del negro Jeró-

da y tras de esa otra y otra más... La anciana con gesto de respeto contemplaba a su viejo compañero esperando el momento en que habían de aparecer los blanquecinos huesos del negro Je-

ANECDOTA

En un teatro de provincia, se representaba una pieza en la cual aparecía Luis XI rodeado de toda su corte. En la sala había muy poca gente; pero, sin embargo, suficiente para juzgar que los artistas eran muy malos. Comenzaron, pues, las manifestaciones de desagrado del público, y como éstas iban "in crescendo", uno de los artistas, temiendo que las cosas pasaran a mayores, se adelantó hacia los espectadores, y les dijo:

—Tengan cuidado que somos más numerosos que ustedes.

Esta salida tan oportuna desarmó al público y la representación pudo continuar sin más incidentes.

empezó diciendo uno de los ancianos.

—¡Amalaya juera así! — respondióle.

El perro, con las patas para arriba hacia culebrear su espina-zo flaco y pulgüento sobre la tierra dura del patio. Luego torció el pezcuezo a un lado y otro, sacudió las orejas y se mordió el cuero de las costillas para matarse las pulgas. Después se quedó quieto, lamiéndose las patas traseras, luego hizo un esfuerzo, se arqueó, rayó con las uñas el suelo, se estiró, abrió la boca haciendo un bostezo prolongado, gruñón, y se encaminó hacia el barril del agua donde se echó nuevamente prorrumpiendo en largos ronquihasta quedar dormido. Estaban los ancianos contemplando al perro, cuando los sorprendió, iluminando de lleno sus blancas barbas, los rayos de una luna que cual un dico de nácar se elevaba por atrás del monte, perdiéndose entre el galopar sereno de unos nubarrones que anunciaban mal tiempo. La claridad penetraba por entre el ramaje de una enredadera de mates que cubría un lado de la galería.

Levantáronse a un mismo tiempo los criollos de sus asientos y fuéronse al patio donde unos cuzcos ladraban a una vaca que se comía los quinchos del galpón.

Luego miraron al cielo en todas direcciones y la luna seguía levantándose orgullosa y clara y algunas nubes se cruzaban en su marcha tornándola ora opaca, ora más oscura hasta perderla entre sus envolturas gigantescas. Después fuéronse a la pieza del velorio e hicieron rueda con la demás gente que escuchaban los murmullos de las rezadoras.

Pasaron algunas horas entre el clamoreo de las creyentes y la luna habíase perdido entre fajas negruzcas de nubes que lentamente cubrían el cielo despejado de horas anteriores. La noche pálida de luz se oscureció de golpe presentando un aspecto misterioso en combinación con el lenguaje de la selva secular.

Algunos ñacurutúes hacían espirales en el espacio, dando gritos quejumbrosos, que según la gente del pago anunciaban la tormenta. Los terneros en los corrales balaban y en los sarandizales de las costas los zorros aullaban.

La perrada de la estancia ladraba en dirección a un corral de palo a pique donde levantaba su silueta corpulenta un tala centenario. Nadie parecía sospechar que nubes de agua cubrían el firmamento. Horas más tarde se dejaron sentir estruendos de truenos lejanos y algunas gotas de agua golpearon el techo de la casa.

Aquellos paisanos crédulos empezaron a salir a ver la lluvia que aumentaba cada vez más. Las mujeres no salieron y seguían con sus oraciones con más devoción. Los hombres que veían el líquido tan ansiado no hablaban una sola palabra. El aguacero caía con más fuerza. Los relámpagos y truenos se sucedían en abundancia llenando de pavor a aquellos campesinos. La noche se iluminaba por segundos y dejaba ver blanquear el agua en los campos.

Don Amiano era hombre que tenía mucho miedo de los truenos y hubo instantes que obsesionado con la fe a los huesos del finao Jerónimo, dijo con voz fuerte desde donde contemplaba la tormenta:

—¡Haaay nomás, negrito, no ha-

gás llover más; ya está güeno!...

La lluvia duró hasta que el día empezó a clarear. Cesado el aguacero, las gallinas aparecieron en el patio cacareando con el plumaje aplastado por el agua. Las vacas balaban junto al corral de sus

regadas por la voluntad del Creador.

Instantes más tarde la gente se retiraba contenta y ansiosa de ver las lagunas desbordadas y los arroyos crecidos. El dueño de casa y la familia despedían a sus



—¿No has sorprendido nunca a tu marido flirteando?
—Una sola vez. Hace ya tiempo.
—¿Y qué hiciste?
—Me casé con él.

terneros y las tropillas retozaban llenando los campos de relinchos. En el tala del corral trinaban alegres las calandrias, como si sus cantos fueran himnos justicieros hacia las plantas que habían sido

invitados, cuya fe en los huesos del negro Jerónimo para hacer llover en tiempo de seca, no tenía límites.

Después de haberse retirado toda la concurrencia, don Amiano y

EN LO ALTO DE LA MONTAÑA, EN PLENA SELVA

(Traducción de Fermín Estrella Gutiérrez)

Tú debes acordarte de aquel hermoso día, como tú, guardo yo su memoria, también: sonreía el cielo azul, tú también sonreías, y así fuimos los dos por la vereda pía felices, y muy solos, sin tropezar con quién.

En la umbría del bosque, ves un tronco y te pasmas: en tu pecho saltar sientes tu corazón, temes apariciones, tiembles por los fantasmas, y ante el cielo, después, serena, te entusiasmas, me miras, y a mi mano te prendes con pasión.

Muy cerca de nosotros, un hilo de agua mansa, muy lejos de nosotros, furioso, el viejo mar.
—“La arena acariciando, el mar nunca se cansa, como nuestro deseo, como nuestra esperanza”, dices: “¡dame tu boca, que la quiero besar!”.

Hermosa como estás, nada te desespera, en tus ojos hay luces de un extraño arrebol, la alegría que tienes, dentro de mi alma impera.
Circundada de flores, eres la primavera: para cantar y reír, bastan besos y sol.

La fatiga te embarga tras del largo paseo; me besas en la frente. Y me implora tu voz:
—“¡Siento fuego en la boca; agua fresca deseo!”
—“En mis manos en concha, bebe el claro trofeo”.
Y felices, y solos, proseguimos los dos...

Carlos MAUL

EVITE EL SUDOR DE SUS PIES, MANOS Y AXILAS CON VASENOL ANTISUDORAL

sus hijos varones montaron a caballo y se dirigieron hacia la costa para ver los efectos de la lluvia, y si muchos días hacía que aquel viejo se encontraba triste y sin voluntad, hoy, en cambio, contemplaba sus campos cantando sentimientos gauchos y vidalitas que se perdían en hilachas musicales entre el murmullo de las aves canoras y el murmurio de las corrientes en los cañadones.

CIRUGIA DE LA BELLEZA

Gracias al nuevo procedimiento operatorio imaginado por el doctor Juan Bouchón, se ha logrado “reparar de los años el irreparable ultraje”, que dijo el poeta. Se consigue, en efecto, rejuvenecer a las damas de edad avanzada haciendo desaparecer las arrugas de sus rostros, rebajándoles el vientre, disminuyendo las partes grasas, dando al cuello dimensiones estéticas y buscando en todas las operaciones, el logro de aspectos juveniles.

[Sin entrar en detalles técnicos puede afirmarse que este método reemplaza a la antiseptia y a la asepsia. La fijodesoxidación consiste en verter sobre las heridas quirúrgicas, soluciones salinas sobresaturadas que provocando una vasodilatación en los vasos capilares sanguíneos, despejan los tejidos de ciertas sustancias, paralizando la acción de los microbios y favoreciendo la cicatrización.

Ayudado por un instrumental novísimo, el doctor Bouchón practica con éxito, desde hace algún tiempo, la cirugía estética. No temiendo la infección de las heridas, puede operar a sus clientes en su clínica o en el domicilio de estos.

Para realizar su misión rejuvenecedora, el doctor, después de haber localizado el campo operatorio, mide las partes que ha de levantar y anestesia la región a incisar; después corta con el bisturí la piel y los tejidos adiposos que ha de extirpar, y practica la fijodesoxidación. Al momento, aproxima los bordes de la herida y la cose finamente. Una semana más tarde quita los hilos y la operada se encuentra rejuvenecida.

Entre los éxitos últimamente logrados por él, se cuenta la desaparición de las arrugas en la cara de una dama de 82 años.

VUELO de MARIPOSAS

Por Sebastián Gomila

I

Tina y Ricardo se quieren. Esta es la voz general. Crecieron casi juntos, enfrentadas sus viviendas aliadas sus familias, identificados gustos y aficiones, costumbres y hábitos.

El rostro de ella, gracioso de cutis amelonado, grandes ojos con pestañas que se doblan, ofrece el candor de los quince años, entreverado de gravedoso aire. En las dos pupilas hay a veces detalles penetrantes, reflejos que apuñalan.

El rostro de él, lampiño, moreno tirando a caoba, ojos rasgados negriscos y mostacho en ciernes, apunta varonilidad y contrasta con sus diez y siete apenas cumplidos.

Tina es huérfana de madre. Ricardín perdió el autor de sus días. El vulgo hubo de planear, en el transcurso de diez años, lo menos veinte veces un matrimonio entre el padre de Tina y la madre de Ricardín. Pero el vulgo fué recibiendo chasco tras chasco. Los viudos apechugaban gustosos con la viudez, y los dos críos iban creciendo, creciendo...

Fué así que los entrometidos y perlachines creyeron ver claro el porqué de la abstención. Todo consistía en que el matrimonio iba a ser entre Ricardín y Tina. No fallaba. Se estaba viendo. Rica heredera la niña, acomodado e instruido el hombrecillo, todo lo demás era cuestión de tiempo.

Y el susurro debió de herir los tímpanos juveniles, y aquellas dos criaturas se querían merced casi al susurro, como algo traído por los acontecimientos. Les hubieran dicho: "¡A casarse tocan!", y se habrían casado tan frescamente. No se lo habrían dicho, porque las respectivas edades no exigían premura. No se había mentado tampoco la cuestión de cariño. ¿Se se querían? Pues no que no. Preguntárselo habría sido provocar dos sonrisas indefinibles.

¡Las bodas que apaña el vulgo! A veces se reduce todo a aproximaciones circunstanciales, a una comunidad de afectos que maldita si tiene que ver con el amor, a una coincidencia de intereses o a un simple empeño inexplicable del sentir ajeno.

Pero tocante a Tina y Ricardo, todo parecía fundado. Por lo físico, por lo moral y por lo económico, aquellos dos seres se armonizaban perfectamente.

ducía el chasquido de un ósculo. Allí marfileñas magnolias, acullá niveas gardenias; el jazmín besuqueando los muros al compás del aire; en una alameda, hermosos nardos; a corta distancia, caprichosas tulipas.

Tina y Ricardín, en una deliciosa negligé, se entretienen, como de costumbre, en lo más infantil del mundo: persiguen mariposas. Hay que verles correr enarbolando sendas mangas. Correr y triscar. A veces, atropellarse y todo. El aro de la armazón parece una boca de

El muchacho se ríe a todo trapo de esa piedad minúscula, insignificante, casi incongruente. Y observa:

—¿Para qué casarlas?

—Es distracción.

—Cogiste un *Nymphalis* magnífico y lo soltaste.

—¡Claro que sí! ¿Podría vivir prisionero? Su vida está en la atmósfera.

—No llegan al cielo.

—¿Tú que sabes?...

Nuevas cacerías, nuevos tronazos, nuevas risas.

los lepidópteros. Brillan sus colores irisados al sol.

Tina se incorpora también para detener al muchacho.

—¡Déjalas!

Instintivamente ha entrevisto algo nupcial.

Las dos mariposas rózanse, mezclan sus laminillas, sepáranse, abátense, elévanse; describen curvas, zigzags, líneas en todos los sentidos; ora parecen atraerse, ora repelerse...

Ricardín ha requerido su manga, echada a un lado sobre el césped, y muestra un empeño tan tenaz, una querencia insólita, un traídor prurito de caza poco menos que furtiva.

—¡Déjalas! — repite la niña.

Y el mozo, porfiado, extrema el sigilo, observa a la pareja insétil, presente también un himeneo...

Las dos mariposas hallan tálamo. Lujoso, exuberante, regio: un tulipán de *Clusius*, de estambres a filetes, escamas algodonosas y perfume delicado... Las dos mariposas extienden las alas, preludian el gran dúo de amor.

—¡Déjalas! — exclama nuevamente Tina.

En el tono de su voz había inflexiones de súplica e imperio, gemido y condenación.

Un macho excelente ha quedado en la red. La hembra a escapado...

—¡Suéltalo, suéltalo! — grita dolorosamente Tina.

Mas Ricardín no atiende, esquivo con el brazo la impulsión de su amiguita y suelta una carcajada. Después, rápido como una centella, desprende del corpiño de Tina un largo alfiler dorado, y atraviesa el mesotórax del insecto...

La niña ahoga apenas un grito de horror y se cubre el rostro con las manos.

—¡Es un magnífico ejemplar! — va diciendo Ricardín.

—¡Mal corazón, mal corazón! — va repitiendo Tina.

Y desde entonces la chismografía pudo notar entre ellos algo así como una menor actividad afectuosa. Hay algún menor ardor en sus miradas, un puntillo de frialdad en sus expansiones; sus entrevistas y sus pláticas son casi frufuantes, mariposeantes.

Tina y Ricardín se quieren. Es la voz general. Pero Tina, en un minuto inolvidable, hubo de ver a Ricardín hecho un monstruo de crueldad.

El magnífico ejemplar lepidóptero, envarado, rígido, desapareció un día entre las malezas del jardín. El alfiler-puñal, hecho trizas fué a parar a la cuneta del camino.

Jamás han vuelto a perseguir mariposas. Si alguna revolotea por azar junto a la pareja, los ojos de Tina se enturbian y los de Ricardín miran al suelo.

¿Halló la minucia eco en sus almas para siempre? ...

NADIE PUEDE BRINDARLE
UN TESTIMONIO
COMO
ESTE:

¡685.620!
CLIENTES DE NUESTRA SECCION
CREDITOS

ATESTIGUAN QUE OFRECEMOS:

LAS VENTAJAS MAS LIBERALES
LOS PRECIOS MAS VENTAJOSOS
EL MAS AMPLIO SURTIDO
LAS MEJORES CALIDADES

PRIMAVERA - VERANO

1927 - 1928

Constituye un verdadero suceso, por su elegancia, delicadeza, descolante novedad y reducido precio, el grandioso surtido que presentamos para la estación actual, en todo cuanto puedan necesitar las señoras, los hombres, las niñas, los niños, y el hogar.

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS

A. CABEZAS

SARMIENTO, ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

II

Moloch. Como ésta, insaciable, fieramente constantemente abierta.

Ricardín no abusa de su superioridad física. Deja que Tina se adelante, dé rodeos, brinque, levante los brazos, esgrima tesonudamente el aparato insecticida. Por lo que a ella respecta, no, la manga no resulta insecticida. Mariposa que entra en la red, mariposa que sale a poco. Es sólo el gusto de atraparla, es un deseo instintivo de exclamar a los dos minutos:

—¡Anda, tonta, vuela a placer!

Tina pronunciaba estas palabras como un rezo. Y cada insecto que liberta así, antójasele un emisario que va a la gloria a dar noticia de su buen corazón.

Tina jadea. Ricardín está empapado en sudor. Se sientan en una veredilla recubierta de musgo, con naturalísima displicencia. Hay un paréntesis con docenas de cruces de miradas. Si pudieran ahora verles, esos cruces de miradas equivaldrían a una confirmación.

III

Ricardín ha dado un salto. A algunos metros de distancia revolotean dos hermosísimos ejemplares en ondulaciones caprichosas. Diríase que juguetean, que se quieren. Son la Tina y el Ricardín de



—Aquel reloj — empezó diciéndome nuestro viejo amigo — no tenía seguramente nada de embrujado — ¿cómo podríamos sostener eso nosotros, que ya no creemos en hechizos ni supersticiones? — pero confieso que lo parecía. Diríase que era un reloj predestinado a marcar mis horas de locura y de disipación, las amables y peligrosas horas juveniles, y que había de desaparecer fatalmente el día que yo dejase de ser joven, es decir, de ser alegre y aturrido. Hubiera podido creerse que era un reloj simbólico y fatídico, una obra maestra de sortilegio y de arte, en cuya construcción hubieran colaborado juntos Cronos y Eros, los dos dioses fundamentales, ayudados de ese otro dios gracioso y terrible, de ese Baco, que es también, a su modo, un amor. El reloj de que os hablo se me antoja, ahora que lo veo a distancia, perdido para siempre, una aljaba de flechas amorosas y una copa de embriaguez, al par que una temporal clepsidra.

Era, sin embargo, un reloj, vulgar, un sencillo reloj, compuesto de las mismas piezas que todos los relojes, sin más mérito que ser todo de oro, incluso la máquina, y tener incrustados en ella, al modo de heráldicas aljofares, ocho diminutos rubíes, ocho nimias y enternecedoras gotitas de sangre, salpicando el vellocino de sus ruedas en el sacrificio de las horas. Este era su único mérito, pues, por lo demás, era un reloj como todos, es decir, en cuanto pueden parecerse entre sí esos corazones mecánicos que por el solo hecho de fingir corazones tienen sus veleidades y sus caprichos, en una palabra, su vida personal y misteriosa. (¿No hay relojes que adelantan, crueles, y relojes que atrasan, piadosos, sin que nadie pueda remediarlo, y relojes que se van y vuelven, y tornan a irse y a volver, a nuestras manos, lo mismo que esas amadas locas que no se deciden a estar siempre a nuestro lado ni tampoco a abandonarnos para siempre?)

Un reloj así era aquel de que os hablo, y esa su costumbre veleidosa y extraña hizo que yo sospechase entonces — y que hoy, en cuanto es compatible con mi espíritu filosófico, enemigo de supersticiones — que estaba embrujado. Pues en el transcurso de los diez años que duró mi juventud, mi verdadera juventud, loca y ardiente, florecida de rosas de amor y rosas de embriaguez, fueron innumerables las veces que huyó de mis manos y volvió a ellas, las veces que lo perdí y lo recuperé, y volví a perderlo, hasta que definitivamente se alejó de mí, al dejar de ser yo joven, lo mismo, exactamente lo mismo que mis olvidadizos amigos de aquel tiempo.

¡Reloj maravilloso! Parecía destinado a anunciar solamente mis horas juveniles, pues herencia de no sé qué pariente lejano, de la época romántica, házome obsequio de él mi madre al declararme joven, terminados mis precoces estudios. Tenía yo entonces veinte años, y ese reloj prodigioso fué el primer corazón que latió junto a mí, sobre el cual tantos otros palpitaron después. Recuerdo que la primera noche que pasé fuera de casa toda entera — noche de plenilunio bajo los cielos rasos de los camarines — lo llevaba en mi bolsillo, como el diminuto carcaj de mi joven amor. — ¿No son flechas

esas manecillas incansables, persiguiendo a las horas, ninfas fugitivas? — Pues bien; a la mañana siguiente, al volver a casa, ya lo había perdido.

Recuerdo que aquella noche había estado en compañía de personas alegres, pero absolutamente honorables, incapaces de cometer un robo. Habíamos bebido sin embriagarnos demasiado y jugado con frenesí a las cartas, pero sin extremar las apuestas. Había sido una noche sumamente grata, una noche memorable, la primera noche de mi vida que bebiera entre amigos jóvenes una copa de champaña, mojando en ella fresas de labios de mujer. Aquella mi primera noche de orgía habíame parecido tan espléndida y ardiente que, temeroso de una aurora demasiado ligera en venir, había consultado varias veces la esfera del reloj; y recuerdo que los amigos que estaban junto a mí se fijaron en él y les llamaron la atención a sus amigas, las cuales quisieron ver de cerca los ocho rubíes, semejantes a ocho lágrimas de un corazón de oro. Pero recuerdo también que,

vamente recuperadas las fuerzas mediante la abstención, volvía a sentirme rico y fuerte y a ofrecerme a la voracidad de las pasiones y a ocupar mi puesto otra vez entre mis alegres amigos y mis bellas y amables amigas, otra vez volvía a mí mi perdido reloj, con sus ocho rubíes, semejantes a ocho gotas de sangre generosa y brava.

Como si fuera un reloj predestinado para medir horas extraordinarias, esas horas desmesuradas de las fiestas de amor y de embriaguez, mi ocho rubíes, saliendo misteriosamente de no sé qué pecho de mujer o de no sé qué puño avariento de hombre, donde estuviera cautivo, volvía a mí maravillosamente, se posaba en mi mano y me hacía oír su canto victorioso y triunfal. Yo lo saludaba con exclamaciones de alegría y asombro, y lo alzaba en mi mano, celebrando ingenuamente el milagro de su inesperada epifanía. Y recuerdo que entonces alguien, un señor de edad, de una juventud pintada y postiza, ese viejo disfrazado que se desliza en toda reunión de jóvenes; o ella, la com-

maa... Y siempre el milagro se operaba infalible.

La última vez que volvió a medir mis horas fué en la fiesta de mi despedida de soltero. Aquella fué la última vez que pude tener en mi mano aquella reliquia de familia, aquel trofeo de mi juventud. ¿De donde surgió para saludarme por última vez con su palpación apasionada, su palpación de la época del romanticismo? ¿Del bolsillo de aquel señor de edad, con peluca y monóculo, caracterizado como un joven, pero que por eso mismo tenía un aire sospechoso de petardista, o del refulgente desquite de mi amiga de todas las fiestas, pero cuya identidad no pude comprobar nunca, pues siempre la veía al través de misteriosas nieblas alcohólicas? No lo sé. Lo cierto es que lo tuve en mi mano, recuperado y mío, y que otra vez volví a perderlo, y, aquélla, para siempre... Aunque estoy seguro de que todavía podría obrar el milagro de su recuperación. Ese reloj, juvenil y romántico, me aguarda, sin duda, anidado en el escote de alguna amiga amable o en el chaleco de algún señor de edad que se obstina en parecer joven... Sólo que yo he renunciado ya a serlo y no voy a esos lugares en que se bebe y se ama... Y, sin embargo, me sería tan grato volver a ver ese reloj, ese blasón de mi juventud — conchas de gules en campo de sable. — Porque al punto, estoy seguro, volverían a desbordarse las copas y los labios, como en esas noches remotas!... ¡Ese reloj estaba embrujado!

Así habló el viejo amigo; y al terminar; otro amigo, no menos viejo, dijo en tono irónico:

—Usted perdone, amigo mío: pero no veo nada de extraño en toda esa larga historia de su romántico reloj. Esas apariciones y desapariciones alternativas de su ocho rubíes sólo prueba que las personas con quienes usted se reunía no tenían nada de honorables. Ellas se lo habían escamoteado a usted la primera noche, y tenían tal confianza en su aturdimiento, que no temían enseñárselo cuando lo veían en su estado báquico. De ese modo, además, se justificaban y ahuyentaban sus sospechas... ¡Ha dicho usted que a veces jugaba!..., ¿verdad?... Y claro..., perdía usted siempre... Pues no puede ser más sencillo... Amigo mío, los salones en que usted divertía su juventud eran una guarida de gente maleante.

El dueño, ahora hipotético, del fantástico reloj, se encogió de hombros:

Ya dije antes que no creía en sortilegios... Opino como usted que el reloj me fué escamoteado la primera noche. Pero ¿no son admirables, de todos modos, esas periódicas epifanías? ¿Por qué no se deshicieron de él, empeñándolo o vendiéndolo? ¿Por qué lo conservaban? ¿Quizá como un rehén o una prenda de amor?... Permítame usted pensarlo así... Gracias a eso, su disco dorado ilumina ahora con su plenilunio el recuerdo de mis orgías juveniles... Y si la... prestidigitadora fué mi amiga única y múltiple, cuyo nombre ignoro, me es dulce pensar que, vieja ahora como yo, pero siempre graciosa y bella, conserva sobre su pecho magullado ese reloj que fué mío, nimio y dorado guardapelo que encierra rizos de juveniles horas...

El reloj embrujado

Por R. Cansinos - Assens



después de visto y elogiado, el reloj misterioso se volvió a mi bolsillo. Sin embargo, al llegar a casa ya no estaba en él.

Este episodio no tiene importancia, pues, en suma, un reloj lo pierde cualquiera en la plataforma de un tranvía y es cosa que todos los días sucede. Pero donde empieza el misterio es en la circunstancia de sus recuperaciones y pérdidas sucesivas y en la forma en que éstas se operaban, coincidiendo siempre con esos estados que podemos llamar eufémicamente juveniles, de mi espíritu. Pues siempre que yo volvía a encontrarme en el ambiente de la noche primera era seguro que volviese a recuperarlo, aunque por un instante, aquel embrujado trofeo de Eros y Cronos, aquel extraño reloj, que como una boca pródiga, riendo por sus ocho rubíes parecía derrochar sin dolor los besos del tiempo.

¡Caso notable! Durante los períodos de cordura y cansancio, en esos días en que uno se siente prematura y engañosamente viejo y huye de los lugares de disipación y se rodea de la ancianidad de los libros, en esos días de pobreza física, el fatídico reloj estaba como definitivamente perdido para mí, lo mismo que esa copa de embriaguez que se arroja al mar del arrepentimiento. Pero en cuanto, nue-

pañera predilecta de todas mis locuras, la misma u otra semejante, eternamente joven y alegre y amable, decía con un asombro trivial, como por cumplimentarme: "¿Ya pareció? ¿Pero se le había perdido? ¡Vaya, pues que sea enhorabuena!" Y ya no volvía a hablarse del extraño reloj. Proseguía la fiesta; tronaban las botellas del champaña, crujían dulcemente las rosas magulladas de los besos, y la noche, encerrada en los aposentos, se hacía extraordinariamente larga. Hasta que, al fin, como sucede en tales casos, yo, llevado no sé por quién, me encontraba en mi alcoba solo, despertando de un sueño borroso y pesado. Y al pretender saber la hora de mi resurrección mi reloj había desaparecido.

Aquel reloj parecía, en verdad, embrujado. Se había empeñado en no anunciar sino mis horas locas, esas horas en que precisamente se pierde la noción del tiempo y no nos sirven para nada esas brújulas. Sólo volvía a mí cuando ya no podía leer la hora que me anunciaba, con mis ojos nublados por la embriaguez y por los besos. Y el misterio de sus pérdidas y recuperaciones llegó a preocuparme tan intensamente, que, dudando del milagro y deseando su confirmación frecuentaba más de lo justo los lugares donde se bebe y se

El substituto

Por Fernán Lafargue

Carlos Meran se dirigía a toda prisa a casa de su cuñado Gastón, que estaba a punto de morir, cuando sólo hacía seis meses que se había casado con su hermana Adelina.

Durante el camino renovaba el recuerdo de la alegre vida, que ambos habían llevado en su juventud, pues Carlos y Gastón habían sido los mejores amigos.

Carlos recordaba aquella teoría fatalista que profesaba Gastón, según la cual, la muerte, que tenía fijado de antemano el número cotidiano de sus víctimas, no se detenía hasta que completaba aquél, y llevaba las cuentas con tal exactitud que no le importaba dejar con vida a treinta moribundos si una catástrofe imprevista le proporcionaba otros tantos hombres sanos y robustos.

Sistema de equilibrio y compensación que impedía que se despoblase el mundo.

De todo ello infería Gastón, con gran regocijo de Carlos cuando le escuchaba, que salvar a un hombre que se ahoga en Pekín puede impedir que sane otro hombre en Constantinopla, de igual modo que suprimir una vida bruscamente puede ser causa de que otra continúe.

De esto deducía Gastón la inutilidad del servicio, la glorificación del asesinato y otras disparatadas consecuencias, de las que su lógica se burlaba, aunque su enfermiza imaginación las acogiera.

Pensando en esto, llamó en casa de Gastón. ¿Viviría aún?

—¿Cómo va? — preguntó a su hermana Adelina, que abrió.

—Creo que es el fin. Ya ni me reconoce.

—¡No hay que desesperar todavía, hermanita!

Carlos entró en la alcoba con Adelina.

Al ruido de los pasos Gastón abrió los ojos; pero en seguida dejó caer sus pesados párpados.

—¿Qué ha dicho el médico? — preguntó Carlos en voz baja.

Y en el mismo tono contestó Adelina, reprimiendo las lágrimas:

—¡Que no tiene remedio!

Sucedió un silencio de resignación, pasado el cual Carlos rompió a sollozar.

Lloraba por el amigo que iba a perder, por aquel pobre muchacho que la muerte se llevaba en la plenitud de sus fuerzas, y lloraba por su hermana, que quizá sucumbiría también, impotente para resistir la separación. ¡No, aquello no era posible! ¡Tan jóvenes! Hasta el último momento había que confiar en un milagro.

—Mira, hermanita, no te separes de él. Continúa a su lado, muy cerca, reclinando tu cabeza junto a la suya. Respira su aliento. ¡Quién sabe si sintiendo tu calor no se irá! Cuando se quiere como os queréis vosotros se vive o se muere a la vez. Ya me comprendes. Debes procurar que te vea cada vez que abra los ojos; que si algo puede oír, sea tu voz; que encuentre siempre tu boca sobre sus labios, para que, al llegar el momento fatal, tu beso rechace hasta su corazón el último suspiro. Inyéctale la vida, y en vez de estas sábanas que modelan su cuerpo como un sudario, estréchalo contra tu pecho, dándole la ilusión de que lo meces. Compréndeme, quiero que me comprendas. ¡Ah, si yo fuera mujer, te aseguro que sabría evitar la muerte del hombre que me hubiese amado!

Sorprendida, Adelina escuchaba. Y repetía llorando:

—Todo es inútil, todo...

Había pasado la noche anterior meciendo al moribundo. Y era igual, pues la vista seguía apagándose y la respiración era cada vez más débil, aumentando, en cambio, aquel terrible estertor de la muerte.

Todo, incluso el amor, resultaba impotente.

Y añadió Adelina:

—Si muere morirá yo también. El amor mata, pero no salva.

Durante dos horas no volvieron a dirigirse la palabra.

Al menor movimiento del enfermo se miraban. ¿Sería el último?

¡Si pudiese ser que viviera! ¡Qué ilusión! ¡Cuántas esperanzas, proyectos, paseos y pequeñas satisfacciones! ¡Qué hermosa y dulce existencia pasarían después junto al convaleciente, junto al resucitado!

Cerca de medianoche, Carlos y Adelina se durmieron rendidos por la fatiga de quince días de vigilia.

Adelina, inquieta y agitada, dormitaba solamente, y de cuando en cuando se despertaba.

Carlos, en cambio, dormía con sueño pesado profundo.

Una de las veces que Adelina se despertó quiso sólo por curiosidad, tocar los pies de su marido para ver si estaban fríos.

Le habían dicho que la vida huye primero de las extremidades para buscar refugio, como último asilo, en el corazón.

El médico le había también dejado entrever que si ocurría el imposible de que el calor, un calor intenso, invadiese el cuerpo del moribundo, podía darse el caso de que fuera aquello la señal de una afortunada reacción.

Con esta vaga esperanza Adelina introdujo la mano bajo las sábanas.

Los pies ardían.

Experimentó una conmoción de inmensa alegría y tocó la frente estaba caliente. Y descubrió las manos, cuyo trasudor besó con lágrimas de delirio.

El enfermo, entonces, levantando los párpados, esbozó una vaga sonrisa.

—¡Vivirá! — exclamó Adelina. — ¡Carlos! ¡Me reconoce! ¡Ven a verlo!

Y volviéndose con nerviosa alegría sacudió a Carlos por el hombro para despertarlo.

Carlos estaba muerto.



Hermoso como un sol...

...sanito y robusto, tal como mil veces mamita lo soñara... Y en su magnífico aspecto se reflejan las incalculables ventajas de la lactancia, que ella pudo brindarle rica y abundante, gracias a la ayuda de la Malta Palermo, — el auxiliar de más méritos para esas circunstancias desde hace varios lustros.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A.

Buenos Aires



Malta
PALERMO



Publ. P.A. Weber

UN SUEÑO DE WELLS EN LA REALIDAD

Por Enrique Feyjóo Rubio

La investigación científica en su afán inagotable de averiguarlo todo, enriqueciendo con su labor el caudal del humano saber, ya se remonta hasta el astro rutilante, perdido en las infinitas soledades del éter, como penetra en las entrañas de la tierra, y al clasificar rocas, terrenos, aluviones y sedimentos, verifica una labor inmensa de anatómico estudiante de la estructura titánica del planeta, cuyas masas musculares y su ciclópea armazón ósea traduce más tarde en capas carboníferas, silúricas o graníticas; en rocas volcánicas y en ubérrimas venas metalíferas.

El astrónomo y el geólogo parten de un mismo punto en dos opuestas direcciones. Remóntase, el uno, en pos del astro desconocido cuya existencia intenta averiguar: lo pesa, lo mide, lo analiza con el espectroscopio; determina sus leyes, su estructura; intenta, en fin, soñar con él una vida — si no análoga a la nuestra — adecuada al medio sideral en que vibra ese mundo erdido en el archipiélago de los cielos.

El geólogo, por el contrario, adéntrase en las carnes de piedra del planeta, estudia sus inmensos tejidos y los clasifica como terrenos; analiza su calórico, sus cualidades físico-químicas, ensaya sus minerales, determina los misterios de la gestación cósmica y llega a percibir — ebrio de emoción científica — el rugiente resollar de fuego del pulmón central, que, arrastrando lavas y basaltos, rocas volatilizadas y minerales hechos gas, busca su salida natural al aire libre por los majestuosos cráteres de los volcanes en ignición.

Más hay un elemento de carácter intermedio en el que la investigación científica no ha obtenido hasta el día grandes progresos, aun cuando se encuentra en vías de realizarlos: la exploración de los grandes fondos submarinos. La debilidad humana natural, nos obliga a hacer ciertas consideraciones pertinentes al caso: En la superficie terrestre, el cuerpo, completamente rodeado de atmósfera, soporta exteriormente a razón de 1.000 gramos por centímetro cuadrado de piel, el formidable peso de 16.000 kilogramos. Esta inmensa presión, capaz de laminar el hierro, la resiste el hombre sin esfuerzo, tenida en cuenta su constitución fisiológica y anatómica y su condición de cuerpo hueco, en el que los pulmones, por estar en contacto con el aire, sufren también la misma presión, equilibrada por los humores y fluidos que constituyen la quinta esencia de la vida orgánica.

Pero ne el medio submarino la cosa varía notablemente. Un cuerpo humano sumergido debajo del agua, esto es, bajo una presión suplementaria de un kilogramo por centímetro cuadrado, aun cuando el aparato respiratorio se halle en contacto con la atmósfera, resulta que la presión exterior será de 32.000 kilogramos, que no está equilibrada por la presión interior de los pulmones que es sólo de 16.000. El pecho se aplasta, los pulmones se comprimen como esponjas secas y la respiración hácese imposible al fin, y con ella, la vida. Figúrese lo que ocurrirá a mayores profundidades: a los 20 metros de agua, habrá que soportar 48.000 kilogramos; a los 30,

subirá a 64.000, y así sucesivamente.

Hay que unir a esto los mil peligros que la arriesgada profesión de buzo trae consigo. Tan temible para el vivir orgánico son estas presiones formidables como el salir rápidamente y sin gradación del medio submarino. Las bruscas apariciones de los buzos en la superficie son muy peligrosas y pueden acarrear la ceguera y la sordera total; multitud de fenómenos patológicos en el aparato locomotor, pérdida de la sensibilidad general, parálisis de los miembros inferiores, etcétera. Pueden, en fin, producirse trastornos cerebrales que originen la mudez, la pérdida del

tiempo prudencial de cuarenta minutos, por lo menos, para verificar la ascensión del buzo.

No obstante los grandes peligros ocasionados por las enormes presiones y las descompresiones rápidas, el ingenio humano en su avance progresivo acaba de realizar una gran conquista científica a la que dedicamos el presente trabajo.

La Casa alemana Neufeldt et Kuhnke acaba de inventar un nuevo tipo de escafandra que es una maravilla en su clase. La escafandra ordinaria no sólo tiene el inconveniente de obligar a trabajar al hombre en una atmósfera comprimida, sino que, por su estruc-

tándose por completo la armadura rígida y articulada, que permite toda clase de movimientos y pone al explorador en condiciones de soportar presiones enormes y de defenderse de los ataques de los feroces escualos, piratas submarinos de 10 a 12 metros de largo algunos ejemplares. Esta escafandra está fundada en el proyecto ideado por el ingeniero americano Chaester Macduffec, en el año 1914.

La escafandra comprende un caparazón forjado con una aleación de aluminio, sumamente resistente, perforada por una porta o claraboya de un vidrio especial muy espeso, de unos siete centímetros y medio, y por tres lucernas más pequeñas que permiten ver en todas direcciones. Los brazos y las piernas hállanse formados de segmentos. El buzo puede desprender sus brazos de los mecánicos de la armadura para manipular con toda libertad los resortes y las palancas del mando. Las manos están aisladas de la presión exterior y desde dentro de la envoltura blindada pueden manejar el martillo, las pinzas, etc., etc. En el corte del aparato a que nos referimos, se ve perfectamente la máscara que permite la respiración del operador. Es una máquina científica admirable, que tiene algo de humano. En ella se percibe con claridad la estructura interna y externa de esta verdadera campana de buzo articulada. El buzo transporta a su espalda la botella de acero conteniendo aire y oxígeno comprimidos a 150 kilogramos de presión, pudiendo voluntariamente renovar la atmósfera mediante dispositivos adecuados y contando con cápsulas de una solución de potasa que absorbe el ácido carbónico de la respiración. Este organismo mecánico es un verdadero gabinete científico dotado de termómetro, barómetro y manómetros de aire. Irradia una potente luz que le proporciona la batería que lleva instalada, y por si esto fuese poco, este mecanismo habla por la boca de su buzo, que cuenta, con un excelente micrófono para su comunicación telefónica con el mundo terrestre. Lleva, además, un exacto cronómetro y puede disponer de brújula y de otros apartos, acusando todo él una individualidad y un poder científico verdaderamente extraordinarios.

Este aparato prodigioso, calculado para profundidades de 150 metros, puede alcanzar hasta 400 y pico, debido a su admirable construcción y resistencia. Quién sabe si la codicia de los Estados políticos se verá satisfecha con el hallazgo feliz de los 100 millones en monedas de oro que se tragó el mar cerca de la isla holandesa de Terschelling, cuando el año 1797 naufragó a su vista el navío inglés *Lutine*. Tal vez se llegue a una realidad tangible con el hallazgo de los galeones españoles hundidos en la bahía de Vigo... Las grandes tragedias del mar van a dejar de ser un misterio: los restos recientes del submarino inglés *M-I*, del *Lusitania*, el *Titanic* el *Sirio* y mil más, tal vez nos refieran los inmensos instantes de sus naufragios y puede que conserven aún indemnes las momias acuáticas de los seres humanos que dejaron en tierra sus amores y el recuerdo de sus vidas.

TOS CATARROS RESFRIOS

SE QUITAN TOMANDO EL

PECTORAL ESTERPAL

PARA NIÑOS Y MAYORES. EL FRASCO \$ 2,50

Elixir Dentífico ESTERPAL

Combate la inflamación, cura el dolor de muelas y de encías y alivia la boca. El frasco \$ 2,00

Farmacia Inglesa Americana

ABIERTA HASTA LAS 12 Y 30 DE LA NOCHE

Perú 901-907

Buenos Aires

V. T. 23 - D. ORDEN - 1607

conocimiento y hasta la muerte súbita. Nuestros hombres de ciencia determinan como causa de estos fatales accidentes el que los gases se disuelven en los líquidos y en la sangre, en particular, en cantidad tanto más grande cuanto que se hallen a mayor presión. Así, el ázoe del aire se disuelve mejor en la sangre humana cuando el cuerpo se halla a mayor profundidad. Si la subida es demasiado rápida, el ázoe tiende a ponerse en libertad bajo la forma de numerosas burbujas que no tienen tiempo de disolverse en la sangre, y que restan su función bioquímica a la economía del cuerpo. Así que, para remontar una profundidad de 40 metros, es preciso graudar un

tiempo poco resistente, limita la profundidad de la exploración, además de perderse un tiempo considerable tanto en las inmersiones como en las subidas. El nuevo tipo de escafandra a que nos referimos anula todo el valor del antiguo adagio de los buzos, de que el trabajo submarino depende de la resistencia física del hombre. Dentro de este aparato, el más delicado oceanógrafo y el zoólogo más anciano pueden operar maravillosamente, sin peligro tangible.

Aparécese el nuevo aparato como una creación fantástica, mezcla de una armadura medioeval y del monstruo del mundo submarino de Wells... Se ha desechado en ella la vestidura impermeable, acep-

Anécdota

Había hecho Rodin un busto de Clemenceau. El busto era parecido. Sin embargo, Clemenceau opinó lo contrario. Y se lo dijo, con sorna, a Rodin:

—Este no soy yo; ¿verdad? ¡Lléveselo usted!

Rodin, que aun no era célebre, se guardó el busto y la ofensa. Pocodespues aparecieron en la revista "L'Art et les Artistes" varias fotografías de las obras de Rodin, y entre ellas una que reproducía el busto de Clemenceau. El mismo Rodin escribió los epígrafes.

Cuando Clemenceau ojeó la revista, sonrió al ver la fotografía de su busto.

—¡Aquí estoy yo!

Pero palideció de rabia cuando leyó el epígrafe. Decía: "Busto-retrato de un viejo ladrón de Nueva Caledonia"

LAS DOS VIDAS

Por Pierre Mille

—Mi bisabuelo — nos contaba el señor de Treveau — fué guillotinado en Termidor del año II, o si ustedes prefieren otro calendario más conocido, el 25 de julio de 1794, como consta en el acta de defunción rigurosamente auténtica y redactada por el secretario del comité revolucionario. Sin embargo, mi bisabuelo murió diez y nueve años después en 1813.

—Mi querido Marqués — le interrumpí, — explíquenos usted ese extraño misterio.

—Y tan bien extraña que fué la aventura — prosiguió el señor de Treveau. — Pero todo en ella es cierto, aunque tengan ustedes el derecho de calificarlo de increíble.

Inútil decir por qué el marqués Enrique Hercles de Treveau había sido condenado a muerte. Era un aristócrata, y eso bastaba. Ni él supo más, ni tampoco su juez, Fauquier-Thierville. Hace algunos años, el desprecio a las leyes más elementales de justicia, y aun de equidad, no nos parecían explicables. Lo que ha pasado en Rusia nos muestra que es cosa común, sin duda, fatal, en tiempos de verdadera revolución.

Uno tenía, por otra parte, el consuelo de no morir solo. ¿Un consuelo? Hay que repasar, hay que revivir por la imaginación esos días trágicos. Los carros llevaban sobre la antigua plaza de la Revolución, y que hoy se llama de la Concordia, donde el cadalso se levantaba sin interrupción, todos los días, una tropa de veinte o treinta condenados. Uno se preguntaba cómo aquellos a quienes la suerte les reservaba ser los últimos podían, sin perecer de horror, asistir al espectáculo que tenían bajo los ojos. Era morir veinte o treinta veces. Sin embargo, fueron raras las víctimas que desfallecieron. Ustedes saben que en los calabozos se preparaban para bien morir. Se divertían "jugando" al Tribunal Revolucionario y a lo que debía seguirle, y pasaban la cabeza por el respaldo de una silla que representaba la guillotina.

Un piquete de soldados con la bayoneta calada rodeaba a esos desgraciados al bajar de los carros delante del cadalso. Esperaban su turno, porque los llamaban por su nombre. Entonces subían las escaleras que tenía la guillotina.

Aquel día llovía. El tiempo se había enfriado. Mi abuelo había contrido en la isla de Santo Domingo una fiebre que le hacía temblar sobre las piernas. Se hallaba humillado, temiendo que se le atribuyera su temblar al miedo.

Para colmo de sus males, su apellidado comenzaba con una T y debía ser llamado uno de los últimos; y por si aquello no bastase, la guillotina, fatigada, sin duda, por un servicio tan pesado, se descompuso. El señor de Treveau vió a los ayudantes del verdugo arreglar la cuchilla. No se apuraban...

Y el ajuste duró tanto tiempo, que el día cayó entre neblina y con la lluvia que no cesaba. Y flotaba ese olor de sangre enfriada de las carnicerías, de la carnicería humana... Mi abuelo creyó desmayarse. Como buscando un apoyo contra un muro, quiso recostarse

en la hilera de soldados que había tras suyo...

¿Fué piedad, indiferencia, cansancio de los soldados?... Mi abuelo sintió que la hilera de soldados aflojaba bajo la presión de sus espaldas.

tes se iban a cenar. Sólo quedaban algunos raros aficionados que no miraban ya, puesto que la máquina de matar no funcionaba más. Entonces..., entonces... He aquí que Treveau no esperaba

palabra para que lo mandaran al matadero...

Se alejó, primero, prudentemente, como quien merodea, y cuando se halló a cierta distancia echó a correr como un loco. No veía nada. Huf..., y fué a caer como un fardo en uno de los fosos que entonces rodeaban las Tullerías, bajo las terrazas de hoy.

Esto fué, sin duda, lo que lo salvó. En aquel escondite quedó sin conocimiento, hasta que los ejecutores de altas obras de justicia cargaron su abominable carga de decapitados y se fueron. No se preocuparon de contar las cabezas. Había demasiadas, y ya los verdugos cumplían su función automáticamente.

Ya de noche, el señor de Treveau escaló el foso. Como seguía con las manos atadas a la espalda y eso sólo hubiera bastado para traicionarle, rozando las paredes llegó hasta el barrio del Mercado, con calles estrechas y mal alumbradas, que caen hoy bajo el pico de los demoleedores. Se vió en un espejo, pálido, sin sombrero, las ropas en desorden, cubierto de barro, los ojos afiebrados y sus manos cautivas.

"Juraría que no soy yo, sino un borracho", se dijo el señor de Treveau.

Aquello fué para él un rayo de luz. Sin preocuparse de limpiar el lodo que lo cubría, entró en un café mal afamado, donde cantaban los borrachos. Y éstos dijeron:

—Está borracho...; ese está más borracho que nosotros.

Fingiendo tambalearse, cayó en un banco.

—Sí..., sí..., estoy borracho... ¡Sólo yo lo sé!... Los caparadas han aprovechado para atarme las manos... Son bromas que no deben hacerse.

Le sacaron las ligaduras, entre carcajadas. Lo hicieron beber aún. Entonces se durmió borracho de verdad.

Algunos días más tarde su barba había crecido. ¿Qué peligro corría? ¿No lo habían guillotinado? El no podía ser Treveau. Se le parecía. Eso era todo. Fué a visitar a una parienta, que le prestó algún dinero, y con aquella cantidad abrió un despacho de bebidas.

Bajo el Imperio, sus hijos entraron en posesión de sus bienes. Aquella parienta les había revelado su existencia. Fué a verlos y se contentó con una renta bastante buena que le dieron; pero se negó a hacer rectificar el acta de defunción. "¿Para qué? — decía — Nunca me he sentido tan libre. Y no tendré así que deber nada al usurpador".

Un día, sin embargo, entró en la casa de un barbero para hacerse afeitar. Y el oficial que le servía se puso a temblar.

—Señor, le dijo, — ¿usted es un fantasma? En 1794 yo vivía en la calle por donde pasaban los carros hacia la guillotina. Y yo lo vi a usted en uno de los carros. Estoy seguro. Yo lo reconozco.

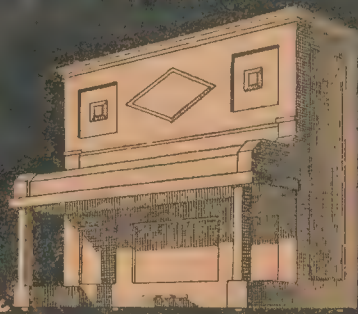
—Señor, discúlpeme — respondió fríamente mi bisabuelo; — pero sufre usted una ilusión óptica. ¿Quiere continuar con su tarea? Yo no tengo miedo de su navaja.

PIANOS

36

DESDE PESOS

POR MES



OBIGLIO & HIJOS

BME MITRE 1215

BUENOS-AIRES

¿Y aquellas gentes, hombres y mujeres, que habían venido a asistir a la fiesta cotidiana del suplicio? No eran ya los entusiastas de los primeros días de terror. El público estaba estragado. Las gen-

más que la muerte, que estaba ya muerto moralmente, se vió libre. ¿Libre? Tenía las manos atadas a la espalda. Una mirada bastaba para que lo reconocieran. Una sola palabra para que lo mataran, una

ANECDOTA

El escritor español Peña y Goñi, en una de sus crónicas turinas censuraba la actuación del torero Luis Mazzantini, quien creyéndose ofendido envió a Peña y Goñi sus padrinos.

El escritor se negó a aceptar el desafío y justificó su negativa en estos términos:

—Ustedes comprenderán que yo no puedo batirme con un señor que mata toros. Puede ocurrir que me mate a mí y entonces, al hacer su biografía, dirán sus biógrafos: "Mazzantini mató tantos toros y a don Antonio Peña y Goñi..." Y a eso no me presto.

Filosofía de mujer

Por Margarita Astray Reguera

...Una lluvia fina y pertinaz resbalaba por los cristales del mirador que asomaba coquetón a la fachada, como antesala de gabinete de mujer exquisita.

Animaba la estancia perfumada la fragancia de Clara — una belleza en ocaso, — que conservaba carnes tersas y opulentas de suave rosa. Sus ojos claros nada habían perdido en su peculiar sugestión, tan diabólicamente picarescos, que fueron cadena de esclavitud en otros tiempos para sus amantes.

El tiempo, fatal revelador de decadencias físicas, marcaba en los labios de Clara un surco de dolor hondo, como de desprecio a la vida.

Sentada delante del secreter, rasgaba cartas, separaba otras, que colocaba ordenadamente. Algunas las crispaba, nerviosa, entre sus manos, tan mimosas antes.

— ¡Qué absurdo! — monologaba. — ¡Cuánta decepción, cuánta mentira piadosa de amor que se deshace como el viento! ¿Para qué cubrir con una máscara lo que el tiempo señala cada día sin engaño? El tiempo es la única verdad.

Fuera, un pajarillo piaba quejumbroso, como si pidiera amparo contra los rigores próximos del invierno.

Clara le miró.

— ¡Pobrecillo! — pensó. — ¡El quiere vivir!... ¿A qué voy a enternecerme ahora? Continuemos la labor de devolución, antes de emprender el viaje proyectado, si el valor llega.

Y sus ojos febriles repasaban las cartas amontonadas.

— Estas son las de Adolfito, plagadas de frases huecas. Un pagado de sí mismo; no sé cómo he podido tolerarle tanto tiempo — comentó malhumorada.

— ¡Ah!, y aquí, los renglones picudos del marqués, algo afectado, pero bueno y espléndido... No lo he querido mucho tampoco — añadió mentalmente; — pero no debe guardarme rencor; le hice la vida grata.

— ¡Ah, la única — exclamó emocionada, llevando a sus labios una carta borrosa de amarillento papel, — es de Miguel! A él, por lo menos, no lo he traicionado cuando le decía que le quería mucho. ¿Quién sabe! Tal vez me engañe a mí misma ahora, al pensar así. El velo de la muerte da un relieve tan sagrado, que avalora las fechas con prodigiosa precisión, y un beso vale una eternidad.

Un roce de pasos la distrajo. Era María Josefa, la amiga íntima, que venía a verla.

— ¿Qué? ¿Regaño? — preguntó Clara al notar huellas de llanto en el rostro de su compañera de aventuras. — Yo estoy nerviosa, insensata, imposible... hija!

— ¿Qué te diré? — vaciló María Josefa. — Hemos reñido para siempre... ¿lo entiendes?... ¡para siempre!

— ¿Y estás así, tan tranquila tan admirablemente tranquila?

— Te equivocas, Clara; ¡no puede romperse un amor de trece años con la calma que tú supones en mí.

— ¿Qué piensas hacer? Yo, por mi parte, ya he tomado mi resolución.

— ¡Siempre la misma tontería!

— Es mi obsesión; pero muy disculpable. La vida no ofrece grandes

sin horas venenosas de una envidia que intranquiliza nuestro sueño...

— ¿Ahora con filosofías?... ¡Ta, ta, ta!... ¿A qué vas a pretender cambiar?... ¡Chica, a buena hora!



— Trata de sonreír, querida... ¡No pongas esa cara de susto!

atractivos a las que, como yo, hemos perdido todo.

— ¡Te engañas! Aun nos quedan por vivir, tal vez los mejores días, sin exaltaciones de placer con que nos engañamos nosotras mismas,

— Nunca es tarde. Yo, por de pronto, me marcho no sé aun adónde... muy lejos desde luego.

— Sí, a buscar el olvido en la paz del claustro — interrumpió, riendo estruendosamente, Clara Cavidanes.

DECIA LA PASTORA...

¡Oh, dadme aquella estrella, bella como mi fe!
— decía la pastora que enloqueció de amor —
¡oh! dame aquella estrella, con ella buscaré
por todos los caminos a mi dulce pastor!

Por los prados del cielo, por las ondas del mar,
por el largo camino que conduce a Belén,
con mi luz infinita, saldré a peregrinar
diciendo paso a paso: "Amado, amado, ven".

¡Amado, amado ven! y llena de perdón
esa estrella piadosa, brillando me dirá:
"yo la vi en el camino que lleva a la ilusión:
más allá, más allá"

¡Amado, amado, ven! — Y esa luz de los dos,
más allá de la Vida, de la Muerte y de Dios;
esa estrella que amamos, brillando seguirá
más allá, más allá!...

¡Oh! cuánto me dirá! — ¡oh! cuánto le diré!
¡oh! volver a encontrar a mi dulce pastor!
¡oh! dadme aquella estrella bella como mi fe!
decía la pastora que enloqueció de amor.

Edgardo Ubaldo GENTA.

— Lo del claustro, descartado — contestó con dulzura María Josefa; — pero sí en busca de olvido. ¿Por qué no me acompañas? — insinuó con voz más dulce aún, y viendo que su amiga, preocupada, inclinaba la cabeza sobre el pecho, continuó: — Primero, rompes con todo ese pasado, devolviendo, o resgando, ello es más radical, esa serie de cartas, escritas la mayoría en un momento de pasión, lamentable por la equivocación que presupone en la mano que las trazó y en la enfermiza intención que las guió... Empero debemos ser indulgentes, Clara. Los hombres no pueden consagrarnos un amor eterno, como pretendemos las mujeres. Este es un siglo de chiquillas bonitas, desenvueltas, propicias a todas las locuras, que, a su paso, proyectan con el deslumbramiento de la juventud una penumbra sobre los treinta años de una vida azarosa como la nuestra. ¡Disculpémoslos y procuremos, con un beso de perdón, el olvido! ¿Verdad que te convenzo?

— ¡Sí; lo que no me explico es cómo él te abandonó... ¡Vales tanto! — dijo Clara, emocionada, tomando las manos de su amiga.

— No volvamos a hablar más de él. Fué el Destino que nos separó. ¡Que sea feliz! Para nosotras, la vida tiene también un ideal de felicidad: comenzar a ser buenas.

Y poco después, en Locarno, donde los pueblos fratricidas se tendieron una mano fraternal después de la afrentosa hecatombe, las dos amigas, estrechamente unidas, las ex devoradoras de fortunas y salud, ponían la primera piedra de una vida nueva, dedicada al bien, en medio de los bosquecillos de castaños, que se desparraman por las laderas de las estribaciones de los Alpes hasta morir, perfumados por el laurel — símbolo de paz interior — y por los naranjos — aromas de nupcias puras, — en las mansas aguas del lago Maggiore.

Engarzada en la montaña, como joya modesta, la casita blanca que habitaban tenía el encanto del marco grandioso de las no lejanas cumbres nevadas y de la exuberante vegetación de la antesala de Italia. Aprisionada por una verja cubierta de enredaderas siempre verdes, alfombrado el jardín por las tempranas camelias, que ofrendaban su blancura inmaculada como olvido a un pasado que jamás había de recordarse, la morada de las dos cortesanas redimidas se envolvía en misticismo cuando los atardeceres primaverales recortaban la grácil silueta del convento de la Madona del Sasso.

En el hotel vecino todo era distinto. Celina, mujer joven, amada hasta la locura, vivía una existencia dolorosa, sin curación posible.

Una tarde setembrina se agravó la enferma.

María Josefa, tomando las manos de su amiga, musitó en voz muy baja, como si fuese un canto de plegaria:

— ¡Es muy joven y amada!..., y ya ves, ¡¡se muere!!!

FATALIDAD

Por Víctor Alberto Buzio

Estábamos en el club.

—¡Basta de ajedrez! Pasemos al salón de fumar. Conversaremos un rato... — invitó Diego arrojando la reina sobre el tablero.

—¿Quedamos en que el partido es mío? — interrogó José.

—¡Sin discusión! — coreamos los cinco.

Ya en el salón, acomodados muellemente en las respectivas poltronas, alguien propuso:

—Hablemos mal de las mujeres...

—¡Paz con las mujeres! Somos todos casados — protestó Gustavo.

—Un momento. Hay dos que no lo son — aclaré yo.

—¿Cómo dos?... ¿Tú y quién más?

—Leandro.

—El hombre que nunca cuenta sus cosas! — exclamó Diego.

—El super-hombre en gestación! — agregó otro.

—¿Que cuente algo de su vida!

—Que el enigmático nos ayude a conocerlo!

—Parecemos chiquillos revoltosos. ¡Y nadie tiene menos de treinta años! — espetó José.

—¡Silencio! — pedí yo — Leandro está dispuesto a narrarnos algunos pasajes de su vida.

—¡Bien; ya que así lo quieren no tengo inconveniente. Doy comienzo... Hace muchos años... Yo era un crápula. Amanecía en las veladas de café, entre la rueda de inútiles formada por la cohorte de mis amigos. Buenos muchachos, llenos de veneno, del que no se salvaba ni siquiera el mozo que diligentemente nos atendía. Condenábamos la insolencia del dinero, la apostasía de los magistrados, las genuflexiones del caudillo parroquial, y concluíamos renegando de nosotros mismos.

Un médico nos hubiese llamado abúlicos, un prelado inmorales, un burgués atorrantes, y una mujer... bohemios.

—¿Y un vigilante? — interrumpí yo.

—No interesa esa opinión. Nuestra conducta escapa a la legislación penal.

Leandro tomó un sorbo de agua. Continúo

—Para el dinero, nuestro lirismo le arrojaba el escupitazo del desprecio. Sin embargo, deseamos arañarle el rostro a la miseria. Esa mujer repelente y sucia que se asociaba a nuestras noches, y que en el día nos llevaba — como aya — para hacernos desnudar en el cubil de los prestamistas... Transcurrían los meses y cada vez más iba sumiéndome en esa atmósfera de maledicencia y repudio. Jóvenes que languidecíamos en las aristas del espíritu!... Todo acababa. La luz del sol se extinguiría también y fué una hora de meditación serena que operó en mi cerebro la reacción a esa vida lírica y fastidiosa por su inercia extática. Debí esta notable metamorfosis a un amor extraño y ya longevo en el alma!... Al evocar el

nombre venerado de aquella mujer, sentí estremecer mis flancos bajo el rigor de un latigazo que despertó del vano sueño los veintidós huertos de mi carne!... En mi faz se agolpó la sangre en rubores de vergüenza de una juventud estéril y vacía! Y, con la premura del que va a destrozarse el cráneo de un tiro, hice una maleta y subí a un tren, dispuesto a romperme la testa contra el primer mojón del camino, o a encontrar las perdidas notas con qué hilvanar una nueva canción... ¡Tiempos heroicos de mi alma!

—Sin premio de medallas, — arguyó Gustavo con intención de burla.

—¿Medallas?... Medallas de experiencia penden de mi pecho! No se adquieren con actos de arrojo ni con dinero. Se dan en premio a los que afrontan el dolor de vivir sin buscar alivio en el aturdimiento de los placeres... ¿Prosigo?

—Estamos pendientes de tus palabras — respondí yo, creyendo interpretar el ánimo de los circustantes.

—...Descendí en plena campaña. Hasta la última plaza de peón estaba cubierta. ¡No había trabajo! La sed y el hambre derribaron mi osamenta sobre el lecho de la madre tierra... Ignoro el tiempo que duró el desmayo... Cuando volví en sí, me hallé en una casa confortable, y en la cabecera — atisbando mis movimientos — un hombre de cabellos plateados y rostro augusto, me besaba el alma con su mirada diáfana de majestades de cumbre...! En mis años jamás he visto un hombre igual!... —¿De dónde vienes, muchacho? — fué su primera pregunta — de la ciudad, señor — res-

pondíle. —¿Qué buscas en la compañía? — Más que trabajo, reconciliarme con la vida, señor... Dióme su respuesta colocando sus manos paternalmente sobre mi cabeza afiebrada, y sentí un alivio tal, que desde ese momento las creí milagrosas. Me ofreció trabajo. Acepté jubiloso. Tuve de inmediato la intuición de que aquel hombre haría mucho bien a mi vida...! ¡No me equivoqué! Después de las faenas gustaba platicar conmigo. Yo le hablaba despectivamente de la ciudad y de los hombres. Me quejaba de la suerte injusta, afirmándole que la vida no valía el dolor de ser vida... El escuchaba sin contrariarme. Aquel hombre, santo o filósofo-médico-espiritual—auscultaba al paciente para diagnosticar el mal, y suministrar el medicamento adecuado a las llagas cancerosas que pretendían acabar con el alma. Un día comenzó a hablarme. En tono grave y amable, disertó sobre un problema de metafísica tan elevada, que sólo tiene el valor que pueda prestarle la fe del oyente. La fatalidad —decía — debe enten-

Tengo el gusto de presentarles a "mi padrino"

PARECE—dice Pepita—mi "segundo papá." Tanto así me quiere y me mimas. Yo "me muero" por él. Es la bondad y la alegría personificadas. Dicen que en sus mocedades la corrió de lo lindo. Hoy—según él—ya no le quedan sino tres "vicios": mi cariño, el tute y el tabaco. ¡Y cómo juma, Madre Santa! Sin tregua ni descanso. Un día que yo le pregunté: ¿Porque tienes siempre un puro en la boca? me contestó muy fresco: "Porque no puedo tener dos, hija mía."



"¡HUMO, humo!" ¿Qué otra cosa es la vida?" Así filosofa "el padrino" riéndose de quienes le dicen que tanto fumar puede enfermarlo. Sin embargo, hace algún tiempo llegó a preocuparse, porque después de unos cuantos puros le dolía la cabeza y experimentaba un cierto malestar. Pero alguien le aconsejó la

CAFIASPIRINA

Y desde entonces cuando se excede en el cigarro, dos tabletas, un buen vaso de agua y ¡aquí no ha pasado nada! Además, un ataque de gota que lo hacía sufrir mucho, ha ido desapareciendo con el uso frecuente de esas admirables tabletas. Por eso ahora, en vez de llevar, como antes, diez puros en el bolsillo, lleva nueve... y un tubo de Cafiaspirina.

LA CAFIASPIRINA es incomparable no sólo para el abuso del tabaco, los excesos alcohólicos y las trasnochadas, sino también para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; el reumatismo, etc. NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.



La próxima vez que PEPITA aparezca aquí, les hará la presentación de su TIA CONSUELO, que es el "angel" de la casa. No se pierda de conocer a tan interesante persona.

derse como justicia inmanente. No es la negación del libre albedrío, pero sí la restricción. Así como el cuerpo proyecta su sombra, los actos morales sus consecuencias. No podemos preverlas porque estamos dentro de la ley. Sin embargo, a veces, la intuición nos la advierte. La asociación de pequeñas causas y efectos, nimios en apariencia, conduce a la fatalidad del hecho decisivo. El dolor o placer que él nos ocasiona, amplía nuestro conocimiento del modo que opera la ley. Se infiere de esto, que la resignación es el principio inteligente que recibe sin gemidos la violencia de los efectos de causas desencadenadas. Y el hombre actual es, entonces, el resultado de sus acciones anteriores. Y el de mañana, la suma de precedentes con los efectos de las causas que hoy desencadena. De lo expuesto surge un postulado: ¡La resignación debe acompañar a la fatalidad! Aprende esta lección, hijo... Ella te enseñará a no lamentarte de tu suerte. Tu situación actual — buena o mala — es el resultado de tus acciones anteriores... Ayer has construido tu hoy, torpemente. ¡Tu hoy es fatal! No olvides que la resignación debe acompañarle... — Aquellas palabras dichas sentenciosamente caían como martillazos sobre mi caja craneana, dejando la angustia de su verdad...

Luego mi maestro — desde entonces lo llamé maestro — se alejaba para que en la profundidad de la meditación pudiera apreciar sus conceptos. — Pasaron algunos días.

Cuando supo que me había resignado a mi suerte, creyó oportuna otra lección.

Me interrogó con qué autoridad juzgaba yo las cosas y los hombres... ¡No supe qué contestarle! Abstenerse de opinar — arguyó benévolutamente — es la filosofía de la prudencia. Esta verdad afirmada por quienes entrevistaron la luz, corrobora la idea de que al fin de la vida es el conocimiento y no la felicidad como hace presumir el error en que viven la generalidad de los hombres... La lengua que condena, increpa e injuria, se mueve sobre los pilotes de la ofuscación y de la ignorancia. Las almas grandes son piadosas porque saben que han necesitado ser pequeñas y miserables. Sólo los perfectos pueden indicar normas de conducta y sancionar reprimendas. ¿Y quiénes son los perfectos?... ¡Los que se han identificado con las leyes divinas, y no otros! Vive observando el fragor de la batalla sin poner de tu parte la pólvora de la maledicencia... Sólo así podrás conocer y ser uno con la ley! Observa y calla! En el laboratorio de tu cerebro la luz de tu espíritu dirá: "Todo está bien en su lugar..." ¡Si así no lo crees es porque te atreves a juzgar la conducta de Dios! — Esta encíclica mató el alabran que había en mí. El intolerante aprendió a ser condescendiente... ¡Estoy fatigado! Deberíamos pasar a cuarto intermedio...

—Aquí se trabaja. Damos ejemplo a los padres de la patria. Ya ves... —contestó Gustavo — Te escuchamos atentamente sin dormirnos.

—¡Gracias! Son ustedes muy generosos — replicó Leandro, mien-

tras llevaba el vaso de agua a sus labios.

—Aquel hombre ¿era un místico? — interrogué yo.

—Lo ignoro. — respondiéndome Leandro. Sólo sé que era un hombre bueno y sabio... Voy a abreviar para no cansarles la atención... —Debí regresar a la ciudad por motivos de familia. Sus últimos consejos bien merecen ser oídos. Fué en la estación de partida. Los recuerdos tan perfectamente que me parece estar escuchándolos: "Contempla la vida sin angustias y sé más fuerte que la adversidad. Armate de fuerzas. Las tienes a tu alcance. La naturaleza te las brinda generosa... Entre el vaivén de las olas de vida busca el equilibrio... Mientras seas débil refújate en el aislamiento... ¡No temas nunca! El temor es una falta de consecuencia consigo mismo. Y tú sabes que la ley de consecuencia es ineludible. Tienes el deber de ser fuerte porque tu inteligencia ha asimilado nociones de fuerza y de vida... ¡La luz se ha hecho en una noche!... ¡Dominate, es mi palabra de orden!... ¡Adios hijo! — El tren rompía a andar y yo me despedí suplicándole un

grito: ¡Maestro!... ¡Que tu pensamiento de misericordia me infunda valor en la hora de las vacilaciones!... — energía y valor con que he afrontado la circunstancias más adversas. Mi escasa filosofía es un reflejo de la suya.

—¿Ha muerto? — preguntó Gustavo.

—Hace muchos años que no sé de él. Muerto o vivo, está presente siempre en mi recuerdo... ¡Sobre todo, en los momentos en que me siento desfallecer!

—¿Y aquel amor extraño y ya longevo en el alma, que citabas al comienzo de tu narración? — interrogué yo.

Leandro fijó sus ojos, de mirar sereno, en los míos, y después de un prolongado silencio, masculló con acento algo quejoso:

—¡La resignación debe acompañar a la fatalidad!

Sin poderlo evitar, se humedecieron sus ojos.

¡Todos comprendimos la secreta angustia de su alma! Y en la abstracción de su mirada nos pareció que iba el reclamo de fortaleza: "¡Maestro!... ¡Que tu pensamiento de misericordia me infunda valor en la hora de las vacilaciones!"

HIMENEO ALADO

Venida del ensueño de aquella lejanía
La blanca mariposa, temblando y fatigada,
Sobre una débil rosa, por el aura azotada,
A descansar del viaje su cuerpo detenía.

Erase la hora fuerte del sol del medio día:
La tierra lujuriente, despierta y excitada,
Exhalaba perfumes, cual alma enamorada,
Cuajados de suspiros, de luz y de armonía.

Mas, de pronto, en la altura, sobre lo azul del cielo,
Refulgente y hermoso, con sus alas de armiño,
Buscando compañera que dar a su cariño,
Previo un rauda Pieris, el fin de su desvelo.

Miró hacia los verjeles, y en el muñado lecho
De pétalos de rosa, yacía aletargada
La diosa de sus sueños, que un día en la alborada
Adivinó besarla, juntándola a su pecho.

¡No sé qué misteriosos efluvios les llevaron
A ambos, en sus átomos, las ondas luminosas;
Sólo sé que temblaron sus alas vaporosas
Y en un instante solo se vieron y se amaron!

Veloz y ansiosamente, con el alma encendida,
Posó sus ténues plantas, junto a la núbil bella,
El blanco Deseado que ardiente esperó en ella
Derramar en su entraña la esencia de otra vida.

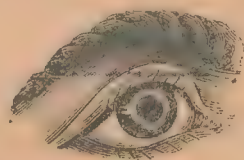
Y así, juntos, muy juntos, acarició el amado
Bajo sus albas alas, a la hermosa rendida,
Que esperó, silenciosa, de amor sobrecogida,
La ultimación sublime del himeneo alado.

De un salto prodigioso quedáronse prendidos,
Y flotando en el aire con rítmico danzar,
Subiendo parecieron, sedantes, al volar
Dos vellones de nieve por el céfiro unidos.

Y cuando ya mi vista no distinguiólos más,
Y sólo quedó en mi alma indefinible huella,
Parecióme que fueron en busca de una estrella
Do el amor de sus almas no terminase jamás.

EL MAGO DEL PINAR.

Enfermos



de los OJOS

"LOIDU,, Unico producto Italiano de fama mundial! Que, friccionando en las sienas, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable. No mas miopes, presbitas ni vistas debiles

PEDID HOY MISMO EL INTERESSANTE LIBRO GRATIS

Direccion General

UGO MARONE
Plazza Falcone al Vomero, 1
(Italia) NAPOLI

EL BUDISMO

El budismo llegó a China en el primer siglo de la Era Cristiana y se modificó por la influencia china.

La antigua civilización china es persistente. Se desarrolló en los tiempos de Confucio. El joven en China está sujeto a la autoridad de su padre o de su abuelo.

Durante el reinado del emperador Kanghi, hubo una protesta popular contra la corrupción y la tiranía de los Tribunales. El emperador leyó la protesta y contestó:

"El emperador, considerando la inmensa población del Imperio, la gran división territorial y el marcado carácter litigante de los chinos, cree que las causas aumentarían de un modo alarmante si el pueblo no tuviese miedo a los Tribunales y si supiese que siempre iban a fallar lo justo; por lo que mi deseo es que los que recurran a los Tribunales sean tratados sin piedad y con tal dureza que queden escarmentados y disgustados con al ley y tiemblen a la sola idea de presentarse ante un magistrado. De esta forma el mal quedará cortado de raíces. Los buenos ciudadanos que tengan dificultades entre sí vendrán a un arreglo amistoso como buenos hermanos, recurriendo en último lugar al arbitraje de una persona mayor, de gran prestigio en la región sin necesidad de acudir a la justicia. En cuanto a los pleiteadores, obstinados, testarudos y quisquillosos, conviene que se arruinen con pleitos, y esta es la mejor manera de ser tratados por la Justicia".

Donde fuera un sitio de placer e inclinaciones bizantinas, yérguese una institución de orden y deber. Admirable mutación, ¡que ojalá no sea única!

¿Quién no recuerda la manzana de Av. Alvear y Tagle, que en hora nocturna, a la distancia, distinguíase el guignolesco letrero anunciador, síntesis de su significación negativa en la vida?

¿Cuántas veces, mozalbetes engominados, que olvidaron la dignidad en el ropero de su casa aristocrática, salieron de allí en actitud báquica, enclenques, con el honor dilacerado, bajo la acción funesta de estupefacientes y libaciones copiosas, que denigran el carácter subalternizando los sentimientos y colocados tras el volante de lujoso automóvil adquirido con dinero que su progenitor supo amontonar trabajando en el campo bajo el sol ennoblecedor, emprendieron vertiginosa carrera homicida!

El señor Salvador Aversa, Director de Tráfico, es un hombre simpatiquísimo de regular estatura, ojos vivaces, fiel trasunto de su modalidad, enérgico, recio, dinámico, expeditivo, con inteligencia despejada, clara comprensión de las obligaciones de su cargo y rectitud ejemplar.

Su despacho está colocado en sitio estratégico. De los ventanales que inundan de luz hermosa el amplio salón, divisase en panorama magnífico, la bella Avenida Alvear y sus adyacencias, de los paseos de la Recoleta y Palermo. El monumento al General Mitre, recórtase admirable sobre el cielo límpido de esa mañana primaveral.

—Yo creo que el problema más importante de Buenos Aires, es el del tráfico — nos dice el señor Aversa.

—¿Qué soluciones viables ve usted al mismo?

—Descentralizar las grandes reparticiones, sancionar leyes que autoricen a la Municipalidad a expropiar para construir las avenidas que considere indispensables. Las plazas de estacionamiento sirven como paliativo a la congestión. Añadan ustedes a esto la prohibición de estacionamiento en las calles céntricas. El comercio mayorista debe alejarse de esa zona, contribución que ayudara en grande a resolver la cuestión.

—¿Qué puede decirnos con respecto a la sincronización?

—No creo en el éxito de ese sistema en la forma que se aplica, dado que falta elasticidad y velocidad uniforme que no puede obtenerse por las distintas tracciones.

—Y la construcción de líneas subterráneas?

—Es un problema social de necesaria atención por parte de las autoridades.

—¿Qué número de inspectores cuenta la Dirección de Tráfico?

—Veinte. Empleados que hacen cumplir en todos los radios de la ciudad con las ordenanzas municipales en vigor.

—¿Qué falta a su juicio en las calles, que a la hora de mayor tránsito se hace poco menos que imposible atravesar?

—Disciplina. No se sabe caminar. Es necesario por eso, educar antes de reglamentar.

—¿Causas?

—El cosmopolitismo.

—Refiéranos alguna anécdota de su actuación pública.

—La más importante de mi vida fué esta: El día que me hicieron Director de Tráfico, sin saberlo.

En la Dirección General de Tráfico Municipal

El 14 de noviembre de 1925 me llamé el intendente Noel, a quien no conocía, y luego de cambiar algunas frases de saludo, me dijo textualmente: "Sr. Aversa: está vacante el puesto de Director de Tráfico Municipal y se lo ofrezco". Fué tal la sorpresa que me dejó titubeando.

—Si bien es cierto que hay escasez de personal, desde el subdirector hasta el más humilde obrero, trabajan con todo ahínco en esta repartición.

—Naturalmente, bajo el ejemplo del Sr. Director — nos dice el inteligente Subdirector señor Luis J.



El director general de tráfico, señor Salvador Aversa

—¿Qué función desempeñaba entonces?

—La Jefatura de Tráfico Policial. Observamos que la puerta del despacho permanece abierta. El señor Aversa adivina nuestra pregunta y sonríe.

—Siempre está la puerta así. El público no hace antesalas. Oprime

Quirós, allí presente. Es un eficaz colaborador en la obra meritoria que realiza el Sr. Aversa.

Un señor que llega en ese instante, reparando en nuestra presencia nos expresa:

—Pocos funcionarios como este tratan al público en forma tan amable y comprensiva.



Señor Luis J. Quirós, subdirector de la mencionada repartición

un timbre y dice al ordenanza.

—Que pasen las personas que deseen hablarme — y dirigiéndose a nosotros — ahora oirán Vds. a los afectos al automóvil.

Es un desfile de público de todo color con un solo anhelo: pedir, llamar, resolver, todo dentro de un globo mareante: automóvil.

Sobre su escritorio hay dos cartelitos que rezan así:

"El que ofrece dinero, se da precio a sí mismo".

"Hablar menos y hacer más".

Cordial y gentilmente nos acompañó con el señor Quirós a visitar el edificio, pudiendo constatar que reina en él, el mayor orden y pro-

ligidad que se puede requerir.

He aquí los permisos acordados hasta el 5 de septiembre del corriente año:

Señoras conductores 1003; señoras profesionales 2; chauffeurs 17.271; particulares 40.301; motocicletas 1402; cocheros 12.100; carreros 7864.

VEHICULOS NUEVOS HABILITADOS DESDE EL 1 DE ENERO AL 31 DE AGOSTO DE 1927

Automóviles particulares	4894
Automóviles de alquiler	587
Auto-Omnibus	203
Automóviles de Carga	1455
Acoplados de Carga	25
Motocicletas	13
Motocicletas de Carga	25
Carruajes particulares	7
Carruajes de alquiler	1

7210

VEHICULOS HABILITADOS DESDE EL 1 DE ENERO HASTA EL 31 DE AGOSTO DE 1927

Automóviles particulares	14.995
Automóviles de alquiler	5.115
Automóviles de carga	7.100
Acoplados de Carga	924
Auto-Omnibus	763
Carruajes particulares	110
Carruajes de remise	250
Carruajes de alquiler	697

29.954

FORMULARIO QUE DEBE LEER TODO EXAMINADO ANTE EL TECNICO, EN LA PRUEBA TEORICA.

La Dirección General de Tráfico me previene:

1.º Que para obtener el registro de conductor de vehículos debo abonar únicamente los derechos correspondientes: un peso moneda nacional en estampilla municipal para la solicitud; diez pesos por el derecho de examen en la boleta que entrega la Dirección de Rentas; un peso en estampilla cuando se me entregue el registro, si resultado aprobado.

2.º Que no debo ofrecer dinero ni regalos a los examinadores o cualquier otro empleado para obtener el registro, pues estos ofrecimientos constituyen un delito castigado por el código penal y la Dirección de Tráfico pondrá a disposición de la policía a los aspirantes que pretenden sobornar a los empleados.

3.º Que algunas personas dicen tener relaciones con la Dirección General de Tráfico, examinadores o empleados, por intermedio de los cuales puede obtener la entrega de los registros mediante una suma de dinero.

4.º Que estas personas no tienen relaciones en las oficinas municipales, son impostoras que pretenden sorprender la buena fe de los aspirante, sacándoles dinero, es decir, pretende hacerles el "CUENTO DEL TIO" por lo que no deben dar crédito a tales sujetos.

5.º Que ni el Director ni los empleados tienen relación con las academias que enseñan a los aspirantes, las que son puramente particulares, que ejercen un comercio sin que la Municipalidad tenga nada que ver con ellas.

6.º Que el Director de Tráfico, atiende personalmente todos los reclamos o quejas.

Felicitemos al salir, al Director General Sr. Aversa que con tanto celo vela por la importante repartición confiada a su pericia.

R. C. V. Coconier.

Pequeñeces que acarrear tragedias

Cuentan que en una ocasión dijeron a la reina de Francia María Antonieta que el pueblo se moría de hambre por falta de pan, contestó "Pues que coman galletas", y esto que se viene citando como un reproche no debe serlo. Fué la contestación inocente de una persona que ignoraba que para ambas sustancias hacía falta una misma cosa.

Muchas cosas absurdas se le han achacado injustamente; mil cuentos idiotas se han inventado para presentárnosla como un ser raro y romántico, pero al leer sus cartas esta figura de la historia aparece más humana, más desgraciada y más arrastrada por la tragedia; que todo lo que los románticos o mal intencionados pudieran inventar.

Con un esposo débil, acusada de frivolidad y de mantener relaciones culpables con el extranjero, en medio de una atmósfera revolucionaria, abandonada de sus consejeros y de aquellos que podían y debían prestarle ayuda, presenta esta mujer un curioso estudio para un biógrafo.

Encontramos a María entre un romántico adorador, el sueco Fersen, y Barnave que pagó con su vida su patriotismo.

¡Qué trio! Fersen el aristócrata que idealizó a la reina y no pensando sino en salvar a la hermosa dama, Barnave el jefe revolucionario que quiso detener el torrente que él mismo había causado y María, una mariposa colocada de repente frente a la muerte y la destrucción.

La correspondencia de la reina con Barnave empieza inmediatamente después de la mal aconsejada huida de la familia real. Fersen la había aconsejado, preparado y hasta guiado el coche en la primer jornada.

Fracasada la huida, tres miembros de la Asamblea cuidaban de la seguridad de la reina.

Barnave era uno de ellos. La amabilidad y gentileza de la soberana ganaron al momento al revolucionario en el camino de Varennes a París.

En su primera carta María le decía que estaba dispuesta a ayudarlo para llegar a un arreglo entre la real familia y la Asamblea.

La confusión en Europa era cada día mayor.

Los reyes se consideraban insultados en la persona del rey Luis XVI, prisionero. Los nobles franceses emigrados aconsejaban a Austria, Suecia y Prusia, para que emprendieran una intervención armada.

La revolución aumentaba en ímpetu e intensidad.

La reina se daba cuenta del peligro que corría la real familia y decía que sabía que el nudo de las vidas de Luis y suya se iba apretando de momento en momento. Convenció a Barnave y Lameth de su sinceridad y buena voluntad para hacer arreglos de manera que el rey y el pueblo pudiesen entenderse. María, por consejo de Barnave escribió a su hermano Leopoldo II de Austria, rogándole que reconociese a la Francia constitucional con lo que salvaría el trono de Luis y al mismo tiempo pondría un dique al torrente de horrores que cada día se hacía más terrible.

Recordaremos una de las pequeñeces que figura en la curiosa correspondencia.

Se había reorganizado la guardia real y en el uniforme se pusieron vivos amarillos. Barnave escribía a la reina:

"Los tres colores (azul, blanco y rojo) son hoy los de Francia. Figuran en la bandera naval, en las escarapelas y en los estandartes del ejército. No son colores de partido sino colores de nación.

Si se acepta el color amarillo, esperemos que se reproduzcan las escenas del 4 de octubre.

¿Vamos a perder un reino por cuestión de colores u otras frivolidades por el estilo?

Hace falta conocer a esta gente.

Se puede guiar y conducir al pueblo francés con riendas de seda y con una sonrisa que les llegue al corazón, pero de la misma forma se pierden por pequeñeces parecidas".

La reina le contestó:

"Ya es tarde", es imposible hacer ningún cambio en los uniformes, pues ya se han dado órdenes para que se equipe la guardia".

Barnave replicó:

"Si no se cambian los vivos de la guardia es seguro que se hará antipática al pueblo desde el primer momento y antes de dos meses unos y otros vendrán a las manos.

Los tres colores sirven para unir al pueblo con el rey y contra los jacobinos. El color amarillo pone al pueblo con los jacobinos y contra el rey".

Fersen hace un último esfuerzo para convencer a la familia real de que la única salvación está en la fuga.

Fué a buscarles a las Tullerías y nada pudo conseguir. Sus buenas intenciones fracasaron, pues el rey había prometido después del fiasco de Varennes no intentar más fugas. Habló así con la reina y ésta le hizo saber todo lo que

había trabajado, todo lo que había puesto de su parte para construir un puente que uniese a la antigua dinastía con la nueva nación que se estaba formando, y de todas las cartas y comunicaciones que había cruzado con Barnave y sus amigos para que trabajando unidos a ella se pusiera un dique a la anarquía que de día en día se desbordaba con más fuerza.

Entonces quiso que la reina se pusiese en salvo, pero María Antonieta replicó que su puesto estaba al lado de su marido y con él permaneció mientras se lo permitieron, hasta que el infeliz Luis XVI fué guillotinado.

María Antonieta por mucho que se la acusase fué una buena esposa, una buena madre, y sobre todo, una de las mujeres más desgraciadas, y que más sufrió.

Encerrada en el Temple, decapitado su marido, separada de su hijo el Delfín, se mostró durante su cautiverio con una dignidad de verdadera reina, y con una resignación de verdadera cristiana.

DESALOJO

Y

LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidrítalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES

Celebración de la fiesta de la policía.

En el parque Centenario llevóse a efecto la fiesta que la policía de la capital acostumbra a realizar anualmente. — El jefe de la institución señor Francisco Wright leyendo su discurso en el palco oficial, ante el presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, los ministros del Interior y de Guerra, doctor José P. Tamborini y general Agustín P. Justo respectivamente, y otras altas autoridades.



El doctor Alvear inicia la distribución de recompensas, condecorando a uno de los agentes premiados.



La señora esposa del presidente, doña Regina Pacini de Alvear, entregando el premio a otro de los agraciados.



El escuadrón de la guardia de seguridad desfilando ante el primer magistrado.



Los bomberos de la capital a su paso por frente al palco oficial



Agentes de policía cruzando ante la tribuna de las autoridades



El cuerpo de ciclistas de la institución policial.

De la estada de los delegados españoles al Congreso de la Tuberculosis en Córdoba

Durante la visita que los delegados españoles al Congreso Panamericano de la Tuberculosis, en Córdoba, realizaron el Archivo General de la Nación. — De izquierda a derecha, sentados: señores Dr. M. Rodríguez Castro-mán, Dr. Andrés Martínez Vargas, Dr. Jaime Ferrán, Augusto S. Mallié, director del Archivo, Dr. J. Francisco Silva. De pie: Dr. Enrique J. Saubidet, Adolfo L. Danino Palacios, Eugenio Corbet France, Augusto Emilio Mallié, Dr. Juan Vila Ferrán, Roberto Otero.



Los médicos españoles, doctores Jaime Ferrán, Andrés Martínez Vargas, Vila Font y Juan Vila Ferrán, acompañados del cuerpo médico del Hospital Español, en la visita que aquéllos hicieron al mencionado establecimiento.



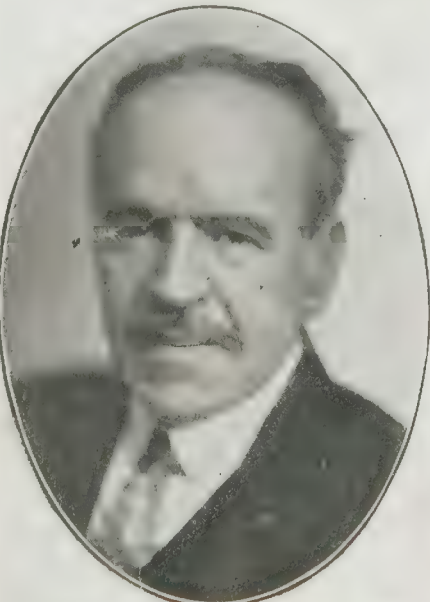
Los delegados españoles ante la tumba del general San Martín, en cuyo mausoleo depositaron una corona de flores naturales.

Banquete al comandante Cobas

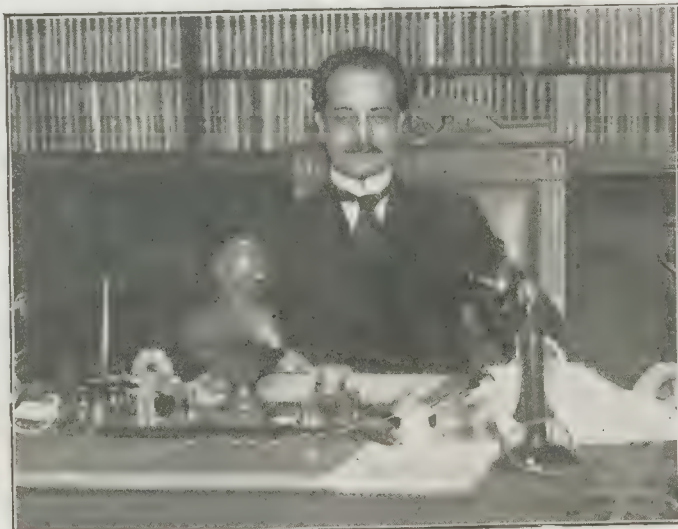


Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al comandante del cuerpo de bomberos don Vicente Cobas, con motivo de haberse acogido a la jubilación.

BIBLIOGRAFIA



El distinguido publicista y crítico literario, don Rafael Ruiz López, que acaba de publicar cuatro volúmenes de interesantes narraciones infantiles, titulados "Los ojos del abuelo", "Yo, rey mago", "Una vez hubo un príncipe" y "El castillo de la felicidad".



Doctor Ricardo Rojas, prestigioso escritor y poeta, a cuya pluma se debe "El Cristo invisible", obra recientemente editada, que, sin duda alguna, constituirá un nuevo éxito literario para su autor.



Señor Mariano López Palmero, autor del libro de poesías "Los ojos nuevos", últimamente aparecido.

Juramento de los nuevos obispos



Los nuevos prelados, monseñores Inocencio Dávila, Fermín S. Lafitte, Julián P. Martínez y Audino Rodríguez, designados para ocupar los obispados de Catamarca, Córdoba, Paraná y Santiago del Estero respectivamente, después de prestar el juramento de práctica, en el salón blanco de la casa de gobierno, ante el presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, los ministros del Poder Ejecutivo, diversas autoridades civiles y eclesiásticas y numeroso público que presenció la ceremonia.



Exposición de arte francés



El embajador de Francia señor Francisco Georges-Picot y otras personas durante la inauguración de la exposición de arte francés, instalada en la calle Florida 622.

Club Etcheverría



Grupo de familias que concurrieron al baile social con que se festejó el acto inaugural de la mencionada asociación.



Demostración al coronel Ruiz Moreno

Organizada por el Círculo Argentino de Inventores, llevóse a efecto una demostración tributada al presidente de dicha institución, coronel Adrián Ruiz Moreno. Ofreció el acto el presidente de la comisión de homenaje, doctor Isaac García, a quien contestó el obsequiado. — Un detalle de los concurrentes a la demostración, al servirse el lunch.

Audición poética



Señorita Luisa Raffo Costa, gentil recitadora que dió recientemente una audición poética en el Salón Teatro, obteniendo brillante éxito por la forma personal de su arte que ha sabido independizarse de la afectación que caracteriza a la mayoría de los declamadores profesionales.

Baile de la Asociación "Labor"



En los salones de la Sociedad Rural Argentina, realizóse el baile organizado por la asociación "Labor". — Vista parcial de la concurrencia.

Nota deportiva



Señora Lidia M. de Schneider, notable amazona de nuestros círculos híplicos, con su caballo favorito.



En las tinieblas

por *Sofia Espindola.*

MAMITA!
Déjame llamarte así, como cuando era niño, como cuando los labios no sabían pronunciar más que palabras puras, como cuando el alma era blanca y miraba la vida a través de sus visiones castas, visiones que perfilaban duendes buenos y hadas bienhechoras... Alguien dijo que los viejos se parecen a los niños. Pero el que popularizó esa frase, olvidó añadir otra semejanza: la de los hombres derrotados, la de los caídos, la de los que vieron morir sus últimas ilusiones con una blasfemia en los labios. Y es que esos hombres son débiles, son muertos que se mueven por influencia de la costumbre. Frente a las tinieblas de la vida, se detienen cegados por la luz que surge repentinamente: la luz de la conciencia. Entonces, tambaleantes, prosiguen su camino. Parecen niños que dan los primeros pasos. Y las palabras salen balbucientes de sus labios. Se asemejan a los infantes que aprenden a expresar sus torpes y aún no definidos deseos. Y como un niño desamparado, yo, el decepcionado, yo, el hombre viejo en plena juventud, te busco para abrirte mi corazón, para confesarte toda mi culpa.

¡Mamita! ¿Cómo quisiera volar a tu lado, besar tus cabellos blancos, tu frente, que a fuerza de soñar para tu hijo ingrato, se llenó de surcos! ¡Pero no! ¡Eso no lo merezco! No soy digno de besar tus hebras de plata. Sólo la huella que deja tu paso breve de paloma cansada... nada más...

¡Oh! Si pudiera ir a verte... Imagino mi llegada. Descendería del tren y tomaría el primer coche que viera en la estación. —¡Cocherol... ¡Volando! Tres cuartos derecho, una a la izquierda... ¡Pronto! Y el vehículo corre hacia la casita que te alberga. Ya frente a ella, salto la verja, porque mi ansiedad, no podría esperar la respuesta de mi llamado. Corro por la casa ¡Mamá! ¿Dónde estás? ¡Madrecita! ¡Ah! Allí, sentada en ese sillón en donde tus brazos mecieron mi sueño. —¡Mamita! —¡Hijo mío! Y postraría mi hombría y besaría el ruedo de tu falda y sola una palabra pronunciaría: “¡Perdón!”

¡Pero no puede ser! Estoy enfermo, casi moribundo. La fiebre me ha postrado. Y las tinieblas se hacen cada vez mas espesas...

Siento miedo, un miedo loco de morir solo, en esta habitación fría, donde nada me pertenece.

Por eso clamo verte. Pero antes quiero decirte que toda mi culpa, se ha transformado en una mole de piedra que me aplasta. ¡Cuando recuerdo!... Siento necesidad de confesarte todo... ¡todo!

A mi mente, acuden los días de mi infancia, transeurridos en esa casita serrana. Luego mi venida a la ciudad, tus recomendaciones de madre buena, tus lágrimas...

Antes de partir, me diste un relicario, un pequeño corazón de oro que colgaste a mi cuello, diciéndome: “¡Guárdalo! Esto te preservará de todo daño”.

Y me encontré en la ciudad. ¡Oh, las luces ficticias que parecen pupilas infernales suspendidas en el vacío para atraer a los mortales! ¡Oh, el bullicio de la gran urbe que apaga los sentimientos del corazón entre su incansante murmullo!

Me alojé en una pensión y me propuse estudiar con ahínco, huir de las compañías perniciosas. Tu corazón, aquel corazón de oro, que era lo mismo, estaba sobre mi pecho dispuesto a defenderte.

Pero las tentaciones me vencieron. Trabé relación con un compañero rico y depravado que me llevó a través de la ciudad para conocer todos los sitios vedados. A éste le siguieron otros, más perversos, más viciosos. Primero una claudicación, con el consiguiente arrepentimiento, luego otra y otra... hasta que me hundi en las tinieblas...

Cierta vez mientras me vestía, uno de aquellos hombres percibió el corazón de oro por entre la abierta camisa. Y dijo riendo despreciativamente: “¿eso?” Sentí vergüenza. “¿A que te lo dió tu “vieja” cuando dejaste tus pagos?” Y yo, misero de mí, no supe vengar la afrenta de esa palabra con un bofetón en sus labios impuros que así mancillaban tu persona. No, no hice eso. Y para completar mi ruindad, mentí. Le hablé de una superstición; le dije que ese corazón, había pertenecido a un jugador que, al sentirse morir, me lo había regalado afirmándome que me traería suerte.

Y desde ese día, el corazón fué escondido en una caja, y con él, los restos de mi honor.

¡Oh, tus cartas impregnadas de lágrimas! ¡Tus palabras llamándome a tu lado! ¡Tu grito de desesperación que no tenía eco en mi alma enlodada! Las luces de la ciudad me retenían, su ambiente de placer, anulaba mis sentimientos. Y mis visitas al pueblo, fueron haciéndose más lejanas...

Un día, ¿lo recuerdas?, fui a pasar unas horas a tu lado. Me recibiste llorando. Pero ni un reproche salió de tus labios. “¡Sigue estudiando, hijo mío. Mis rentas son cada vez más escasas, bien lo sabes. Pero aún me quedan fuerzas para vigilar la huerta y hacerla producir”. Sentí remordimiento. El estudio. Hacía mucho tiempo que los libros estaban encerrados. El dinero que tú me enviabas, tenía muy distinto destino.

Ese día, antes de partir, me tomaste de la mano, y después de besarla, me pusiste un anillo en el dedo anular. Era de oro macizo con mis iniciales grabadas. “¡Mamá! ¿Por qué has hecho esto?” te pregunté torpemente. “Has gastado mucho”. Pero tú me tapaste la boca con tu manecita rugosa. “¡Calla! ¡No me ha costado nada! El relojero del pueblo, don Francisco ¿sabes?, me debía un poco de dinero. Y para pagármelo, me dió el anillo”. Mentís. Bien lo conocía yo en tu voz trémula. Luego pude confirmar mi sospecha. Poso sobre peso, habías junta-

do, para poder comprar ese anillo. La negra Susana me lo contó, cierta vez, en una carta, cuando habían pasado tres meses sin ir a verte.

Pero yo era ruin, era miserable. Y una tarde, que no tenía dinero para concurrir al hipódromo, acompañado de una mujer exigente, empecé el anillo regado por tus lágrimas. Y me olvidé de él. Una excusa fútil respondió a tu pregunta cuando reparaste en su falta, excusa que no creíste porque tu corazón de madre, lo veía todo.

Me hice el propósito de rescatar la prenda. Pero cuando llegué a la ciudad, otras cosas absorbieron mi tiempo. Y el anillo se perdió. Pero nada me reprochaste. Tampoco lo hiciste cuando malgasté el dinero que me confiaste para levantar la hipoteca que pesaba sobre nuestra casa. Te engañé, te dije que había resuelto el asunto en forma satisfactoria. Y, poco después, el Banco remataba la casa y tú, tuviste que abandonarla, dejar su huerta, sus habitaciones pobladas de recuerdos, su enredadera, su molino, alrededor del cual tantas veces habías corrido para compartir mis juegos infantiles.

¡Cuando lo recuerdo!... ¡Oh, mamita! ¡He sido culpable! ¡He sido un canalla! Pero ahora, los ojos del corazón se han abierto. Hace una semana que regresé a Buenos Aires, de donde me alejara atraído por una mujer de alma perversa, que tan pronto me vió sin dinero, me dejó solo, enfermo, en una ciudad extranjera. Y resolví volver enfermo... muy enfermo... y completamente vencido. Y me he sentido niño y mis labios te han llamado “¡Mamita!”

Ahora que estoy solo, ahora que la falsía de la amistad, y las protestas de amor de las mujeres fáciles, han caído desmenuzadas al caer mi cuerpo, recurro a ti, a la única mujer que no tendrá sus oídos cerrados a mi clamor, a la única que vendrá hasta mi lecho, que velará mi sueño, que me cantará como antaño, sus más dulces canciones. ¡La única! ¡Oh, sí! Por eso te llamo. No quiero morir solo, como mueren los parias, los malditos. Las tinieblas se espesan más... Si tú vienes... todo será luz. Tu santa mano, acariciará mi frente; tus labios pronunciarán esa palabra por la cual deliro y que servirá para que mi corazón rebosa de alegría. Sí, madre mía, necesito tu perdón. Necesito que tus labios me besen, que tus palabras me reconforten. Si vienes... ¿quién sabe? Tal vez esta fiebre que me consume, desaparezca. Y podré levantarme. Y entonces, una nueva vida se presentará para nosotros. Trabajaré junto a ti, te elevaré, te llenaré de oro, de brillantes, de perlas... tantas, como las lágrimas que derramaste por tu hijo ingrato.

Si vienes... creeré en Dios, puesto que tú reunes las aureolas de todos los santos.

¡Vén, madre mía! ¡Corre a mi lado! No olvides que las tinieblas se hacen cada vez más espesas. ¡Vén! Qué tus manos acaricien mi frente,

que tus ojos calmen el fuego de mi fiebre con sus lágrimas. Yo te espero. Contando los minutos, midiendo las horas, te esperaré. Y estoy seguro que vendrás. Esta vez, el corazón ha abierto los ojos, y te ve, ¡madrecita mía!”

.....
Cuando doña Laura entró, el enfermo levantó la cabeza.

—¿No ha venido?
La dueña de la pensión, una mujer bonachona, en cuyo corazón tenían eco los sufrimientos humanos, movió negativamente la cabeza.

—Hace ya cinco días que le he escrito... ¡Y el silencio ha seguido a mi desesperado llamado! — murmuró el enfermo tratando de incorporarse, pero la mujer se lo impidió.

—¡Por Dios! ¡Tiene Ud. una fiebre que vuela!

—¡Me ahogo! ¡No puedo estar acostado! Ayúdeme a sentarme — suplicó.

Después de vacilar, doña Laura accedió a sus deseos. Ya sentado, el enfermo miró a su alrededor con moribunda luz en la mirada.

—¡Hoy no vendrá tampoco! — Un sollozo escapó de su pecho.

—¡No se aflija! — dijo la buena mujer, próxima a llorar también. — Cálculé Ud...., su madre, no ha podido llegar aún. La distancia es grande.

—¡Un telegrama... Una carta... Aunque fuera!

—Puede que no haya podido hacerlo... ¿Quién sabe!

—¡Qué buena es Ud.!

Las horas fueron pasando. No... su madre no vendría. ¿Acaso a su corazón no habían llegado sus lamentos? ¿Acaso su madre era como las demás mujeres? El rencor hacia ese hijo ingrato que la despojó de cuanto tenía, anulaba su amor de madre?

¡No! ¡No! gritaba su corazón. ¡Su madre vendría!

Abrió sus ojos. Una figura blanca, comenzó a diseñarse a los pies de su lecho, una figura tenue que se fué acercando lentamente, con los brazos extendidos; una figura intangible que se allegó a él, que se inclinó, que besó su frente.

—¡Mamita! ¡Al fin llegaste! — exclamó, delirante, el enfermo.

La dueña de la casa, que seguía todos los movimientos del enfermo, al oír ese grito, dirigió una mirada a su alrededor. Y no vió nada...

—¡Mamita! — El enfermo apretaba contra su pecho una figura imaginaria hija de su fiebre, de su delirio quizá.

(Continúa en la página 29)

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — Enlaces. — María Esther Lantz - ingeniero Tomás J. Allende.



Anita Migliavaca.



Ana Zenga - teniente de fragata Carlos M. Salas.



Angélica Costa - Fausto A. Rastelli



Artenia Mariani - doctor Ruperto Molfino



Ana María Rita Rentería - José Laurenz



Angela Mosto - doctor Adolfo Molfino



Eugenia Benavente - Oscar H. Martínez



TRES ARROYOS. — Dorita Beherán Recientemente presentadas en sociedad



Elvira Carrera



ROSARIO. — Enlaces. — Gloria María Seriani - Erminio Demichelis.



María Casagrande - Julio J. Ornel

: ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS:



Corinne Griffith en "Esposas prisioneras", producción que distribuirá en breve la Metro-Goldwyn-Mayer.



La nueva actriz Corlis Palmer en "El último golpe de Boston Blakie", producción Chadwick, que distribuye la Universal.



Pauline Starke y Owen Moore en "Diamantes y razones", que la Metro-Goldwyn-Mayer distribuye desde la anterior semana.



Escenas de "El estudiante", notable producción cómica de Buster Keaton, que Artistas Unidos exhibió anteayer en privado, con gran éxito, y dará a conocer al público esta semana, en los principales salones.



Tom Mix, secundado por Marjorie Daw y Francis Mc. Donald en "La banda del río Rojo", que la Fox Film exhibe desde el jueves último.

Escena de "El héroe silencioso", cinedrama interpretado por Robert Frazer y Edna Murphy, que la General exhibe desde anteayer.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



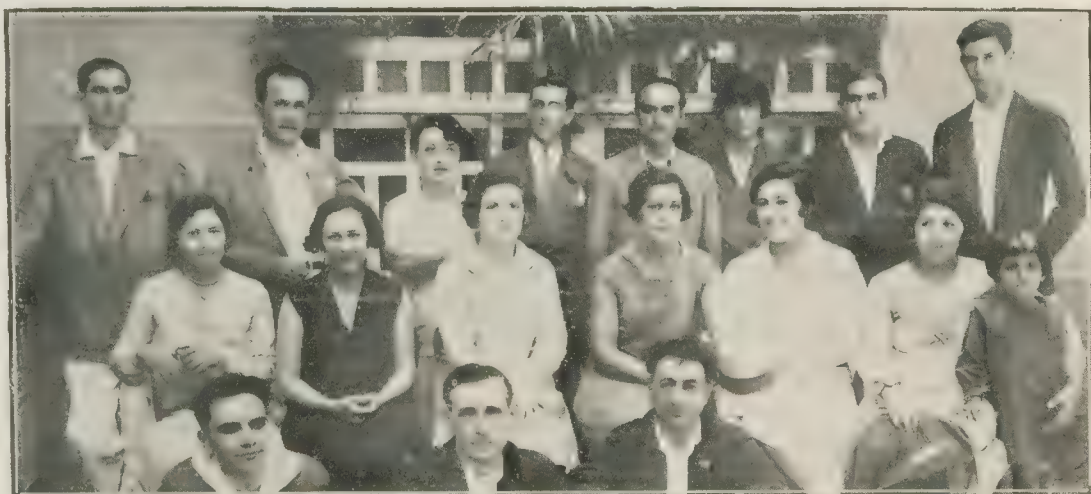
MENDOZA. — Señorita Elena Mercader Bosch, que recientemente contrajo enlace con el teniente doctor Mario Sergio Casalins



Banquete ofrecido por el director general de salubridad de Mendoza, doctor Antonio Orfila, en honor del doctor Gregorio Araoz Alfaro, con motivo de su visita a dicha ciudad.



Dos instantáneas obtenidas durante la excursión realizada por el doctor Gregorio Araoz Alfaro, a las termas de Villavicencio, por invitación especial del señor Etchebehere. — A la derecha: una de las bocas surgentes.



SANTIAGO DEL ESTERO. — Grupo de jugadores que actuaron en los partidos por el campeonato interno del Park Lawn Tennis Club, últimamente disputado en la mencionada capital.



SAN RAFAEL (Mendoza). — Señorita Anita Reina Alvarez de Toledo, cuyo compromiso matrimonial con el señor Juan Pi (h.) se formalizó recientemente.



SAN LUIS. — De izquierda a derecha: el doctor Gregorio Araoz Alfaro, acompañado del gobernador de la provincia, doctor Arancibia Rodríguez, del director de la estación sanitaria y de otras personas, durante la inauguración de la sala de baños; el doctor Araoz Alfaro, en casa del gobernador, con un grupo de familias de la sociedad puntana; el distinguido visitante, acompañado del gobernador y de numerosos profesionales médicos, en la estación del ferrocarril, momentos antes de partir.

Foto. LA VIA.

La mujer del "clown"

Por Alberto Jean

Barbinetti hacía reír a los chiquillos y soñar a sus madres. Lo mismo cuando daba el salto de la carpa que cuando recorría la pista andandosobre las manos, con mucha más gallardía que sobre los pies, el clown estaba seguro de alegrar las caritas pueriles de los bebés y de acelerar el ritmo de los corazones femeninos, menos pueriles que las caritas. Los únicos seres a quienes él no conseguía divertir ni emocionar eran sus hijos, a los que tachaba de imbéciles, y su mujer legítima, a la cual solían hacerle muy poca gracia las piruetas nocturnas que el artista ejecutaba fuera del circo y ante público más limitado, tan limitado que no lo formaba más que una sola persona, aunque ésta era diferente cada día.

Madame Barbinetti no acertaba a explicarse por qué clase de aberración de su espíritu se había casado con aquel hombre. El rostro enharinado la hipnotizó, sin saber cómo, un jueves por la tarde, en que ella llevó al circo a sus sobrinitos. Y el clown no tuvo más que dar uno de sus saltos para caer sobre el tierno corazón de la amable tía y hacerlo pedazos.

Mientras Barbinetti limitó su deslealtad conyugal a traiciones pasajeras y anónimas, su esposa lloró en silencio y hasta tuvo el heroísmo de decir a la portera que era la más feliz de las mujeres casadas con clowns que hubiese en el mundo; pero un día la misma portera, sin saber el estrago moral que iba a producir en el alma de su vecina, advirtió a madame Barbinetti que cababa de instalarse en el piso superior una bella inquilina, en unión de unos bellísimos muebles acabados de comprar.

La esposa del clown no necesitó más que este breve informe, unido a un encuentro con la vecina nueva cuyos labios pintados y cuyos cabellos cortos aceleraron sus sospechas, para afirmar rotundamente, aunque en voz tan baja que no la oyó ni ella misma, que Barbinetti había sido el firmante del contrato del inquilinato de la hermosa desconocida.

El mismo Barbinetti, dos días después, acabó con el pequeñísimo resto de duda que pudiera caberle a su mujer, diciéndole alegremente que tenía en la casa una antigua amiga y compañera de trabajos y de éxitos. Madame Barbinetti creyó la mitad de lo que el clown le dijo, pues demasiado sabía ella que aquella muchacha delgada, pálida y espiritual no podía ser una artista de circo. Los artistas de circo son magros, forzudos, coloradotes y con los pies muy grandes. Aquella vecina, por tanto, tenía que ser únicamente amiga de Barbinetti. Y esto ya era bastante. Mejor dicho: ¡era demasiado!

La amistad tiene sus derechos, no obstante, el clown, fiel a ellos, no tuvo más remedio que dedicar un par de horas diarias a visitar a su entrañable amiga, cosa que hacía a pesar de las protestas de madame Barbinetti, y mientras ésta le preparaba la cena, algunas de cuyas salsas, inundadas con las lágrimas de la burlada esposa, le sabían luego a demonios a Barbinetti y le hacían exclamar: "¡Hasta guisando, que antes lo hacías bien, te estás poniendo imposible! ¡Tendré que tomar una cocinera!

Amenaza que surtió su efecto, pues desde entonces la esposa del payaso se sorbió sus lágrimas ella sola, temiendo que la cocinera prometida le quitase lo poco que la vecinita le dejaba a ella.

Aquel día volvió el clown de la calle con una afonía espantosa y entró en el comedor, donde su mujer le bordaba una luna, en el cuarto creciente, en el cuarto trasero del pantalón.

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

Una noche, sin embargo, se rebeló. Seis meses llevaba ya Barbinetti subiendo al piso superior a complimentar a su compañera, sin que la escena fuerte entre los dos conyugues se hubiese verificado.

—¡Prepárame una inhalación y un baho de pies con mostaza! —ordenó el tirano, con una voz que no fué estentórea, porque ya hemos dicho que estaba afónico; pero que él hubiese querido que lo fuera.

ANECDOTA

Una de las veces que necesitó Verlaine acudir al hospital, encontró un enfermero muy amable, que se empeñó en convencerle de los terribles efectos que producía la bebida.

—Figúrese usted — le dijo — que aquí hemos hecho experiencia en un cerdo; le inoculamos cierta cantidad de ajeno en una ocasión, y no necesito decirle a usted que le sentó peor que si le dieran ponzoña. Se le puso negro el hígado y se le estropeó el corazón...

Verlaine le interrumpió con esta pregunta:

—Pero; ¿y quién les había dicho a ustedes que el ajeno se había hecho para los cerdos?

—¿Estas malo? — interrogó la pobre payasa consorte. — ¿No podrías ir al circo?

—Iré — dijo el monstruo. — Y, además, antes de cenar he de ir a llevar un recado arriba, a mi antigua y cariñosa amiga.

Madame Barbinetti estalló:

—¡Eres un miserable! ¡Cada día estoy más arrepentida de haberme casado contigo! ¡Debi comprender, al verte en el circo andar sobre las manos, que esa era tu postura habitual y lógica, y que pensabas con las patas!

Barbinetti, indignado, agarró una vieja palmeta, con la que había golpeado a más de doscientos tugustos, y la esgrimió concienzudamente sobre su amante compañera de tálamo.

—¡O me preparas la inhalación y me traes la mostaza para el baño de pies o te hago un acto de drama!... ¡Hola, imbécil!... Y trae el agua bien caliente!... Hirviendo, que es como necesito la inhalación!

Madame Barbinetti bajó la cabeza y desapareció en dirección a la cocina. El aplaudido humorista, encantado, se descalzó, vertió el agua fría en su baño de pies y sumergió en él sus extremidades peludas. Todavía dió un grito conminatorio:

—¡La mostaza, idiota!

Y la infeliz idiota se la remitió con uno de los niños, que, aterrados, habían presenciado la escena, sin acertar a comprender cómo aquel hombre tan agrio y tan bruto hacía desquijarse de risa a la gente en el circo.

Barbinetti se abismó en la lectura de un periódico deportivo hasta que su mujer volvió a aparecer con una cacerola de aluminio en la que bullía el agua hirviente, cuyo denso vapor empañó los espejos y los cristales de la lámpara. Madame Barbinetti venía transfigurada, espantosa, con un gesto de feroz resolución en la cara que el clown no pudo ver.

—¡Insistes en ir a visitar a tu vecina? — preguntó con voz más ronca que la de su marido.

—¡Claro que insisto! ¡Y te recomiendo otra inhalación, porque veo que te he contagiado la afonía!

—¡Pues bien, toma, para que hagas la visita!...

Y súbitamente vertió sobre las piernas y los pies de Barbinetti toda el agua hirviendo que contenía la cacerola. El payaso lanzó un alarido, en el que se le fué como por encanto la afonía, y levantó los pies abrasados y rojos como tomates, en los que el agua había pintado llagas y roseolas estupendas. La vengadora, triunfante, viendo en sus ojos lágrimas de dolor y en su frente cataratas de sudor espeso, preguntó:

—¿Y ahora? ¿Cómo vas a ir ahora a visitar a tu amiguita? ¡Quisiera verte subir la escalera, hombre!

Barbinetti, ante la horrorosa pregunta irónica de su mujer, se reanimó.

—¡Pues estás equivocada, querida mía!... ¡Iré a ver a esa señorita! ¡Y en seguida, para no hacerla esperar! ¡Mira!

Y dignamente, serenamente, tranquilamente, se dirigió a la puerta y salió a la escalera... andando sobre las manos y con los pies para arriba, como en sus felices actuaciones en la pista.

El Teatro Literario Infantil y su creadora, la insigne actriz nacional, Angelina Pagano, han reanudado, con todo éxito sus actividades artísticas



Con verdadero espíritu de justicia "FRAY MOCHO" se ocupó, oportunamente, con la preferencia que se merecía, de la labor docente de educación artística, que venía realizando, con infatigable tesón la distinguida actriz argentina Angelina Pagano, con su teatro literario infantil.

Hoy, que ha reanudado, en forma definitiva, sus espectáculos en la sala del Smart, hemos constatado, una vez más, que las actividades artísticas del teatro literario infantil tienden su vuelo sobre un espacio infinito... y que nuestras palabras fueron la verdad precursora del alcance superior de técnica, acción y belleza que involucra la aspiración nobilísima de la gran maestra Angelina Pagano.

El Presidente de la Nación, Dr. Marcelo T. de Alvear con su esposa doña Regina Pacini; el Ministro de Justicia e I. Pública Dr. Antonio Sagarna y su esposa doña Sara Sagasta; el Dr. Mosca, Presidente del Consejo Nacional de Educación; Concejales; autores; escritores y poetas; todos han concurrido al estreno del cuento-comedia "El Gigante Rojo" de José León Pagano y Carlos Schaeffer Gallo. Han constatado, en los cuatro maravillosos cuadros "El Palacio de Oro" — "La Taberna de los Piratas" — "Bloqueados por el hielo" — "El Palacio de Oro", la suntuosidad de la presentación escénica, entre el desarrollo magistral de un cuento fantástico presentado en dos formas simples, y múltiples, retener y animar la fantasía infantil, al ritmo de las emociones más loables.

Los pequeños intérpretes han

sido colosos artistas en las construcciones de la imaginación creatriz... El alma de esos niños está saturada del arte verdadero que inquieta a Angelina Pagano. Esos niños son los cimientos reales y positivos de nuestro teatro nacional, y han dejado boquiabiertos y perplejos a todos, grandes y chicos, magistrados y civiles, artistas y profanos. Ellos, los pequeños, los artistas del teatro literario infantil, han escuchado los aplausos de una selecta concurrencia que premiaba esa labor superior como a la suprema revelación de Dios.

Ante la grandeza y magnificencia del arte de esos niños humildes, vemos la florecencia de la civilización.

Y vemos, también, la necesidad de que el bautismo presidencial se convierta en una realidad tangible, por cuanto debe admitirse que la obra que realiza Angelina Pagano es una civilización sana, es la primera cosa necesaria, y ella implica un rango muy alto cuando conduce a la educación artística de nuestros niños.

El teatro literario infantil debe ser la escuela de la estética de los niños argentinos; debe estar patrocinado por el Gobierno de la Nación; debe ser ubicado en el Teatro Cervantes, en cuanto se convierta en una entidad oficial.

El broche de oro de la acción de estímulo para el arte argentino, tendrá así, en esa forma, un puntal de porciones altísimas: el teatro de y para los niños argentinos, el nido dilecto de nuestro Gran Teatro Nacional.

A. G. S.

VIDA

He vivido la vida tal cual quiso el destino,
ni por miedo ni angustias equivoqué el camino.

Y por más que he sufrido y sufriendo he pensado
nunca exhalé una queja como nunca he llorado.

Al volver hoy la vista y mirar el sendero,
presiento la nostalgia de un amor verdadero.

La noviecita buena que con juicio sereno
me orientara en la vida y me hiciera más bueno.

Y yo sé que ella existe y algún día he de hallarla,
mas será tarde entonces para poder amarla.

Pues cada día que pasa en mi vida harto triste
pierdo la fe de hallarla ¡y yo sé que ella existe!

Mario César MADRAZO

EL HUELGUISTA

Por Juan Kolb

(LA ESCENA OCURRE EN EL TRIBUNAL)

El secretario (llamando). — Pleito Couche contra Couche. Huelguistas contra patrón. Que entren los huelguistas.

(Entra Couche. Es un obrero aserrador que tiene la catadura de un aficionado a la bebida).

Couche (entrando). — ¿Los huelguistas?... ¡Presente!

El presidente. — Que pasen los otros.

El secretario. — No hay nadie más.

El presidente. — ¿Cómo! ¿No hay nadie? *(A Couche)*. ¿Dónde están sus compañeros?

Couche. — Mis compañeros soy yo.

El presidente. — ¿Cómo que es usted?... Le pregunto que dónde están los otros huelguistas.

Couche. — Los otros huelguistas soy yo, señor presidente.

El presidente. — No comprendo... En fin, que llamen al patrón.

Couche. — Mi patrón... ¡soy yo!

El presidente. — ¿Todavía?...

Couche. — ¡Siempre!

El presidente. — ¡No comprendo una palabra!

Couche. — ¡Pues clarísimo! Los obreros aserradores de Pins-sur-Yeule están todos en huelga.

El presidente. — ¿Todos?

Couche. — ¡Todos!

El presidente. — Y ¿dónde están esos todos?

Couche. — Todos están aquí. ¡Soy yo! En Pins-sur-Yeule no hay más obrero aserrador que yo.

El presidente. — Explíquese usted. ¿Por qué ha puesto usted pleito contra su patrón? ¿Dónde está su patrón?

Couche. — ¡Aquí!

El presidente. — ¿Dónde?

Couche. — ¡Soy yo!

El presidente. — ¿Su patrón es usted?

Couche. — Eso mismo. Lo que pasa es que en Pins-sur-Yeule no hay más obrero aserrador que yo... y

tampoco más patrón aserrador que yo.

El presidente. — Bueno, ¿y qué?

Couche. — Figúrese el señor presidente que es obrero aserrador en Pins-sur-Yeule y que recibe aviso de sus compañeros de la Confederación anunciando que la huelga general de los obreros aserradores se ha declarado en Francia. En ese caso usted dirá: Yo soy un obrero aserrador y debo marchar con mis compañeros aserradores. ¿No es así? Yo no he hecho más que seguir a mis compañeros. Cuando ellos se han sindicado, yo me he sindicado... Cuando ellos han pasado en manifestación por delante de la casa de sus patrones, yo me he paseado por delante de la puerta de mi tienda. Cuando han saqueado los talleres yo he saqueado mi taller. Cuando se ha gritado a coro: "¡Viva la huelga!", yo he gritado a coro: "¡Viva la huelga!".

El presidente. — ¿Se niega usted a volver al trabajo?

Couche. — Me niego.

El presidente. — ¿Cuándo cederá usted?

Couche. — Cuando se me hagan concesiones.

El presidente. — Pues si es usted el patrón. ¡hágaselas usted!

Couche. — ¡Jamás!

El presidente. — ¿Y va a estar usted mucho tiempo así?

Couche. — Dure lo que dure.

El presidente. — Pero, amigo mío, si es usted su patrón y su obrero, puede usted entenderse consigo mismo con gran facilidad.

Couche. — Sí, como obrero puedo conseguirme aumentos; pero como patrón, me niego en absoluto. No puedo aceptar imposiciones del proletariado.

El presidente. — Entonces, ¿qué va usted a hacer?

Couche. — Muy sencillo. Como patrón, voy a tomar un obrero esquirol para que me haga el trabajo, y como obrero, le esperaré a la salida del trabajo ¡y le romperé la cabeza!

(Continuación de "EN LAS TINIEBLAS")

—¿Qué tiene? ¿Qué ve? — exclamó, asustada, doña Laura.
Esas palabras detuvieron la impetuosidad del enfermo. Cayó sobre la almohada. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.
—¡Mi madre ha venido! — exclamó — Me ha besado. ¡Ya puedo morir!

—Pero...

—Ha venido... — insistió el otro — Solamente yo la he visto. Su alma se ha acercado a la mía, su perdón ha llegado a mí...

Y como la mujer lo mirara asustada, temiendo por su razón, agregó:

—No, no estoy loco, ni he soñado. El alma de mi madre, ha estado aquí, únicamente su alma. Lo demás no existe. Fué una revelación... Mi madre no está en la tierra. ¡Duérme arriba ya!

Al declinar el día, el enfermo expiró. Y casi en seguida, doña Laura recibió una carta del pueblo donde residía la madre del muerto, enviada por una vecina, en la cual le informaba que aquella había fallecido, dos meses antes...

El príncipe bueno

Por Whip

El príncipe Ibal era hermoso como el día.

Su rostro era perfecto; su cabello rubio ondulado constituía uno de sus adornos más preciados; sus ojos eran magníficos; su boca, de labios rojos, dejaba ver sus dientes iguales y blanquísimos. Un príncipe de cuento de hadas, en una palabra.

Además, era inmensamente rico. No conocía el número de sus palacios, ni el de sus elefantes, ni el de sus súbditos, ni el de sus cofres abarrotados de diamantes, ni el de sus postas, ni el de sus cocineiros. Desconocía asimismo la cifra de los impuestos que pagaba su pueblo, y aunque se lo hubieran dicho sería lo mismo, porque el bello príncipe sólo podía contar por los dedos.

¡Y por último, era de una bondad!... Sólo buscaba hacer el bien. A cada pobre que encontraba le daba una monedita de cobre.

—¿Por qué no daba una moneda de oro, o dos, o mil?... — preguntaréis.

Ya le habían hecho una vez la misma pregunta y contestó:

—Porque si diera mil piezas de oro a un pobre dejaría de serlo, y ya no tendría la satisfacción de darle otra limosna.

¿Es o no una respuesta digna de Alá?

El príncipe no era, sin embargo, completamente feliz. Tenía veinticinco años y aún no había contraído matrimonio.

Un día encargó a su ministro de Bellas Artes que reclutase mil músicos, a su ministro de Cuadras y del Tesoro que reuniese mil elefantes, cargado cada uno de ellos con un cofre de piedras preciosas, y a su ministro de la Guerra que llamase a sus mil soldados más altos, y con todo ello formó un cortejo imponente. Montó en su elefante particular y emprendió la marcha detrás de la comitiva, seguido de su ministro de Instrucción Pública.

El millar de músicos hacía un ruido tan espantoso, que el Rey Kapok al oírlo creyó que su veci-

no iba a declararle la guerra, y fué necesaria toda la elocuencia del ministro de Instrucción Pública para hacer comprender al Rey Kapok que el príncipe Ibal, lejos de abrigar contra él propósitos hostiles, iba precedido de ricos presentes y de aquella charanga a pedirle una de sus hijas en matrimonio.

Al día siguiente, una vez terminado el discurso del ministro, el Rey Kapok se inclinó, y por toda respuesta llamó a sus tres hijas.



Las dos primeras eran hermosas, más linda y graciosa una de ellas que su hermana. Pero la tercera era de una horrible fealdad, más ancha que alta, la cabeza cuadrada, el pelo muy escaso y verdoso, la mirada atravesada, las orejas velludas, el brazo izquierdo mucho más largo que el derecho y las manos ganchudas.

—¡Esta quiero! — exclamó el buen príncipe Ibal señalando a aquella especie de monstruo. Esta desdichada es tan horriblemente fea, que nadie querrá hacer su felicidad, mientras que a sus hermanas les será muy fácil encontrar maridos apuestos y ricos.

Y se casó con gran pompa y entre fiestas deslumbradoras. Terminadas éstas, volvió a su capital con su mujer, precedidos de la misma comitiva.

Durante el camino la princesa se dijo:

El pintor argentino Juan Angel Amaral



Juan Angel Amaral se ha formado en el campo, y allí, cerca del terruño agreste, leal y sano se forjó su espíritu de artista pintor. Sus ojos se han emborrachado de la armonía de la Naturaleza, y por eso se revela paisajista con la comprensión de los grises, y de los colores que roba de su paleta con el ansia que robó, en los temas campestres, su inspiración de pintor.

Este joven argentino es un trabajador muy meritorio. Su temperamento es suave dentro del vigor de un alma que eligió el escenario del campo para sus obras pictóricas tan llenas de profunda y delicada inspiración.

Ha expuesto sus obras, con plausible acierto en: Salón Witcomb — Mar del Plata — Salón Nacional de Acuarelistas — Rosario — La Plata. En esta última exposición obtuvo un premio y se le adquirió un cuadro para el Museo.

Actualmente ejerce el profesorado de Dibujo, en una escuela Normal. Y prepara una exposición personal, a la que desde ya le anticipamos un éxito singular.

A. G. S.

—Te has casado conmigo por piedad. Has querido así agradar a Alá y asegurar tu felicidad eterna. Pues yo te aseguro que tal vez logres la felicidad en el otro mundo; pero en éste yo me encargaré

—¿Por qué si puedo hacer felices a varias mujeres no he de hacerlo? Y luego que sí, de vez en cuando, me veo obligado a cortar a alguna la cabeza, de este modo todavía me quedan varias mujeres.

Y como era tan sabio como bueno, mandó que le afilasen el sable con todo esmero.

El lenguaje del paraguas.

El paraguas, como las flores, tiene su lenguaje.

Dejado en un paraguero, indica: "Cambio de dueño."

Abrirlo bruscamente en la calle: "Peligra el ojo de algún transeúnte."

Cerrarlo de pronto "Se van a estropear uno o dos sombreros."

Si una mujer lleva un paraguas abierto y a su lado un hombre recibe todas las gotas que caen: "Galantería".

Si es el hombre quien lleva el paraguas y la mujer la que se moja: "Matrimonio".

Arrastrar un paraguas al andar: "Puede tropezar quien va detrás".

Poner uno de algodón junto a uno de seda: "Cambiar no es robar."

Prestarlo, quiere decir: "Soy tonto."

Llevarlo enfundado: "Está roto". Cubrir a otro con la mitad del paraguas: "Se van a mojar dos personas."

Sarcarlo por la mañana: "Infalliblemente, va a hacer un día magnífico."

UNA NOTABLE POETISA ARGENTINA

Doña Edelina Soto y Calvo

¡Doña Edelina Soto y Calvo: he aquí una adorable "joven" de ochenta y cuatro años!

Si los años pasados a la sombra de su noble hogar entre un padre sabio y generoso y una madre abnegada y buena hicieron mella en su cuerpo transformando la clara belleza física de su juventud en una melancólica y resignada dulzura de vejez, en cambio pasaron por su espíritu sin dejar la más mínima huella de su paso.

¿De qué pasta divina están hechos ciertos seres?

¿Cómo un alma que sintió una ferviente sed de vida, que amó cual aman los elegidos, que padeció como padecen los fuertes, que vivió como viven los seres puros y abnegados y que a la postre se quedó sin nada, se conserva espiritualmente tan blanca y tan radiante como en la aurora de su juventud cuando el mundo parecía hecho sólo para ella?

Sin duda Dios se equivoca algunas veces y en lugar de una mujer envía un ángel a la tierra: y eso es Edelina Soto y Calvo, un ángel: tiene como él alas frágiles y encantadoras que reflejan los corazones sencillos. Y esas alas son su poesía siempre fresca, serena, límpida, pensada y escrita con el corazón.

Un manojo de lirios, un enjambre de doradas mariposas, un puñado de estrellas, son sus versos.

No busquéis en ellos profundidad porque no la tienen ni la necesitan; ni pompa retórica porque aman los atavíos sencillos y los pensamientos castos; ni fuego de pasión porque prefieren la luz de la lámpara de los amores puros... Buscad en ellos en cambio, que hallaréis en abundancia, honda ternura, sugestiva gracia, fina espiritualidad y sobre todo una femineidad adorable.

Oídla:

¡Que publique, me dices, por dinero, lo que al través del verso deje ver los arcanos de mi alma? No. No quiero Ah, no; no puede ser.

Que eche a volar las candidas cantigas que sólo en el silencio deben leer mis padres, mis hermanos, mis amigas; ah, no; no puede ser.

En su incesante torbellino el mundo ¡qué hubiera en mis pesares de aprender! ¡qué en mi tristeza, en mi dolor profundar! Ah, no; no puede ser.

¡Quién los ha de alojar en su memoria! ¡qué mérito en mis versos puede haber! si son tristes fragmentos de una historia que apenas pudo ser.

Doña Edelina Soto y Calvo no es una anciana: su alma es tan ingenua, tan joven, tan rica de frescas ilusiones, de bellos pensamientos; el arpa de sus nervios se con-



EL BESO DE LA MADRE

Llenaron de improviso la estancia silenciosa,
De aquel enfermo agónico fantásticas visiones;
Mil músicas extrañas, ecos de otras regiones,
Y mágicos perfumes de esencia misteriosa.

Luego un coro de niñas, a cual más deliciosa,
Cantó de primavera las blancas ilusiones;
Y el encendido rojo de todas las pasiones
Enarboló contento su flámula grandiosa.

Vuelta ya la penumbra, alzóse un eco augusto:
—Sufriste cuanto es dable. Pide tu premio. Es justo.
De tus perdidas glorias ¿qué ambicionarás, hijo.

Por dádiva postrera? — Y entre sollozos dijo
El corazón agónico: — ¿Por dádiva postrera?
El beso de mi madre, oh Dios, sentir quisiera!

OCASO

Una lágrima tierna, la primera
Promesa de los ojos desprendida,
No cae en el vacío, da la vida
A toda una apacible primavera.

Brotan las flores del amor doquiera
Lleve su paso la ilusión querida;
Y aquel ambiente de pasión sentida
Perfuma acaso la existencia entera.

Mas, ¡ay! Vuelan los años, atardece:
Y del sol que brillante amaneciese,
Quedan tan sólo míseros despojos.

El vergel no da flores, sólo abrojos
Y el pobre corazón, que desfallece,
Ni lágrimas envía a nuestros ojos.

Edelina SOTO y CALVO

serva aún tan afinada, tan pronta al llamado de los dedos de la inspiración! Contemplarla y oirla es convencerse de su eterna juventud: en las arrugas apenas perceptibles de su rostro (el dolor respetó su carne y ennoblecó su corazón) vaga una sonrisa casi infantil que es en su ser físico como un rayo de sol en una cripta; en su cabeza una aureola de cabellos blancos evoca no la ceniza de su juventud sino la juventud de su alma ataviada de blancos pensamientos.

Oídla en una reciente poesía, en una magnífica respuesta a un soneto de Stecchetti que compadece las vírgenes:

Nosotras, las que lirios ofrendamos
con pureza de fe, devotamente
ante el altar del Dios Omnipotente
que en humilde silencio veneramos,

con regocijo intenso rechazamos
ese amor venenoso de serpiente
que quiere penetrar secretamente
en los sentidos, que al Señor guardamos.

Y viven nuestras almas venturosas.
No hay "flor estéril", "pálidas esposas"
ni "frio altar", ni "marchitas rosas".

"ni huimos del amor"... Pues nubes
(tras flores
brotan al Sol de Eternos Resplandores
Ante Aquel que es Amor de los Amores)

Hace veinte años, su hermano, el notable y fecundísimo poeta Don Francisco Soto y Calvo, recopiló en un elegante volumen que tituló "Afectos", una selección de poesías de la misma, que en ese entonces pasaron casi desapercibidas pero que durante el año pasado y el que corre, al caer en manos de personas inteligentes, ricas de sensibilidad, capaces de emocionarse con las producciones poéticas, no importa a cual escuela pertenezcan, con tal que sean inspiradas y sinceras, fueron avaloradas y elogiadas como merecían.

Ahora, en estos días, Doña Edelina a instancias de su hermano, que se lo prologa con una magnífica pieza poética en la que hace hablar a la autora, publica su segundo volumen de versos en el que si no logra superar a éste por lo menos lo iguala.

En éste su último libro titulado "Emociones", como en "Afectos", se reflejan en forma admirable los dos amores que iluminan su vida: su hogar y la poesía. Se refleja ella que fué la poesía de sus padres al dedicarle sus más bellos años y se refleja su hogar en sus serenas visiones limpias, castas, recogidas devotamente en el libro por otras manos generosas que no quisieron que marchitaran en injusto olvido, esas fragantes azucenas de la inspiración y del cariño cuyo perfume debieran aspirar todas las mujeres de espíritu selecto.

Mayorino Ferrara

El miércoles, 30 de enero de 1889, ocurrió la misteriosa muerte del príncipe heredero Rodolfo, de Austria. Esta tragedia parece, ahora, después del final de la dinastía de los Hapsburgo, que duró seis siglos, lo mismo que después del asesinato de su primo Francisco José, en julio de 1914, un acontecimiento que condujo directamente a la guerra mundial.

¿Qué no hubiera sucedido de haber vivido entonces Rodolfo?

El poder del antiguo emperador José no fué bastante para suprimir la noticia de que Rodolfo había muerto en compañía de la mujer amaba. El mundo supo, a las pocas horas, que la baronesa Vetgera, de veinte años de edad y mujer hermosísima, había muerto con él; el príncipe de una bala en el corazón y ella de otra en la sien.

Francisco José quiso aparentar que había sido víctima de una apoplejía, pero los médicos que hicieron la autopsia, desafiando la cólera real y la tormentosa escena que se desarrolló, se negaron a firmar el certificado en esa forma.

El puesto que en política hubiera desempeñado el príncipe Rodolfo, se comprende mejor a la luz de la guerra mundial. El prusianismo se estaba preparando para su acción posterior y quería una estrecha alianza con Austria. El príncipe Rodolfo no sentía ninguna simpatía por Bismarck, ni por el príncipe Guillermo, de Prusia, más tarde emperador Guillermo II.

Era, por el contrario, muy amigo del príncipe de Gales, después Eduardo VII, de Inglaterra, compartiendo sus opiniones políticas. Sus escritos revelaban la creencia de que un gobierno monárquico no puede sobrevivir, a menos de que el pueblo participe extraordinariamente en todos los problemas.

Su popularidad, inmensa entre sus súbditos, alarmó a los que querían la alianza con Alemania. Después de su muerte se hizo la alianza germano-austriaca.

Rodolfo tenía treinta años cuando murió en Mayerling. Había sido educado para Rey. Hablaba diez idiomas. Estudió los negocios públicos, ayudando frecuentemente a revistas y periódicos políticos y literarios, dos de los cuales contribuyó a editar. Había viajado por los tres continentes del mundo antiguo y conocía muy bien sus condiciones. Escribió y publicó varios libros.

Le quedó aun tiempo para sus deberes militares, obligación de todos los príncipes. Como general mandó la octava brigada de Infantería; estuvo de guarnición en Praga y formó parte de Comisiones especiales en Prusia y Rusia.

Era delgado y muy alto. Tenía ojos azules, complexión sana y pelo castaño. Su voz era de barítono y agradable sonido. Con el mismo entusiasmo con que trabajaba, se entregaba a la crápula. Era un libertino extraordinario, y muy mujeriego. La sociedad vienesa que frecuentaba era la más crapulosa del mundo.

Su enlace con la hija del rey de las belgas, se realizó por "razones de Estado". No sentía amor por la rubia e inteligente princesa. Estefanía, de ojos azules, ni ella sentía afecto por él. Su matrimonio, celebrado el 10 de mayo de 1880, en Viena, fué una de las ceremonias imperiales más brillantes de la época. De este matrimonio, nació, el 2 de septiembre de 1883, la archiduquesa Isabel. Rodolfo, que

LA TRÁGICA VIDA DEL ARCHIDUQUE RODOLFO

deseaba un hijo, primero en secreto, y, después abiertamente, volvió a su vida libertina.

En 1888, un año antes de morir juntos, la baronesa María penetró en su vida. Era ésta una muchacha de gran belleza, vivacidad y

se y casarse morganáticamente.

El emperador no lo consintió.

Rodolfo iba con frecuencia a Mayerling, donde la catástrofe tuvo lugar. La última vez Rodolfo fué allí con el conde de Hoyos, el príncipe Felipe de Coburgo y al-



encanto, pero sin tener nunca un pensamiento serio. Era superficial y apasionada, pero no tenía nada de intrigante o de aventurera. Amaba tan locamente al príncipe, como él a ella. El apasionado amor de la pareja, escandalizó los salones de Viena, llegando incluso a oídos de Francisco José.

Al principio, el emperador se desentendió de la cuestión, pero como persistían las habladurías, decidió a terminar el asunto. Rodolfo quiso renunciar a su derecho al trono para divorciar-

gunos otros amigos. Se reunieron para ir de cacería. María les siguió. La noche anterior a la tragedia, la pasaron animadamente. La reunión terminó a media noche. A las cinco y media de la mañana siguiente estaba Rodolfo levantado y vestido. Llamó a su criado; le envió por el desayuno y ordenó que le preparasen el coche. El criado le contestó que como las caballerizas estaban muy lejos, era mejor que enviase un lacayo por sí en su ausencia el príncipe necesitaba de sus servicios.

PUNTOS DE VISTA

Conto las palabras mil veces repetidas.
Las dije yo también iluso en otro tiempo.
Con "te amo y te adoro" como cualquier bodoque
llené todos mis versos...

Hoy que ya curado de pústulas románticas
tan sólo en nada creo,
me quito esas palabras lo mismo que me quita
el pelo que me sobra la mano del barbero.

Mañana cuando calvo, recuerde cómo era
mi testa aureolada, desdeñado por viejo,
me pondré una peluca... y el corazón entonces
el "te amo y te adoro" sollozará de nuevo!

Rodolfo BAGUES

Rodolfo, sin embargo, ordenó que fuese él en persona.

Al regresar una hora después y llamar en la puerta del cuarto de su señor, no obtuvo respuesta. Inquieto, llamó al conde de Hoyos y a los otros invitados y tampoco obtuvieron contestación. A las ocho de la mañana derribaron la puerta y penetraron en el cuarto. Rodolfo y la baronesa María estaban muertos.

La historia de lo sucedido fué explicada de varios modos por las gentes de los alrededores del lugar del suceso, por Francisco José y por las personalidades políticas. Como los médicos se negaron a certificar que había muerto de apoplejía, dijeron que se había suicidado y publicaron varios supuestos escritos del príncipe. Los que aseguraban que el príncipe había sido asesinado decían que estos escritos eran falsos.

Una carta a Szoegyenyi, el secretario de Rodolfo, no tenía fecha. Después de explicar lo que tenía que hacer con varios papeles, decía: "No puedo vivir más. Salude a todos mis queridos amigos. Adiós. Dios bendiga a mi amada patria".

Pasaron algunos días sin que nadie admitiese que María había muerto con Rodolfo. Pero, *Le Figaro* publicó una carta que confirmó la historia del doble suicidio. Decía así:

"Querida madre: Muero con Rodolfo. Nos queremos demasiado. Perdóname. Adiós. Tu desgraciada María".

Para otros el príncipe había sido asesinado. Según éstos, a media noche el príncipe se despidió de los invitados y fué a ver a María. Al cabo de un rato un montero llamó a la ventana para preguntar algo referente a la caza. La ventana se abrió. Sonó un disparo y un hombre saltó por ella, cayendo al suelo.

El príncipe había sido herido en el pecho.

María, muy excitada, creyó que había muerto y se mató allí mismo.

Cuando el príncipe volvió en sí, al ver a María muerta, se mató también.

Otra versión es que Rodolfo se suicidó por no tener un duelo con el hermano de María.

Pero esta explicación es inverosímil, porque la familia de la baronesa no había intervenido en nada.

Lo más probable es que Rodolfo matase a María y después se suicidase, o que juntos convinieran el suicidio. La presunción es mucho mayor cuando se tiene en cuenta que el príncipe llevaba en la sangre, la locura y el suicidio, de sus antepasados.

Si Rodolfo hubiera vivido, el partido liberal, al cual pertenecía, hubiese aumentado y sus reformas se habrían llevado a la práctica.

La hostilidad de Rodolfo hacia los jefes del militarismo prusiano y su simpatía por los que después fueron enemigos de Austria, especialmente su amistad con Eduardo VII, de Inglaterra, hubiera sido bastante para librar a su país del compromiso. Además, Francisco José hubiera escuchado a Rodolfo, lo que no hizo con Fernando.

Por estas razones, Guillermo II habría tenido que jugar con sus propias fuerzas, sin contar con las de los demás.

Un nuevo poeta mendocino

Síntomas inequívocos de que el espíritu empieza a nacer en Cuyo, florecen ya, con reiterada insistencia. Ayer un Concurso Municipal y, como consecuencia de él, algunos libros cabalgando las distancias del Arte. Críticas, aplausos, entreveros más o menos fecundos; y en seguida el silencio constructor y la vuelta al ensueño laborioso.

Ahora — hay que decirlo — ya más aproximados a lo que debemos ser, Mendoza empieza a construirse sobre su prestancia material una fisonomía espiritual opulenta de facciones anímicas.

De este encontrarse de nuestra región van surgiendo núcleos ponderables y enhiestos de dinamismo renovador, al impulso de los cuales las generaciones por llegar encontrarán bastante dilatados los caminos esenciales.

De uno de estos núcleos acaba-

de pupilas: la escruta la carne y sabe que va creciendo en fuerza y en verdores como los árboles.

Demás está decir que este poeta recogido y alerta para todo llamado interno, es sensual y doliente. Pero su sensualismo es el de la vida que va de camino por las comarcas ideales: las vendimias de su instinto no hacen sino vivificar su aptitud para los fervores estéticos.

Algo se ha discutido ya su primer obra "Pájaros heridos". Por mi parte, como hombre que desgarró mil veces su entraña lírica, no vacilo en afirmar que ese libro contiene valores que denuncian a un poeta auténtico. Es lirismo nuevo, ahondador, sugerente, encogido de hombros ante toda advertencia preceptual. El ha oído decir que existen academias y laboratorios estéticos; pero no se entrega sino a sus propios afanes.



Vicente Nacarato, Poeta mendocino, autor del libro de versos "PAJAROS HERIDOS", recién aparecido.

mos de divisar la primera de sus próximas guerrillas, desarrollada en los cerros de un libro que su joven autor bendijo con dos palabras simplísimas: "Pájaros heridos".

¿Quién es este muchacho recatado y brioso que el espíritu tomó por compañía? Vicente Nacarato, sencillo de carácter como de nombre, incomprendido y desconocido hasta hace poco, algo cargado de gravedad filosófica y con una enorme presencia moral en los ojos y en las manos.

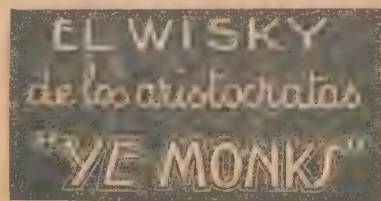
Juzgar a Nacarato, solamente por lo que ha logrado dar hasta ahora — y que es bastante — importa exponerse a desconocerlo. El es mucho más. Este nuevo poeta mendocino se adentra en su alma recia y amplia, poblado de carreteras y enrucijadas cósmicas. Su silencio guardián y operario le dió refugio en los cálidos talleres de su afiebrada vida interna. Trabaja incesantemente por construirse, por dar con el oro de su vida. Es persistente e intuitivo; por eso sabe donde va. Como todo verdadero artista, además, le cuesta esfuerzo darse al primer envión: su hurañez es un custodio celoso que se llena

Lo que se puede discutir en libros como "Pájaros heridos" no es su valor lírico y emocional — que lo tiene, y bien entrañable — sino su actitud distinta ante las visiones y captaciones de la vida. La reacción que provoca, deriva del procedimiento que moviliza para llegar a ellas. Su métrica irregular, sus imágenes arbitrarias, su atrevimiento para sobrepasar el prejuicio retórico, obreros son de la nueva estética. La nueva sensibilidad es un hecho artístico discutible, tumultuoso, desorganizador; si se quiere, pero innegable: su realidad dinamizante y constructora llena ya todos los ámbitos del anhelo indomable. Es el recobramiento por parte del espíritu de toda su potencia germinadora. No debe asustar. Es una actitud dinámica. En ambientes todavía vírgenes como el Oeste argentino (vírgenes de fecundación estética novísima) chocará momentáneamente; hasta levantará enconos e incomprensiones. Pero eso pasa y aquí como en todas partes se abrirán caminos ampliamente los nuevos ismos. Y entonces — ¡siempre entonces! — presenciaremos el curioso fenómeno que sus más vehe-

mentes detractores de ahora serán precisamente quienes más lo defiendan y se alistén en sus filas. Los casos de Juana de Ibarbouroff y Alfonina Storni son harto elocuentes: hoy practican arte novísimo, y con mucho regocijo por cierto. Esto para no abundar en el caso de Lugones, siempre exitista, que mientras en prosa combate la nueva estética, en sus poemas recientes utiliza arcaicamente todos sus recursos, llegando a veces al saltimbanquismo cerebralista, estrofarario y verbosísimo.

Cuando una nueva actitud del espíritu choca abiertamente con el ambiente en que amanece, hay que alegrarse por ello. Esto evidencia que las fuerzas constructoras que impulsan esa actividad espiritual no tardarán en germinar y madurar un nuevo estado de sensibilidad. Siempre ocurrió así donde quiera que alguien se vió poseído por la embriaguez de renovar y establecer nuevos cauces; de lo que se infiere que hay que abonar constantemente la voluntad para que las sementeras del Arte se nutran y yergan en opulencia del oro de los hervores dinámicos.

Vicente Nacarato aparece al alma de la región asomado a sus anhelos de fecundar nuevas lejanías. Y ha de conseguirlo, estoy seguro. Aunque no quiere encasillarse y rechaza toda denominación, yo adhiero a la rúbrica de su nombre la bulliciosa palabra "vanguardista".



De vanguardia es este poeta y pruebas aclaradas, da en su primer libro. No importa que todavía no se le haya entendido. Ya llegará a su heredad para entrar en plena posesión de sus patrimonios. Su poesía, mientras, seguirá creciendo en sugerencia y en cada matiz anímico o cósmico que desdoble, su desasosiego dejará crucificado un nuevo estado de fervor lírico.

A este poeta urge distinguirlo, asimismo, para ser justos, la perplejidad metafísica que le acomete. Trascendente y operario vitalista, yérguese en la metáfora y se deja vivir en retiros emocionales y pensantes. Por eso su pasión se deja ir sosegada y laboriosa: mientras hace camino, en cada escondrijo de su palabra la tristeza se agazapa buscando ímpetus de savia nueva.

"Pájaros heridos" es un libro de juventud que otea gallardamente el porvenir. Así que le llegue la plenitud de vendimia, comprenderemos que el poeta que acaba de llegar es un labriego lírico que llenará las trojes del terruño con su fuerza nutricia.

Ricardo Tudela.

EL PEQUEÑO GIRARD

Por Alfonso Allais

I

Vive en Filadelfia un hombre, que cuando no era más que un pobre pequeño entró en un Banco y dijo: —Caballero, por favor ¿no necesitaría usted un niño?

—No, pequeño—respondió el banquero;—no necesito ningún niño.

Lleno de pena, con gruesas lágrimas que le resbalaban por sus mejillas y sollozos en la garganta, el pequeño bajó la escalera de mármol del Banco, mientras chupaba un caramelo que había comprado con una moneda robada a su buena y piadosa tía.

Disimulando su corpulencia, el banquero se escondió detrás de una puerta, persuadido de que el niño le iba a tirar una piedra, pues, en efecto, la criatura había recogido algo del suelo: era un alfiler, que prendió a su pobre pero ajada chaquetilla.

—¡Ven aquí! —gritó el banquero al niño.

El niño se acercó.

—¿Qué has recogido? —preguntó el majestuoso banquero.

—Un alfiler —contestó el niño.

El financiero continuó:

—¿Eres bueno, niño?

El niño respondió que era bueno.

—¿A quién votas?... ¡Oh, perdón! ¿Vas a la escuela del domingo?

El niño dijo que iba.

Entonces el banquero mojó una pluma de oro, en la más pura de sus tintas, escribió en un pedazo de papel *St. Peter* y preguntó al niño qué era aquello.

El niño contestó que aquello era *San Peter*.

—No —dijo el banquero, —eso es *San Peter*.

El niño exclamó:

—¡Oh!

El banquero tomó cariño al pequeño, y el niño volvió a exclamar: —¡Oh!

Entonces el banquero asoció al niño a la casa y le dió la mitad de los beneficios y todo el capital.

Y más tarde el niño se casó con la hija del banquero.

Todo lo que poseía el banquero fué el niño quien lo tuvo.

II

Después de oír contar a mi tío tan ejemplar y edificante historia, pasé seis semanas recogiendo alfileres delante de un Banco, esperando siempre que el banquero me llamara para decirme.

—Niño, ¿eres bueno?

Yo le hubiera contestado que era bueno.

Entonces él hubiera escrito *St. John*, y yo le hubiera dicho que quería decir *San John*.

Hay que suponer que al banquero no le corría prisa tener un asociado o que su hija era un hijo, porque un día me gritó:

—Niño, ¿qué estás recogiendo del suelo?

—Alfileres —respondí cortésmente.

—Enséñamelos.

Los cogí y yo me descubrí, y con el sombrero en la mano esperé, dispuesto a convertirme en su asociado y a casarme con su hija.

Pero no fué a eso a lo que me invitó.

—Estos alfileres —rugió— pertenecen al Banco, y si te encuentro otra vez merodeando por aquí te suelto los perros.

Me marché, dejando a aquel desalmado en posesión de mis alfileres.

¡Y que haya quien diga, sin embargo, que así ocurre en la vida!

El procedimiento del mundo

Por P. C. Asbjörnsen

Una vez había un hombre que fué al bosque a cortar pértigas para saltar, pero no encontró árboles tan largos, rectos y delgados como necesitaba, hasta que llegó monte arriba, al pie de un gran montón de piedras. Allí oyó quejas y lamentos, como de alguien que se encontrase a las puertas de la muerte; subióse sobre un motón para ver quien era el que necesitaba socorro, notando que los sollozos salían de debajo de una gran losa que había sobre la indicada pila de piedras. Era la losa tan pesada que se hubieran necesitado muchos hombres para levantarla. Bajó entonces otra vez al bosque y, cortando un árbol lo utilizó como palanca, con la que levantó la losa por un lado, y ¡horror! de debajo de ella salió arrastrándose un dragón que hizo ademán de tragarse al hombre. Pero éste le dijo que le había salvado la vida y que sería un vergonzoso desagradecimiento que ahora lo devorase en pago.

—Tal vez tengáis razón — dijo el dragón, — pero bien comprenderéis que debo estar muerto de hambre, pues he permanecido ahí cientos de años sin probar jamás la carne. Además, ese es el procedimiento de la humanidad que así es como paga a los que le sirven.

El hombre defendió su causa con tesón y le pidió la vida con insistencia; por fin convinieron en tomar como árbitro, al primer animal viviente que pasase, y si su sentencia discrepaba de aquella opinión, el hombre no perdería la vida; pero si creía lo mismo que el dragón, éste lo devoraría.

El primero que acertó a pasar fué un podenco, que venía corriendo por el camino que bordeaba la ladera. Explicáronle el caso y le rogaron que diese su opinión.

—Bien sabe Dios — dijo el perro — que he servido a mi amo con fidelidad desde que yo era un cachorro. He vigilado sin cesar, noche tras noche mientras él dormía a pierna suelta y más de una vez he salvado su casa y su hogar del fuego y de los ladrones; pero ahora que ya ni veo ni oigo, quiere pegarme un tiro; por esto me veo precisado a huir y meterme de casa en casa mendigando mi sustento, hasta que muera de hambre. ¡Ah! ese es el proceder del mundo y así paga a los que bien le sirven.

—Ahora mismo te voy a devorar — dijo el dragón, tratando por segunda vez, de tragarse al hombre. Pero éste rogó y suplicó su vida con tales instancias, que convinieron, por segunda vez, en tomar por árbitro al que pasase de nuevo; y si opinaba como el podenco y el dragón, éste devoraría al hombre y se daría un atracón de carne humana; pero si era de parecer contrario, podría el hombre marcharse con vida.

Vieron entonces un caballo viejo que venía cojeando por el camino que rodeaba la colina. Llamáronle para que resolviese la contienda, a lo que él accedió gustoso.

—Pues bien — dijo el caballo, — yo he servido a mi amo mientras pude llevarlo sobre mis espaldas o tirar de un vehículo. Por él me he

esforzado y trabajado como esclavo, hasta que el sudor goteaba de mi pelo, y esto durante toda mi vida; y ahora que me he quedado cojo, lisiado e inútil por el trabajo y los años, ahora que no sirvo para nada, ni me gano mi pienso, dice que me va a meter una bala en el cuerpo. ¡Ah! es cosa bien sabida: ese es el proceder del mundo y así paga a los que bien le sirven.

—Bueno, ¡pues ahora sí que te como! — dijo el dragón abriendo sus anchas fauces y tratando de

PEREZA

(Del libro "ESQUINITA DE MI BARRIO. POEMAS DE LA CIUDAD Y DEL ARRABAL").

Llueve despacio. Parece que el agua tiene tristeza o apatía. Los vidrios del café, están salpicados y las gotas forman puntos y comas... Mis ojos tienen un biombo de hastío y a su sombra, duermen una siesta pesada.

Una mujer envuelta en un impermeable espera el tranvía o espera al amado. Y no viene ni uno ni otro... ¡¡Maldita lluvia!! ¡Cuándo terminará?

La impaciencia pone tan nerviosa a la mujer, que me mira fijamente. Sus ojos me despiertan y el Deseo sale de la cueva negra de mis ojeras y muerde los labios húmedos de esa desconocida...

Ella sonríe... Pero de repente, consulta su reloj, golpea con los tacos el piso y hace un mohín de disgusto... La calle está desierta y me promete complicidad...

Ahora me mira con provocación y me sonríe con menos vergüenza... Parece que nos entendimos. Pago mi café y me levanto para "atropellarla". Pero no lo hago... Bostezo, estiro los brazos, me siento de nuevo y pido un ajeno...

La lluvia al chocar contra la calle, me aplaude con monotonía perezosa...

J. C. WELKER.

tragarlo. Pero de nuevo rogó el hombre con insistencia por su vida, y el dragón manifestó que tenía necesidad de un bocado de carne humana, pues estaba muerto de hambre y ya no podía aguardar más.

—Mirad, allí viene otro que parece enviado expreso para fallar nuestro pleito — dijo el hombre señalando a una zorra que se deslizaba con cautela entre las piedras del montón. A la tercera va la vencida; dejadme que interroge a esta también y si su fallo es igual al de los otros, comedme sin demora.

—¡Muy bien! — dijo el dragón, que también conocía aquel dicho y consideraba que hacía un buen trato. Dijo, pues, el hombre a la zorra, lo mismo que había dicho a los anteriores.

—Sí, sí — contestó la zorra, — comprendo muy bien de lo que se trata — pero mientras decía esto, llevó al hombre a un lado y murmuró a su oído estas palabras:

—¿Qué me daréis si os libro del dragón?

—Quedaréis en libertad de venir a mi casa todos los jueves por la noche; y seréis dueña y señora de mis gansos y gallinas — repitióle el hombre.

—Bien, mi querido dragón — dijo la zorra; — esta es una nuez muy dura de cascar. No comprendo ni puedo explicarme como vos, que sois una bestia tan grande y poderosa, pudisteis encontrar sitio bastante para echaros bajo aquella losa.

—¿Que no os explicáis? — dijo el dragón; — pues mirad; estaba tomando el sol, bajo esa ladera, cuando sobrevino un gran desprendimiento de tierras que arrojó sobre mí la losa.

—Todo eso es muy natural — dijo la zorra, — pero aun no lo comprendo y, lo que es más, que no lo creeré hasta que lo vea.

Fotografados Trícromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

para una semana, y se había rellenado de tal modo que no se podía menear. Cuando la criada volvió por la mañana, la zorra estaba allí tendida, durmiendo y roncando a los rayos matinales del sol, con las cuatro patas estiradas, tan redonda y pulida como un salchichón alemán.

La muchacha corrió a avisar a su amo, el cual acudió seguido de todos los criados con palos y escobas para pegar a la zorra y tanto la maltrataron, que por poco la dejan sin vida; pero en el preciso momento en que la tenían acorralada, creyendo la infeliz que había llegado su última hora, encontró un agujero en el suelo y se deslizó por él, y cojeando y rengueando escapóse al bosque.

—¡Oh! — dijo la zorra al verse libre; — ¡cuán verdad es! Este es el proceder del mundo y así paga a los que bien le sirven.

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

Dos hermanos eran propietarios de un negocio que desde hacía tiempo estaba al borde de la ruina y para hablar del asunto decidieron celebrar una reunión.

—Jorge — dijo el hermano mayor cuando estuvieron reunidos, — supongo que habrás observado lo mal que marchan las cosas en estos últimos tiempos.

—En efecto — contestó el otro — y mucho me temo que tendremos que declararnos en quiebra a menos que no seamos víctimas de... de un robo, en una palabra.

—¡Un robo! — repitió el mayor extrañado. — ¿Y por qué no recurrir al antiguo pero sencillo incendio?

De ninguna manera, — replicó Jorge. — Un robo es mucho mejor, porque si la compañía se niega a pagarnos no habremos perdido nada.

Para los que desde el ventanal de la historia, vienen avizorando el porvenir titubeante de estos países hispano-americanos, las efusiones populares y gubernamentales de Chile y Argentina tienen una elocuencia decidida, pues representan el sentido exacto de los hechos con una lógica aplastante, demuestran el ansia íntima y honda de estos pueblos, por una convivencia, que los ponga a cubierto de repugnantes contingencias.

Por eso, estas efusiones de Argentina y Chile a las que muy bien puede unirse Brasil, si son aprovechadas con buena intención y acierto por esos tres Gobiernos, de manera elocuente nos está demostrando, que los pueblos ansían esta unión para bien de todos y de cada uno, pues nunca mejor que ahora también está justificada la fuerza como el mejor medio de garantía de las soberanías colectivas como individuales.

Ningún problema de fronteras separa a estos tres pueblos que tienen solucionadas todas sus cuestiones vitales y libres de prejuicios pueden francamente unirse sin abdicar de su soberanía en lo más mínimo para defenderse los tres de contingencias desagradables y descaradamente diseñadas ya en el horizonte Americano y para volver a realizar como en principios del siglo pasado, la liberación de otros pueblos hermanos, que por culpa de esta desunión Hispano Americana, han incurrido, débiles y huérfanos de poderoso protector, en la esclavitud económica que colocó en las manos pecadoras del extraño sus riquezas hipotecadas locamente hipotecando también su dignidad y soberanía.

ARGENTINA, BRASIL y CHILE LIBERTADORES DE AMERICA HISPANA.

Estos tres países, que hoy apenas cuentan con cincuenta millones de habitantes y que están llamados a albergar trescientos con gran facilidad, unidos en la paz como en la guerra, como lo demostró el ensayo del A. B. C. de ayer, representarán ante absorciones extrañas, vengan de donde vengan, una fuerza capaz de poder contener y hasta castigar al que olvidase, que los que supieron emanciparse en 1810 de la amorosa tutela de la madre que les dió el ser, no lo hicieron para caer en la esclavitud oprobiosa de una madrastra sino para cumplir en el mundo, su misión de pueblos dignos y fuertes continuadores de las glorias que nadie mayores las tuvo ni tendrá en el mundo, que les legó en la sangre, idioma y costumbres aquella misma gran Madre Patria.

Y que así, como estos países posearon sus estandartes de liberación desde el Plata hasta el Orinoco, mañana, si la fatalidad lo exigiere volverán a tremolar airados hasta las márgenes del Río Grande, para enseñar a los tiranos del oro, que nunca esclavo puede ser, pueblo, que como su Madre Patria sabe morir con altivez.

Pueden ser, Argentina, Chile y Brasil, el comienzo de esa gran Confederación que tan clara vió Bolívar el gran visionario de los emancipadores americanos, quien ambicionó la Confederación Boli-

La triunfal visita de los cadetes argentinos a Chile. — Hoy, más que nunca, los dos países marchan unidos al porvenir.

varina, como señuelo de la unión total de la América Hispana, contra los que agotados en su propio país pretenden abrogándose una deprimente protección ofensiva para la dignidad de estos pueblos, adueñarse de sus riquezas convirtiendo en colonias.

MILITARES ARGENTINOS Y CHILENOS UN SOLO ABRAZO.

Cuando el 9 de Julio, los Cadetes Chilenos, después de la triste noche de Alpatocal entraron vencedores a cumplir con su cita de honor al pie de la estatua del general Mitre, campeón de la unión Hispano Americana en Buenos Aires y ese pueblo enardecido por el gesto gallardo y heroico de estos chicos los llevó como a generales

titid rompió esos diques y se mezcló con los muchachos argentinos llevándolos en triunfo entre los brazos de las hermosas niñas y de los robustos mozos hasta la Escuela Militar chilena donde se alojaron, los cadetes argentinos no cesaron de recibir entusiastas demostraciones de cariño.

En el desfile gallardo frente a la Moneda, en la jura de los cadetes chilenos en la Escuela Militar, en las demostraciones de destreza de la Escuela de Caballería, en los corsos de flores, bailes, banquetes, Tedeum y desfile militar, como en las colocaciones de las placas a los muertos en Alpatocal y en todos los actos públicos que tomaron parte colectiva como individualmente, el pueblo, les arrancaba los guantes, las escarapelas

BARCAROLA VESPERTINA

Unge tu oscura barca con ensueños azules
y boga en el traslúcido zafiro de este mar.
La dulce tarde tiende sus soñolientos tules
y ablanda en el silencio su vagabundo aduar.

Boga, barquero, boga. Los solitarios vientos
y las olas propician anhelos de viajar.
El sol, que es confidente de todo firmamento,
ampara nuestros sueños en su lejano hogar.

Oye; cruzan legiones de cosas vespertinas;
tiembla en la brisa el nuncio de cándidos destinos
que impelen a la isla nuestro peregrinar.

Somos dos almas locas sin triunfo ni derrota.
Quizá sólo soñemos ser dos blancas gaviotas
y sobre el mudo arcano, volar, volar, volar...

Sarah BOLLO

victoriosos, los cadetes Argentinos, juraron sellar esta amistad íntima, esta unión sagrada de las espadas de ambos pueblos en el mismo Chile el 18 de Septiembre de este año y por eso Chile los recibió con honrosas manifestaciones de delirante entusiasmo, porque venían los hijos de Garay y San Martín a sellar con los hijos de Valdivia y O'Higgins un pacto de sagrada unión.

Por eso, no es de extrañar, que bajo lluvia de flores y abrazos femeninos, entraron en Chile y culminaron en Santiago, estos jóvenes Cadetes Argentinos, hasta que regresaron a su patria, no haya habido más que un solo clamor: Viva Argentina y Chile y un solo abrazo y una sola alma.

FESTEJASELES COMO A TRIUNFADORES.

Desde que en Caracoles al pie de las nieves perpetuas los recibió la Comisión de militares chilenos hasta Santiago donde a pesar del cordón de cadetes chilenos, carabineros y policía la mul-

escudos y botones, los abrazaba y llevaba en triunfo y colmaba de besos como a héroes del amor fraternal y cuando después de seis días de efusiones desbordantes, sonó la hora del regreso a la Patria, esas mismas niñas, esos mismos hijos del pueblo, como en una procesión de leyenda, volvieron a llevar en andas a esta muchachada que no sin lágrimas en los ojos vieron como al alejarse el tren que los conducía, pañuelos blancos a millares se agitaban como banderolas de paz y de cariño nunca manchado, en un adiós, que parecía más bien otra cita.

ALGUNAS ANECDOTAS.

Muchas y pintorescas han sido las anécdotas recogidas como vaso de fragantes flores, ofrendadas en el altar de dos patrias, Argentina y Chile, destacándose grupos de bellas que atropellando a la policía se refugiaban como palomas asustadas entre las filas de los muchachos argentinos, tomándose de sus brazos y llevándoles las mochilas, mientras los carabineros

eran detenidos por los cadetes argentinos que les decían: "Déjenlas, son flores de Chile cuyo perfume sienta bien a nuestros guerreros de soldados de San Martín.

Aquel rotito, que refugiado entre estos muchachos y protegido contra la policía por ellos, hacía muecas de burla a los carabineros diciéndoles picarescamente "atreve-te pus, paco de tal, a sacarme de entre estos macanudos niños".

Fué aquel otro rotito que a caballo bien enjaezado a la chilena, vaso de chicha en mano ante la estupefacción de las tropas en la gran parada, galopa hasta el palco oficial y al caracolear de su pingo, bebe a la salud de Chile y la Argentina.

Los piropos de las bellas como de los rotitos de "que buenos mozos, yo los voy a hacer reir", o "son macanudos los fiatitos" y otras lindezas por el estilo, fueron la salasa con que este pueblo ingenioso saludaba a los soldados del Plata.

Retratos van, recuerdos vienen, los chicos argentinos, entre abrazos y vitores se fueron cargados con los trofeos de sus victorias era que el amor travieso, pasaba con su escolta lucida de juventud, gallardía y belleza haciendo estragos en este cortejo que simbolizaba la unión de ambos pueblos.

MADRE ESPAÑA BENDICE ESTA UNION SAGRADA.

La matrona augusta, madre, como la de los Macabeos de cien pueblos soberanos, que regó con su sangre el mundo entero, para hacer germinar las flores de su cariño que en América, Oceanía y Africa sembrara húmedos sus ojos de emoción también quiso colocar la flor de su presencia, bendiciendo esta alianza de sus hijos, los grandes hermanos de hoy.

El ministro de España en Chile, Excmo. Señor Méndez Vigo, secundado por su bella esposa, ofreció, como broche que cerrase estas fiestas, una recepción soberbia en los suntuosos salones de la Legación, a los cadetes argentinos y militares chilenos, sorprendiendo este gesto a la diplomacia y mundo social por tan extraña ruptura del protocolo; y los muchachos bailaron y brindaron por la vieja y noble madre, que tan bellos hijos supo inspirar y que tan gallardamente sabía hacerse presente. Esta última impresión fué la que en sus retinas húmedas de emoción, llevaron los cadetes argentinos de camino a su patria, donde podrán decir, que triunfaron tan legítimamente que para consagrar su triunfo la madre España quiso bendecirlos.

Es así como se hace Hispano Americanismo fuerte, sólido y durable; como ante el Cristo Redentor de los Andes dijeron los militares argentinos y chilenos "nuestras espadas sólo se cruzarán para salvar juntos a las nacionalidades que juntos hicimos nacer ayer" y el Cristo que se asienta sobre las nieves perpetuas, bendiciendo a ambos pueblos hermanos sobre la cumbre altiva de sus fronteras, velará por la promesa no permitiendo que la traición se interponga entre tan hermosas realidades.

Santiago de Chile, Septiembre 1927.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Las comidas

(continuación)

Para hacer honor a los invitados, es preciso no mostrar negligencia en nada. Los manteles, cristalería, vajilla y cubiertos, han de ser de una limpieza irreprochable. Para la belleza y buen golpe de vista, la simetría es necesaria: flores artísticamente dispuestas adornarán la mesa, teniendo cuidado de que no sean de perfume penetrante, cosa que no pueden sufrir los nervios de algunas señoras delicadas y que no se asocia bien al olor de salsas, vinos y condimentos.

Hay varias maneras de adornar las mesas con flores: se estilan las guirnaldas y pequeños ramos de formas graciosas, que no tapen la vista de los convidados de un extremo a otro. Los grandes ramos en el centro, impedían verse, están ya desechados. Muy elegante es sembrar de flores cortadas del tallo todo el mantel, y en algunos casos se pone en el centro de la mesa una decoración de plantas naturales.

Los manteles deben ser finísimos y bordados y las servilletas han de plegarse todas de la misma manera, en formas de fantasía, pero de modo que dejen ver la cifra. Sobre la servilleta se coloca una tarjeta, en la cual estará escrito el nombre de cada invitado, para indicar su sitio, y el menú con la lista de los platos y vinos que han de servirse, a fin de que cada uno pueda conservar su apetito para el que más le agrade.

Es de gran lujo que las tarjetas estén adornadas con dibujitos a pluma y otros a la acuarela, pero si son de mal gusto, es preferible que la tarjeta no tenga decoración ninguna.

Lo más corriente y vulgar es una gran mesa para todos los convidados; lo más moderno, colocar en el comedor mesitas para cuatro personas y adornar cada una de estas mesitas con una flor diferente: crisantemos, violetas, rosas, lirios, nardos, jazmines, claveles, miosotis, etc., y si es posible, de un solo color.

La dueña de la casa estaba obligada otras veces a vestir con cierta sencillez para no eclipsar a los convidados con un atavío demasiado lujoso, pero los tiempos han cambiado, y las apreciaciones, diferentes, tienen razón de ser. Una dueña de casa ricamente preñada, parece decir a sus invitados: "Todo esto no es demasiado para vosotros". A lo menos, así puede interpretarse. Las invitadas deben vestir bellas toilettes. Para los hombres, levita o frac y corbata blanca, son de rigor.

Los invitados deben llegar algunos minutos antes de la hora señalada, y se desembarazarán de los abrigos, sombreros, etc., en la antecámara, entrando en el salón con los guantes, que no se quitarán hasta estar sentados delante de la mesa.

Algunos momentos antes de pasar al comedor, un criado entrega a cada caballero un sobre conteniendo una tarjeta con estas frases: "Se ruega al Sr. M. ofrezca su brazo a la señora X."

Es bien entendido que la dueña de la casa pondrá todo el cuidado posible en romper el hielo entre los invitados, presentando a todos los que no se conozcan.

Un criado anuncia que la comida espera, diciendo: "La señora está servida", y cada caballero ofrece su brazo a la dama que le corresponde acompañar. El dueño de la casa pasa primero conduciendo a su pareja, les siguen los invitados con las suyas, y la dueña de la casa es la última, para cerciorarse de que todas las damas van acompañadas. Si hay que pasar alguna puerta algo estrecha, el caballero pasa delante y conduce a la señora después.

Si los comensales son sólo hombres, amigos del marido, la dueña de la casa pasa la primera del brazo del más significativo, y en ese caso no es él quien se lo ofrece, sino ella la que lo conduce.

Las sillas para las señoras se separan por los criados, y a falta de ellos por sus caballeros.

Los criados han de estar vestidos de frac, corbata blanca y guantes de hilo blanco los hombres, y de negro con delantal y gorrita blanca las mujeres. De la habilidad y presteza de los criados, depende el éxito de la comida.

El sirviente debe llevar un calzado ligero, a fin de no hacer ruido al marchar. Siempre irán provistos de una servilleta para limpiar los platos. Se guardarán bien de amontonarlos ni de echar sobras de unos en otros. Antes de llevarse los platos se recogen los

cuchillos y tenedores en unos canastitos guarnecidos de una servilleta limpia. Jamás deben dar una cucharilla o un cuchillo al invitado mano a mano, sino sobre un plato o bandeja.

Si la comida se efectúa en mesitas guarnecidas de flores distintas, como ya hemos dicho, en vez de tarjeta en colocación, se entregan ramitos con la flor que les corresponda, a las señoras y a los dos caballeros que la hayan de ocupar, y estos se los prenden en el cuerpo del vestido o en el ojal del frac, respectivamente.

El primer servicio debe estar colocado sobre la mesa: aperitivos, manteca, rabanillos, sardinas, salchichón, etc., si se trata de un almuerzo. Si es comida se empieza por las ostras o la sopa que un criado ofrece dando vuelta a la mesa. Inmediatamente después del marisco se ofrecen enjuagatorias de cristal de agua templada con una rueda de limón para lavarse los dedos y una pequeña servilleta para secarlos.

Sigue el pescado, la carne, las legumbres y el asado con la ensalada; en seguida vienen los entremeses azucarados, el queso, el helado y los postres.

Durante la comida hay que observar las reglas siguientes:

No levantar el plato para apurar la última gota de caldo.

No aspirar con fruición el aroma de los manjares.

No golpear fuerte el plato con los cubiertos.

No llevarse el cuchillo a la boca.

No limpiarlo con el pan.

No colocarse en el cuello la servilleta, sino en las rodillas.

No beber con la boca llena.

No servirse del mondadientes en la mesa.

No doblar la servilleta al terminar de comer.

El pescado se come con el tenedor exclusivamente.

La ensalada no se corta nunca.

Los cuchillos con lámina de plata sirven para cortar la fruta.

Las frutas se cortan en cuatro pedazos y se mordan de arriba a abajo con ayuda del cuchillo, sujetándolas con el tenedor o con los dedos.

Todas las carnes y manjares deben venir trinchados, y los dueños de la casa no se ocupan para nada del servicio, al que han de permanecer ajenos.

Los vinos se sirven por la derecha; el criado anuncia: "Vino de X", y se cuidará de que sean lo más variados y finos posibles.

Ya no se usa tener los postres en la mesa durante toda la comida; al llegar a ellos, se limpia la mesa y se colocan. Los helados se sirven en platillos con su cucharilla a cada uno, o en forma de gran pastel, al que se van cortando pedazos.

C. de B.

(Continuará)

ILUSION

Cuando la noche callada
Tiende su sombra importuna,
Y viste el cielo la luna
Con su claridad plateada,
Cuando deja su morada
De los sueños la legión,
Para aumentar al ilusión
Que hizo nido en mi pecho,
Surge a los pies de mi lecho
Una mística visión.

Vuela y en lánguido giro,
como un dolor sin agravios,
Abre sus húmedos labios
La cadencia de un suspiro.
Caigo de hinojos, respiro
Su perfume singular,
Y es tan triste su mirar,
Tan arpaado su gemir,
Que no acierto a reprimir
Mis impulsos de llorar.

Tiene la visión aquella
De sus ojos en lo vago,
Como el reflejo del lago
Donde se mira una estrella,
Y es el ritmo de su huella
De tan suave melodía,
Que no anhela el alma mía
Más ayuda y más consuelo,
Que aquel acorde del cielo
Para endulzar mi agonía.

He llegado a comprender
Que es la angélica visión
Sangre de mi corazón
Y compendio de mi ser;
Es tan grande su poder,
Tan invencible su imperio,
Que cuando envuelta en miste-
Nace la nocturna calma, (rio
Vibran las fibras de mi alma
Como cuerdas de un salterio.

¡Tiembles, Rosa, y te da eno-
(jos
Que la rinda mi albedrío?
¡Si aquella imagen, bien mío,
Tiene el color de tus ojos!
¡Si al adorarla de hinojos,

Puestas las manos en cruz,
Es que el nocturno capuz
Me trae tu voz que me nombra
Por los labios de la sombra
Hecha con hilos de luz!

¡Oh, sí! la imagen divina,
Hija de los negros tules,
Tiene tus ojos azules
Y tu palidez perlina,
Ese color de la ondina
Que en las veladas de estío,
Juega sobre el lecho fgrío
Sin más escudo y más veste
Que la túnica celeste
De nuestro paterno río.

¡Blanca visión sin mancha
en cuyo rostro hechicero
De aquella virgen que quiero
La amante mirada brilla,
Si doblada la rodilla
Beso el campo de su huella,
No es que tu esplendor de es-
(trella

Me deslumbre y extravié,
Sino que en tu faz sonrío
La dulce sonrisa de ella!

Ténue fantasma surgido
De la explosión del deseo,
Cuyo rítmico aleteo
Suenan perenne en mi oído,
Si para adornar tu nido
Cubrí mi estancia de flores,
Es que miré en tus fulgores,
En tu resplandor fugaz,
La siempre adorada faz
Del ángel de mis amores!

Rosa, la santa visión
Que me rinde a su poder,
Es la esencia de mi ser,
Sangre de mi corazón;
¡Fantasma en quien mi ilusión
Tiene norte y halló dueño...
Si no triunfante en su empeño
Mi existencia se derrumba,
Baja al fondo de mi tumba,
Ven a poetizar mi sueño!...

C A R L O S R O X L O

CARTA A UN PINTOR QUE VIVE EN EL CAMPO

Tenía que ser yo, mi querido pintor, con este corazón que Dios me ha dado, el que debía romper este silencio... que, si bien es cierto no se ha hecho formalmente profundo, puesto que de vez en vez alguien me trae noticias de su vida como así le llevan de la mía, según, sé, puede acaso, sin esta intervención de mi palabra escrita, llegar a serlo, como aquel otro silencio que nos tuvo separados, hasta espiritualmente, por espacio de dos años.

La amistad de un artista, cuando ese artista es de verdad, artista por atonomasía, siempre me ha merecido un respeto que no podría inspirármelo un Gran General cargado de oros jerárquicos, ni aún una ruidosa celebridad de la Academia de la Lengua. Por eso la amistad que mantengo con usted desde hace muchos años, mi querido pintor, no la considero, ni la consideraré nunca, ni la consideraré jamás, como esa amistad que se juran dos mujeres de hoy, en seguida de ser presentadas: conversan importantemente locuaces y afectuosas del último figurín de París; de la hermosura de una dama que fuera la gloria de un salón aristocrático; de su collar de ricas perlas y de su traje de seda china terminado en armiño, y al día siguiente, por cualquier murmuración sin fundamento, se acribillan a injurias, sin acordarse ya de la simpática y sincera reciprocidad de sus afectos ni de que la flor de la amistad no debe jamás ser violada por el negro gusano de la envidia... No, querido pintor. Su amistad es, para mí, dulce como un vaso de vino frascati; es una estrofa de Bécquer por serena y perfumada de gracia y una página de San Agustín, por útil y profunda.

Ayer, hojeando una revista metropolitana del año 1921, tuve la gratísima sorpresa de ver reproducida en lugar preferente una de sus más hermosas telas, que expuso usted aquel año en "Salón Nacional": "Rincón de mi jardín" y lo recordé a usted con un cariño infinito como un campo sin límites. Mi espíritu fué adentrándose en nuestras cosas pasadas... Recordé aquellas felices horas del mes de octubre que pasábamos, bajo las pérgolas de su jardín cubiertas de fragantes rosas de todos los colores, leyendo los esculturales sonetos del sumo poeta aristócrata que se llamó Julio Herrera y Reisig; de aquel cerebral y maravillante músico del verso que usted siempre lo consideró superior a Carlos Baudelaire, a pesar de sus célebres "Flores del Mal" y del vasto estudio apologético que le consagrara Teophile Gautier, el "perfecto mago de las letras francesas". A usted — ¡Me acuerdo muy bien! — lo acariciaba una especie de embriaguez divina cuando leía estos versos de un soneto que labrara el estupendo Julio:

"Tal como en una milagrosa daga
ebrio de Dios me traspasé en tu beso"

También leíamos, bajo las pérgolas de su jardín, con una incontenible avidez de versos bien realizados y que encerrasen emoción estética — como el cáliz de una rosa primaveral delicado perfume — "El libro de los Paisajes" de Leopoldo Lugones, tomo de oro en

cuyas páginas, en las que nos parecía percibir una palpitación de Jáscoli, contemplábamos los bellos paisajes del alma del erudito cordobés, y por los cuales llegábamos a la certidumbre de la verdad de su rica enjundia poética.

Recordé aquella inacabable cena que tuvo lugar en su Torre de Marfil; aquella copiosa cena de pollos de noventa días y arroz a la valenciana, el plato dilecto de Rubén Darío; ensalada de berro fresco y jugoso; abundante y gus-

A TI, MAR, A SOLAS

A R. Suárez Amaya.

Solemne misterio de la noche quieta
en este recinto de montaña y mar;
una estrella cruza como una saeta
y, fugaz, se pierde en la inmensidad.

La luna, esplendente cual disco de plata,
me indica la ruta de la playa amada;
el mar que musita su eterna sonata
besa dulcemente la arena dorada.

¡Playa de mis sueños de niño y de mozo!
¡Playa compañera de mis tiernos años!
Tú sabes mi historia, cuando era dichoso,
y hoy quiero que sepas de mis desengaños.

Los sueños de amores que forjó mi mente,
entre las caricias de un soñado Eden,
Sólo fueron sueños, (que el tiempo inclemente
dice que la vida un sueño es también.)

Soñando he vivido, mar de mis amores,
Sólo a ti he confiado mis sueños de amor,
tú solito sabes que son mis dolores
dolores que nacen de mi corazón.

Por eso he querido hablarte a ti a solas
en este silencio de tu soledad,
y que mi secreto lo guarden tus olas
allá en lo infinito de esa inmensidad.

¡Oh! Playa querida de mis años mozos,
playa que me has visto llorar y reír,
por ti, anhelo siempre que el mar proceloso
en su seno guarde mi cuerpo al morir.

José MELIÁN JIMÉNEZ.

Playa de la Taja, Gran Canaria, septiembre de 1927.

DEL SABER

La adquisición del saber tiene en sí misma cierta cosa positivamente agradable para todos los hombres; al menos para aquellos que no son de índole muy vil y muy baja.

La mera complacencia y satisfacción de la propia curiosidad que deriva del estudio; el saber más hoy que ayer; el entender claramente lo que antes parecía intrincado u obscuro; la comparación de cosas diferentes; es una ocupación placentera del entendimiento; y además de proporcionar el goce presente, eleva a nuestras facultades muy por encima de las inclinaciones viles, purifica y afina las pasiones y ayuda a nuestra razón a calmar nuestra violencia.

Henry BROUGHAM

toso queso de Flandes; oloroso y añejo vino casero, y en medio de la mesa cubierta con bordado mantel de nieve, la más bella frutera que yo haya visto, soportando la exuberante y apetitosa carga de lustrosas ciruelas, selectas naranjas y manzanas de California, que exhalaban salubres fragancias. Vinieron después a mi memoria aquellas otras cenas en mi casa. Fideos a la genovesa, fruta deliciosa como besos sin ruido y profundos de mujer joven; vino áureo y transparente que yo servía de aquel botellón forma de bola, al que usted graciosamente le llamaba "grano de uva"; vino que al gustarlo nos hacía entornar los ojos, tal como en un ofertorio místico. Luego, de sobremesa, exultaciones de nuestro espíritu ante las páginas de "Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez; de "Hombres y Dioses" de Paul de San Víctor o de Algunas de las obras de Rafael de Barret. Después, en homenaje a esos estupendos locos de la belleza y del pensamiento, una copa de una mistela, hecho por Laura, que, como entonces, es erudita en esencias, medidas, combinaciones y secretos para componer licores.

Si recuerdo todo eso, mi querido pintor, es porque aún mi corazón guarda íntegro el perfume de su amistad; es porque de todo, de todo cuanto yo disfrutaba en su compañía: lecturas, paseos, comidas, conversaciones sobre pintura, literatura y filosofía, se desprendía, por así decirlo, una especie de corriente de cordialidad divina que me hacía ver en usted a un hermano luminoso.

La última vez que estuve en su establecimiento me dijo usted que tenía vivos deseos de leer algo interesante, fuese ello nuevo o viejo. Me suplicó entonces le pidiera en las librerías de esta ciudad precios de algunas obras, que, a mi juicio, llenaran sus exigencias de lector. Pero yo he pensado, aunque tal vez con ello no responda absolutamente a su deseo, hacer lo siguiente: enviar a usted mañana por primer correo, por si no las hubiera leído, tres de, para mí, las mejores obras que tengo en mi biblioteca, por su arte literario y su cantidad de bellas ideas: "Las Vírgenes de las Rocas", de Gabriel D'Anunzio "La Cosecha de la fruta", de Rabindranat Tagore y "El retrato de Dorian Gray", de Oscar Wilde. Obras son estas que leerá usted con fruición en su retiro; pues conociendo como conozco, que su gusto literario está formado en las asiduas lecturas de los grandes maestros, como también cuáles son sus libros predilectos, o lo que es igual, que es usted un hábil catador de los mejores vinos del espíritu, creo que su aristocracia intelectual no se resentirá de la lectura de los tres volúmenes expresados.

"Las vírgenes de las Rocas" es una de las más hermosas novelas de D'Anunzio. Inspirada en los modelos clásicos, puede subyugar, por su forma y por su fondo, a todo espíritu culto que haga una excursión a través de sus páginas. En cada cláusula, en cada vocablo de ellas está vivísima la llama del genio de D'Anunzio.

¡Qué música interior de violines, qué cantos de mirlos y de zorzales se derrama por los senderos

floridos de "Las vírgenes de las Rocas"! ¡Cómo se adentra su espíritu en las cosas que describe! ¡Cómo conoce el corazón humano este príncipe de la sensibilidad, este mago del verso! — ¡Cómo nos hace admirar las cosas antiguas! — ¡Qué magia tiene su pluma para seducirnos con el amor de Violante, Anatolia y Massimilia; las tres vírgenes cautivas!

¡A veces su palabra adquiere esa sedante poesía de una melodiosa tarde de octubre; parece que la acariciara un suave aliento de Dios, — cuando nos hace viajar por sombríos jardines de eterna primavera y escuchar deleitosamente el canto de oro de las fuentes ocultas!

En "La cosecha de la Fruta" de Tagore, el gran poeta bengalí hace ya años bien comprendido y amado de los pueblos occidentales, a usted le parecerá percibir, leyendo con fruición sus páginas, una especie de armonía de voces de niños, de gorgoros de pájaros, de suspirante música de templo, que le abrirá las puertas del espíritu del mundo de los sueños de oro. Bien. En esa especie de armonía de voces de niños, de gorgoros de pájaros y suspirante música de templo, es el alma elevadamente mística de aquel plácido maestro y evangelista de la India.

En este libro, compuesto de poemas cortos, Rabindranat Tagore canta en forma parabólica las limpias alegrías de la vida doméstica; el blanco regocijo de los niños; los magníficos espectáculos de la naturaleza; el amor humano y el amor divino; se embriaga con el perfume de las flores silvestres; sueña con los pastores que al son de las melodías de sus flautas guían sus rabaños que pacer en las praderas; labra himnos a los ríos de aguas de cristal, a las lámparas encendidas en los hogares campesinos por cuyas puertas sale la luz a alumbrar las sendas solitarias...

Tagore es un perfecto yogi, por que en su canto al amor, a la vida doméstica, a la flor, al perfume a la lámpara cordial y al río de agua transparente, siempre su inspiración le viene de la grandiosidad de El.

No creo equivocarme si digo que "La cosecha de la Fruta" es un libro que no puede gustarlo, hasta la última gota de la excelencia que él encierra, cualquier lector. Ha menester para ese acto de una sensibilidad educada en la lectura de los Evangelios u otras obras de elevada espiritualidad.

"El Retrato de Dorian Gray" es una de las obras más exquisitas y perfecta que en lengua inglesa se haya escrito el siglo pasado, no obstante haber sido ella realizada en siete días, para rebatir, con verdades claras como la luz meri-

diana a los que censuraban a Oscar Wilde, afirmando que éste era sólo un conversador de salón.

En el curso de la lectura de la novela verá usted qué interesantes personajes son Lord Henry y Basilio Hallward, el gran pintor que ha hecho el retrato del hermoso joven Dorian. Después se maravillará usted de cómo habla Oscar Wilde de la influencia que ejerce en el espíritu de Dorian la lectura de un libro amarillo que le ha enviado Lord Henry! ¡Oscar Wilde es insuperable en todo! ¡Cómo labra su prosa este egregio artis-

sado de las mujeres presuntuosas! Y qué catarata de palabras como diamantes de Golconda se desborda de su pluma para decirnos de los complicados refinamientos y vicios raros como extrañas liturgias a que se entrega en cuerpo y alma Dorian Gray, ese ángel de cabello de trigo garzul y ojos celestes!

Por las calles de Landres a Oscar Wilde lo seguían como a un dios, doctores, caballeros del pincel, apaches, jóvenes amantes de las letras, portaliras del verso, perillustres señores de frac y monó-

y permitieron que el sagrado cadáver de Ameghino fuera arrojado a una bóveda derruida que se inundaba en los días de lluvia. ¡Ah si esta ciudad en la que Dios quiso que yo naciera fuera como la culta de Atenas del tiempo en que floreció Platón, y si la amistad entre sus grandes hijos estuviese consolidada por la fuerza de un recíproco profundo respeto y franca admiración, como la del autor de la República con Sócrates, de quien, por efecto de esa misma virtuosa amistad le vino el gran entusiasmo que le hizo cultivar la filosofía hasta adoptar el estilo adecuado a esa ciencia!

¡Pero..., en mi casa yo tengo un frondoso laurel, bajo del cual, no oigo el estruendo humano; sólo me llega el perfume de mis flores y las voces consoladoras de mis hijos!—

José María OLMOS CARDENA

EL PLACER

"Demasiado placer es dolor".—Hugo.

Llámanse placer, esas sensaciones de goces, de dicha, de contento, de satisfacción, que pueden experimentar tanto el cuerpo como el espíritu. La constitución humana es naturalmente inclinada a los placeres; pero su gloria, así en el orden moral como en el físico, no es dejarse arrastrar por ellos. La razón misma nos aconseja la moderación en los goces, porque los placeres se hacen insípidos para el que los experimenta continuamente. ¿No es cierto que para experimentar el placer de la comida es preciso tener apetito para tomarla?

... Los placeres físicos son opuestos a la reflexión, o poco compatibles con las facultades morales e intelectuales. El placer animal es el placer de las bestias; pero estos placeres enteramente físicos no pueden ser el objeto de la felicidad humana. Puesto que los placeres más deleitables son los morales, la verdadera dicha la única que puede satisfacer el corazón humano, la única que necesitamos y la única que nadie puede arrebatarnos es la satisfacción que se experimenta por obrar bien o por pensar bien, que es lo que constituye la virtud. Sólo, pues, la salud del alma es la que, como la del cuerpo, puede darnos placeres puros y una vida dichosa hasta donde lo permitan las circunstancias. La satisfacción íntima que acompaña a la práctica de la virtud, es todavía superior al bienestar que produce una completa salud. Señor de sí mismo, el hombre virtuoso regula o modera sus placeres para economizar su existencia; es así como todo se equilibra en él y como todo armoniza, así en su interior como en su exterior, así en su cuerpo como en su alma.

CAMPAGNE

Gentes que no ven por la noche

Durante la gran guerra, hubo de llamar la atención de algunos jefes y de muchos médicos, el verdadero estado de ceguera que presentaban durante la noche gran número de soldados.

Estos hombres no podían valerse en la obscuridad, no llegaban a habituarse a ella, como las demás gentes al cabo de un rato cuando pasan de la claridad súbitamente a un sitio obscuro.

Los soldados a que nos referimos, erraban durante la noche como verdaderos ciegos, cayendo aquí y allá.

En ciertas zonas del frente francés se pudo comprobar que un diez por ciento de soldados presentaban esta ceguera.

Esta no existía, sin embargo, en los campamentos de descanso donde los soldados encontraban una higiene y una alimentación satisfactorias.

Después de varias y cuidadosas observaciones, se demostró que estas turbaciones visuales eran el resultado de un régimen de privaciones, fatigas y agotamiento nervioso.

Iguales efectos se han podido observar entre la población de los pueblos sitiados, entre los marinos, al fin de una larga travesía, y en ciertas regiones de gran fe religiosa, en los períodos de ayunos y mortificaciones.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.00	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . 5.00	Semestre . . 6.00	Semestre . . 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado . 40	N.º atrasado . 50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.—	3.70
" " " chico	" " 8.—	8.—
Tapas sueltas " " grande	" " 9.—	2.—
" " " chico	" " 6.—	1.50

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para hacer agua ferruginosa se disuelve seis decigramos de extracto de hierro amoniacal en media botella de agua carbónica, y luego se añade agua común hasta completar un litro. Se tapa la botella asegurando el corcho con un bramante, y se conserva en lugar fresco.

Composición para impermeabilizar el calzado. — La mayor parte de los procedimientos que suelen indicarse tienen el inconveniente de comunicarle una rigidez que indudablemente ha de molestar al que lo usa. La composición cuya receta damos a continuación, hace, cambio, flexible y suave al calzado más duro, impidiendo al mismo tiempo que pueda penetrar el agua.

Aceite de linaza, 1/2 litro; Sebo de carnero, 30 gramos; Cera amarilla, 23 gramos; Resina, 16 gramos.

Se funden juntos el sebo, la cera y la resina mezclándolos muy bien, se añade el aceite de linaza, y se retira la mezcla del fuego, continuando removiéndolo hasta que se enfríe por completo.

Esta composición se debe conservar al abrigo del aire, y se aplica al calzado, por medio de un cepillo o una brocha, cada quince días. Una vez que ha sido absorbida por el cuero, puede embetunarse éste como de ordinario.

Los marcos dorados se limpian muy bien del siguiente modo: se toma una clara de huevo, y después de mezclarla con medio litro de agua, se empapa en el líquido resultante una esponja suave, con la cual se humedecerá el marco. Después se repite la misma operación con un pedazo de paño, bien escurrido, y por último se toma un segundo paño, perfectamente seco, y con él se frota la moldura sin hacer mucha fuerza.

Si con este procedimiento no queda el marco limpio es que no puede limpiarse con nada, y entonces lo mejor es hacerlo dorar de nuevo.

Alabastrotipia. — Es un procedimiento con el que se obtienen diapositivas de apariencia alabastrina.

Después de fijada la imagen se sumerge en una solución de:

Agua 300 gramos; Percloruro de mercurio, 10 gramos; Acido clorhídrico, 15 cm. cúbicos; Cloruro de sodio, 6 gramos; Sulfato de hierro, 5 gramos.

Cuando la placa está seca se cubre de un barniz negro.

Las estatuas de yeso toman toda la apariencia de estatuas de bronce, pintándolas con bisulfuro de estaño. La misma sustancia sirve para dorar las maderas.

Los accesos de tos se curan, por muy fuertes que sean, tomándose una taza de leche caliente en la que se haya echado una cucharadita de glicerina. Hay que beber la mezcla poco a poco, a fin de que vaya suavizándose progresivamente la garganta.

Para quitar las manchas negras de los zapatos amarillos, lo mejor es quitar el betún por medio de

trementina tibia; después se frota con tierra de pipa, que se habrá mojado previamente para pre-

pararla en forma de pasta; se deja secar, y luego se cepilla hasta que desaparezca toda huella de polvo blanco.

Hecho esto, se prepara un verdadero color, imitando todo lo que se pueda al matiz del cuero cuyas manchas se trate de hacer desaparecer. Para conseguir ese tono se hace una mezcla de ocre y tierra de sembrar, a la que se añade un poco de rojo si fuese necesario.

Al calzado, antes de volverse a usar, se le darán varias manos de la crema especial.

El sulfato de aluminio como incombustibilizador, está llamado a prestar grandes servicios, porque es una sustancia que una vez elevada a temperaturas altas deja un residuo infusible y no conductor del calor, que protege las células de la madera.

El sulfato aplicado a la madera no sólo impide la propagación y la producción de la llama, sino que hasta apaga el fuego.

Cemento para componer la vajilla. — Es muy recomendable el formado por la cal viva pulverizada, con clara de huevo bien limpia.

Con estos dos componentes se hace una pasta que se tiende por la quebradura del objeto a componer, se unen los pedazos y se mantienen sujetos unos momentos hasta que pegue el cemento, lo que ocurre con tal rapidez que sólo se puede preparar esa pasta en pequeñas porciones.

Otro cemento, también muy fuerte, es el hecho con partes iguales de gutapercha y ámbar pulverizado y amizado. Bien mezcladas y batidas en caliente las dos sustancias, resulta una materia muy compacta y apropiada para pegar toda clase de objetos de loza, porcelana y vajilla ordinaria.

La unión debe hacerse en caliente, y mientras se prepara el cemento conviene someter al calor los objetos rotos, a fin de que tengan la misma temperatura que la pasta y que de ese modo penetre en los poros el cemento.

Unidos los bordes, previamente untados con la mezcla, se deja enfriar lentamente y sin tocarlos, quedando los pedazos tan unidos como si nunca se hubieran separado.

El peregil es además de un condimento insustituible una planta medicinal. La decocción de 30 a 90 gramos de peregil en un litro de agua es aperitivo y estimulante y se emplea para combatir la hidropesía, las irregularidades de la circulación, etc. Las hojas frescas, machacadas, producen efectos disolutivos en casos de tumores, contusiones, etc.

SANTIAGO, LA CIUDAD MEJOR ILUMINADA DE SUD AMERICA

Un gran anhelo anima a los hombres de esta ciudad, arrastrados por este arte grandioso y expresivo que siguiendo el concierto de la naturaleza da a cada país su fisonomía propia, peculiar, distintiva. La edificación progresiva, las antiguas casonas, achaparradas, mutiladas por el tiempo, curvadas con sus tejados grises subsisten aún en el suburbio, en el centro florece exuberante el barroco en la ligereza y sentimentalismo del siglo, con sus rebuques de tinte obscuro, con sus mármoles color de sangre y sus bronce sin patina a la luz del cielo. En los arquitectos más jóvenes la visión del nuevo Santiago prende sus raíces en las condiciones del suelo, sometido a la tragedia eterna de la tierra desgarrada en convulsiones siniestras. Ellos quieren el edificio liso, enérgico, sin molduras ni cornisas, el edificio asimismo, acurrucado a la sombra de estos cerros desnudos y sombríos, tristes y como descoloridos que cierran por los cuatro costados a la gran ciudad.

Chile, en la hora actual, va consolidando su vida en una forma admirable casi cercana a la perfección. Es el país que llevado en su afán de lógica y realidad acomoda su vida a un propósito de menor esfuerzo con un resultado de mayores ventajas, plan que importa el haber llegado al corazón de la verdadera filosofía, la útil filosofía que consiste en hacer posible la vida con el menor esfuerzo del individuo, esto es, la procura de la comodidad humana sin odiosas imposiciones. Y bien... yo no puedo pasear por Santiago sin sentir una noble admiración. En menos de diez años se ha colocado a la cabeza de Sud América con su magnífico hipódromo, cuya pista es la mejor y más cómoda, con su Club de la Unión con su Palacio de Bellas Artes, con su Biblioteca y con esta iluminación feérica de sus calles y plazas, con este derroche de luz que alcanza por igual al corazón de la ciudad que al suburbio lejano y casi pueblerino. La ciudad se remoja, se habla ahora de los trabajos de pavimentación que transformarán por completo las calles santiaguinas, estas calles de piedras de río,

puntiagudas, insoportables y hostiles. Las gentes más impacientes se preparan para gozar del nuevo panorama en el próximo verano, en los cercanos días llenos de sol y de noches de firmamentos centelleantes de estrellas.

La ciudad cuenta con 9053 lámparas, tipo Nova Lux, de dos ganchos en las calles centrales, con focos de 1500 bujías cada uno y de uno en el resto de la ciudad, con focos de la misma potencia. Lo que admira es que una ciudad sudamericana haya podido transformar en un plazo breve y dentro de condiciones cómodas para sus habitantes, un sistema de alumbrado hasta ayer deficiente y colocado hoy a la altura de las más iluminadas capitales europeas.

Santiago gusta de la rubia claridad de las lámparas fijas en lo alto de faroles artísticos, orgía de luz potente, deslumbradora, derrochada a puñados, estilizando en las farolas de cristal escarchado y fija con sus filigramas infinitas en el vidrio más tosco del farol suburbano. Alas 19 horas las calles azuladas en la luz del crepúsculo se aclaran dulcemente, la ciudad se deshace de las sombras y se envuelve en el suave claror de sus faroles diseminados con profusión a lo largo de sus caminos, entre las moradas y las iglesias acurrucadas a la sombra de los tilos, de los castaños y de los álamos, entre los cruces de nuestras rutas, en las orillas del Mapocho, sacra vía del viejo y del nuevo Santiago, en las pequeñas villas del arrabal y en la grupa arqueada de los cerros ciudadanizados por el genio de Mackenna y de sus melenas de fuego, fantásticas, como suspendidas entre el cielo y la tierra.

Santiago se ha vuelto así el demonio de la luz, la vencedora de las sombras, una de las primeras ciudades sudamericanas. Bien con este Chile progresista, el primero que tendió líneas de hierro entre sus comarcas y el primero que hace de su capital la "VILLE Lumiere" del sud.

Julia GARCIA GAMES

Santiago de Chile, Septiembre de 1927.



PAPEL Y TINTA

"Los ojos nuevos", por M. López Palmero. Sociedad de Publicaciones "El Inca". — Buenos Aires. 1927.

La poesía de López Palmero es clara y musical como un hilo de agua en el crepúsculo. Se adivina en ella el hombre silencioso que vive a la espera del más allá revelador, los ojos agrandados por la inminencia del misterio. La naturaleza y el espíritu de las cosas no viven independientemente en las palabras de este libro, sino que el poeta polariza los efluvios de una y otro en su propio quietismo acechante.

Hay, en "Los ojos nuevos", un pulso de amor apenas atemperado por la tristeza. Y hay, a más, floridas sendas de árboles por donde sale a buscarnos, lleno de medrosidad, el niño que fué su autor. La pura emoción de la infancia se destila, gota a gota, por las páginas de este brevario, donde hay rondas nocturnas y pastoras que languidecen de amor mirando el horizonte.

"Ronda en la plaza", una de las poesías mejor logradas de este hermoso libro, se abre con estos versos

El surtidor de la fuente
cantando al atardecer.
La plaza llena de niños.
Tiembla un oro en el ciprés.
Los pájaros han callado,
la luna está por nacer.
Y la ronda canta, canta,
romances que ya olvidé:
"De Francia vengo, señora,
de por hilo de coser".

El oro muere en la punta,
en la punta del ciprés;
lo mata la luna llena
que ya ha empezado a ascender.

Bajo el nombre de "Formas", agrupa después el poeta una serie de visiones animalistas llenas de colorido y vigor.

Adviento en la ladera, bajo la
(lluvia de oro,
agitarse las fuerzas vivas de la
(montaña.

Así dice en "Los Chivos", uno de los poemas breves de esta parte del libro. La imagen felicísima, es todo un hallazgo.

"La angustia de Psíquis", "Coloquio de Cóndores", y "Voces en el crepúsculo", son otras tantas joyas que ponen de relieve el poder de imaginación y el estilo sobrio, cincelado, de este joven poeta.

"Los ojos nuevos" es el primer libro de López Palmero. No es, por otra parte, lo primero que escribe. Crítico agudo y sutil de la revista "Nosotros", lleva publicadas en el país prosas de positivo mérito. Esta colección de poemas, que ha de ser leída con verdadero agrado, lo coloca entre los líricos más puros de la hora presente.

"El tercio azul", poesías por Edgardo Ubaldo Genta. — Montevideo.

Un nuevo libro ha dado a la publicidad el poeta uruguayo Edgardo Ubaldo Genta, donde el caudal de emoción que siempre ha encerrado en sus poemas, viene a ser el exponente de valor, en este volumen.

En estos momentos de tendencias nuevas en la poesía, Genta se nos ofrece moderno, pero dentro de la lógica del buen gusto, del arte y la emoción. No se ha limitado a endigarnos un conjunto de rarezas, para ser original, sino que, sinceramente, dejando desbordar su alma en inquietudes, en cosas vividas, la ha encerrado hecha música, en estrofas musicales también, de ahí la belleza y sonoridad de estos poemas.

No se puede dejar "El tercio azul", sin evocar alguna estrofa. Allí está el gran secreto de este poeta, su gran sabiduría, unificar el espíritu del lector a su libro, para que sintamos con su corazón, la belleza que le ha inspirado, el encanto que ha engarzado en la urdimbre de aquellos poemas breves.

La lírica Uruguaya está de parabienes, pues este poeta, no solo honra las letras de su país, sino también los de América. Su último volumen tiene que llamar la atención, por la dulzura de sus composiciones, por el acierto en reflejar sus cuadros, por la música suave que los reanima.

El poeta no se alejó de la verdad. Dejó a su ser que se mezclara a las cosas que habían de darle un gran motivo, y luego contó, y su corazón reflejó su sentimiento extraño en sus versos, de ahí porque se vuelven rica miel que dejan una suave y avasalladora inquietud.

Indudablemente que con este libro, el poeta Genta ha de producir un escalofrío en aquellos que se concretan a los exotismos y hacen juegos malabares con las palabras. Genta viene con un gran caudal: su emoción. No busquemos en su obra la pulidez académica, no busquemos el amaneramiento, allí eso pasa por alto, porque hay algo que lo eclipsa, y es la sinceridad unificada o lo emotivo, a lo que surge vivo y poderoso del rincón del espíritu. Y quien escriba versos así, es un poeta de verdad, que ha de bastarle su camino y su corcoj para seguir encantando con sus endechos.

Juana de Ibañeta, la exquisita poetisa, Alicia Porro Freire, ese joven ruiseñor uruguayo, como el gran Zorrilla de San Martín, han elogiado el valor del verso de este poeta, que viene en buena hora con un libro que honra nuestra literatura.

Tiene en su obra, composiciones de un gran valor, como la que sirve de portada al volumen "El eucalipto", "Dios", "La flor", y otras de una misma fuerza de expresión y de gran sonoridad.

El poeta Genta, con "El tercio azul", da a su personalidad, un mayor relieve, ahora nos resta esperar sus posteriores libros, para deleite de los que gustan la miel de los buenos versos.

V.

AVISOS ESPECIALES

MEDICINA

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bivio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.

U. T. Chacarita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque. Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras Suipacha 27.

U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 785 U. T. 7385 Avda.

Notas cinematográficas

Hace poco, los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer recibieron la visita de 300 caballeros de Colón del Capítulo de California, de viaje a Portland, Oregón, a donde se trasladaban para asistir a la Convención Nacional de la Orden.

Presididos por el secretario del Capítulo, Mr. William Burdenell, los distinguidos huéspedes recorrieron las instalaciones de los estudios, donde presenciaron el trabajo de diversos actores y actrices prominentes. Lon Chaney, el mago fué objeto de una verdadera ovación de los Caballeros, cada uno de los cuales, quiso estrechar la mano del gran actor, finalmente asistieron a la filmación de varias escenas de "The Hypnotist", en cuya película Lon Chaney desempeña el papel principal, bajo la dirección de Tod Browning.

Harry Carey, uno de los principales actores de Metro-Goldwyn-Mayer, ha sido honrado por la Dirección de Correos del Gobierno Federal, que ha dispuesto dar el nombre de "Carey, California", a la Oficina postal situada cerca de la gran estancia del astro. A inmediación de la estancia se halla una Reserva de los indios Navajos que profesan a Carey una gran amistad, llamándolo "el padre blanco".

Carey está actuando ahora en la filmación del papel del sargento Malone, en la gran película en colores "Rose Marie", que versa sobre un episodio de la historia del Canadá.

Carey, que es uno de los más típicos autores en los papeles del Far West, es nativo, sin embargo, de Nueva York, en cuya universidad se graduó.

En la película "Mujeres solitarias", de First National Pictures,

hay una escena en que Lewis Stone, intérprete del personaje principal, debe cometer la torpeza de dejar caer, en un momento dado, la ceniza de su cigarro sobre una alfombra. Pues bien, la filmación de ese episodio aparentemente tan sencillo ofreció una serie de dificultades que finalmente pudieron ser salvadas solamente por la formación de un verdadero concurso de fumadores en que participaron como una decena de actores, empeñados cada uno en obtener la ceniza más larga posible, pasando luego el cigarro con mil precauciones a Stone, para que este, actuando ante el objetivo frente a Anna O. Nilsson, pudiera ejecutar la escena con toda la naturalidad requerida. Como, a pesar de todos los cuidados, la ceniza se empeñaba en desprenderse, a destiempo, hubo que gastar una caja entera de puros antes de conseguir el efecto deseado.

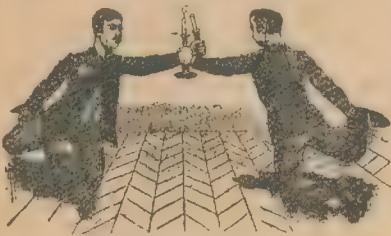
UN SERVICIO ESPECIAL DE SALVAMENTO. — La filmación de las peligrosísimas escenas de la navegación en botes por los saltos del Río Yukon, en la película "The Trail of 98", exigirá la instalación de un servicio especial de salvamento. Dicha instalación consistirá en un cable de acero tendido de una orilla a otra, encima de los saltos. De este cable se hallarán suspendidas varias plataformas móviles mediante roldanas que permitirán su rápido traslado de un punto a otro. Cada una de las guardias instaladas sobre las plataformas dispondrá de un mapa del fondo del río en que se hallan señalados todos los sitios en que las rocas suben hasta cerca de la superficie. Los lugares peligrosos serán marcados en el mapa con cruces coloradas.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

Equilibrio difícil

Arrodíllense en una sala dos caballeros, uno frente a otro, teniendo cada uno de ellos en la mano izquierda un candelero con su vela, y cogiéndose con su derecha el pie derecho por la canilla, cuya posición les obligará a sostenerse en equilibrio sólo sobre la rodilla izquierda.



Ahora bien: enciéndase la vela de uno de ellos, y apúéstese a que el otro, en la posición en que están, no puede encender la suya en la de su compañero.

Aunque el realizarlo parezca sencillo, tienen que darse bastante oscilaciones y caídas antes de conseguirlo. Téngase cuidado de extender un par de periódicos en el suelo entre los equilibristas, para que no se manche el pavimento con las gotas de las bujías.

No. 24 — Jeroglífico (Por J. Fernández)



No. 25 — Charada

Deja la mar en la ribera,
"Primera"
Bebida que mucho abunda,
"Segunda";
En ciudades siempre ves
el "tres";
Pues si eres, lector, cortés,
religioso, por mi vida
que acertarás en seguida
con mi "primera dos tres"

No. 26 — Con las letras de esta tarjeta componer un refrán (Por. J. Fernández)

ELENA F. N. PE-
QUEMS

"Nuevo Teatro Latino"

F.

(Alcántara).

No. 27 — Charada

Musical es la "primera"
la "tercera" musical
y con musical termina
la "cuarta" de mi total.
Si a la "segunda" lector
le cambiases la vocal
igualmente te resulta
otra nota musical.

No. 28 — Jeroglífico (Por J. Fernández)



No. 29 — Comprimido

RIGOLETTO
DE LA PLATA

No. 30 — Charada

—"Primera segunda", ¿has
(visto
ese "total" que he comprado?
—¿Y quién lo "segunda ter-
(cia"?
—"Cuarta, dos dos", no hay
(cuidado.

No. 31 — Jeroglífico (Por J. Fernández)



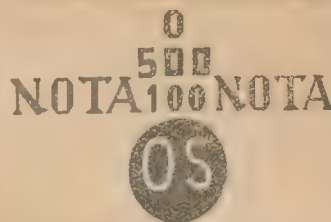
No. 32 — Adivinanza

Soy de palo, de metal,
de oro o plata, jamás cobre,
y tanto me usa el que es rico
como me usa el que es pobre.

No. 33 — Comprimido

CHOP

No. 34 — Jeroglífico



No. 35 — Comprimido

DE PIEL

PENSAMIENTOS

El primer amor de la mujer es, con frecuencia su última muñeca. — PAILLERON.

¡La religión! ¡el arte!... no quiero saber más. En el arte y en la religión voy distrayendo el gran fastidio de la vida. — José MORENO NIETO.

—Cuanto más cruel es el señor, más vil es el esclavo. — X. X.

—Olvidamos algunas veces nuestros dolores y luego volvemos a tomarlos, como un fardo que hemos dejado un momento para descansar. — X. X.

—Toda ley, toda orden en que se prohíba el examen y la censura, es inicua. — X. X.

—El anciano es una sombra que vaga errante en la claridad del día. — CHATEAUBRIAND.

—Se gana mucho en inspirar a la juventud una alta opinión de lo que es capaz de hacer, y lo cree fácilmente cuando se le manifiesta estimación. Esta edad tiene sólo el candor del amor propio y no de las desconfianzas. — X. X.

—No hay nada que supere a la elocuencia de una mujer apasionada. — La Harpe.

—Conviene postrarse en el polvo cuando se ha cometido una falta, pero no se debe permanecer en él. — CHATEAUBRIAND.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 12 — Pescar con caña
- N.º 13 — Tintero.
- N.º 14 — No hay más que ver.
- N.º 15 — Trasteo.
- N.º 16 — Félix.
- N.º 17 — Partitura.
- N.º 18 — Distraída.
- N.º 19 — Envenenados.
- N.º 20 — Tapicero.
- N.º 21 — Mamadera.
- N.º 22 — Sobreviviente.
- N.º 23 — Sobremesa.

Llevado de la curiosidad, come carne humana y se acostumbra. — Y mata a tres personas.

La emoción más intensa hace vibrar a los vecinos de la apacible villa de Budeni (Besarabia) ante el descubrimiento de unos crímenes horrendos, de los que ha sido autor un guardabosque y víctimas un forastero y dos personas de la localidad.

Hace unos dos meses descubrieron unos campesinos en las orillas de un bosque del pueblo el cadáver de un hombre de unos cuarenta y cinco años, cuya identidad no se consiguió. Deduciase, por sus vestidos y por una caja que había cerca del cadáver, que fuera un buhonero. El cuerpo estaba descuartizado, y las masas de carne habían sido cuidadosamente quitadas con instrumento cortante, y en forma análoga a como realizan esta operación los cortadores de las carnicerías.

El proceso abierto no arrojó ninguna luz sobre el misterioso crimen.

Dos semanas más tarde, en otro bosquecillo no lejos del lugar en que se halló el cadáver del buhonero, se descubrió el de una rica hotelera de la región.

En las primeras diligencias se desechó la idea de que fuera el robo el móvil de este crimen. Cerca del cuerpo de la víctima se había encontrado, abierta, una bolsa con dinero; el matador había dejado en las orejas de la infeliz unos pendientes magníficos y en las manos varias sortijas y alhajas de valor y un anillo de alianza.

También este cadáver había sido despedazado, y como al del otro, le faltaban las partes carnosas, también cuidadosamente cortadas.

Tampoco esclarecieron nada las diligencias judiciales instruidas.

La Policía se esforzaba en vano por desentrañar ambos crímenes, a los que se atribuyó una misma raíz, cuando hace pocos días la noticia de haber sido hallado un tercer cadáver en análogas circunstancias que los primeros, conmovió a las gentes. El tercer muerto era uno de los más ricos propietarios de Budeni, tratante en ganados, llamado Mahi Zara.

Tampoco había sido robado. En los bolsillos tenía los billetes de Banco empapados en sangre. Pero también este cadáver había sido despedazado. Ahora, sin embargo, se encontró una huella evidente. Siguiendo el rastro de unas gotas de sangre se llegó hasta la casa de un guardabosque llamado Florian Alelei. La sorpresa fué enorme, porque de él tenía todo el mundo un concepto inmejorable.

El inspector que hizo el descubrimiento le acusó a quemarropa y esta actitud le hizo palidecer y sostener la negativa débilmente.

En posteriores interrogatorios acabó por confesar, dando los pormenores más dramáticos, más estremecedores que han podido salir de labios de un hombre civilizado.

—Sí — dijo; — yo quise gustar...

No acabó la trágica frase. Un desvanecimiento dió con él en tierra. Se le prestaron los naturales auxilios, y prosiguió:

—La tentación era más fuerte que mi voluntad. Yo quise comer esa carne una vez, una sola vez. Y

para lograrlo maté al buhonero que pasaba por el camino. Después a la hotelera y más tarde a éste. Pero yo no lo relataré porque es terrible. Cuando se ha gustado eso es irresistible la tentación de volver. Por eso la maté a ella y por eso he matado a Mahi. No sé hasta cuándo habría seguido de no haberme descubierto y detenido.

Florian Alelei ha sido sometido a las observaciones de los psiquiatras de un establecimiento de Kichinev.

En Berlín hay un gabinete dental para perros y tiene enorme clientela.

Ha sido abierto en Berlín un gabinete dental de un género verdaderamente extraordinario.

Sólo servirá para los perros de ambos sexos.

En dicho gabinete dental, dentistas especializados, con título de la Facultad de Berlín, limpian las bocas de los perros, empastan sus dientes y muelas, y les ponen ya dientes postizos, ya dentaduras completas.

Un periodista ha ido a hacer información en institución tan original, y el dentista jefe de la misma le ha manifestado que tiene clientes numerosísimos, y que todos los días hacen "cola" en su antecámara docenas de damas que llevan en brazos a sus perros y que aguardan pacientemente turno para que sean curadas las enfermedades de la boca de sus animalitos.

Agregó que los perros sufren el dolor de las operaciones mejor que las personas, y que casi nunca tiene que recurrir a la anestesia.

Encierra en un armario frigorífico al amante de su mujer y a la mañana siguiente se lo encuentra muerto.

Un carnicero llamado Wells, de cincuenta años de edad, establecido en Viena, tenía sospechas de que su joven esposa sostenía relaciones con un muchacho.

El carnicero compró un gran armario frigorífico, que colocó en su habitación, dejándolo abierto. Después fingió un viaje rápido para asuntos del negocio, despidiéndose de su joven esposa, a la que dijo que no volvería en dos o tres días. Pero a media noche regresó a su casa y llamó fuertemente a la puerta. La esposa tardó mucho en abrir, dando tiempo a que el galán que la acompañaba se escondiese.

El carnicero, al entrar en su cuarto, como si tomase una medida de precaución, cerró el armario frigorífico, donde, fingiendo

que no se daba cuenta, vió que estaba escondido el amante de su esposa.

Por la mañana, al abrir el armario, se encontró el cadáver del individuo, que había muerto helado.

La terrible María Akerblom. Quien la molesta muere asesinado.

En Helsingfors, capital de Finlandia, las autoridades han dispuesto que sea perseguida y presa una mujer llamada María Akerblom, que ha ocasionado ya numerosos tumultos y a quien se acusa además de ser inspiradora de numerosos asesinatos.

María Akerblom posee un extraordinario poder sugestivo, y ha fundado una secta mística, que cuenta con varios miles de correligionarios. Todos ellos la obedecen ciegamente y le entregan con gran puntualidad la cuarta parte de lo que ganan.

María ha impuesto a todos los sectarios una disciplina de hierro. Se ha visto a personas respetables, pertenecientes a la secta en cuestión, testimoniar en falso, porque así se lo había ordenado la que ellos llaman "santa".

Bastantes asesinatos misteriosos cometidos últimamente en Finlandia son atribuidos a la instigación de María, porque entre los muertos figuran algunos periodistas y diversos magistrados que criticaron en la Prensa a María Akerblom o que la condenaron a multas o arrestos.

Ultimamente, María Akerblom fué presa en una casa de campo próxima a una estación. La metieron en un tren para traerla a Helsingfors; pero se escapó arrojándose por una ventanilla cuando el tren estaba en marcha.

Según parece, María ha sido escondida por sus parciales, y se dice que muchos de éstos montan la guardia, armados de revólveres y fusiles, delante de su refugio, y con la intención de recibir a tiros a los policías cuando se aproximen para volver a detener a la terrible iluminada.

Regala toda su tienda porque le iban a embargar.

En el pueblo de Hagondange, (Francia), un comerciante apellidado Schmidt fué procesado por contrabandista, y condenado al pago de una fuerte multa. Negóse a abonar ésta, y entonces se decretó el embargo del bazar que poseía.

Al enterarse, Schmidt puso un gran cartel a la puerta de su establecimiento donde se decía: "Venid al comercio ideal. Cada cual

puede llevarse todo lo que quiera sin pagar nada."

A los pocos momentos todo el pueblo se agolpaba delante del bazar de M. Schmidt; pero nadie se atrevía a entrar, creyendo que se trataba de una broma.

Entonces, M. Schmidt empezó a coger objetos de su bazar y a entregarlos a la gente, la cual se animó, y concluyó por penetrar en grandes oleadas y llevarse lo que quedaba en pocos minutos.

Viendo aquel saqueo monsieur Schmidt reía a carcajadas.

Al poco rato, cuando ya en el bazar no quedaban más que las anaqueladeras, se presentaron los agentes del fisco a embargar, y su consternación fué extraordinaria al ver que no tenían nada que llevarse.

Los pantalones de las mujeres de Pekín.

El general Chen-Hsin-Yon, jefe de la Policía de Pekín, acaba de fijar en todas las esquinas de la capital, un bando referente a los trajes de las mujeres.

Dicho bando contiene, entre otros, los siguientes párrafos:

"La moral pública está en peligro desde que las mujeres se han dedicado a hacerse más cortos los pantalones.

Muchas mujeres chinas que habitan en esta capital dicen que es que se han europeizado; pero en realidad se visten como si fueran brujas.

sus mangas cortas y sus pantalones abiertos por arriba y cortos exponen su piel a la vista del público.

Parece que encuentran placer en enseñar así sus formas. Estas mujeres no merecen ser chinas, y tampoco son extranjeras, y, en verdad, resulta difícil decir, al verlas, a qué sexo pertenecen.

Si se deja continuar este estado de cosas, ¿cómo se podrá mantener y preservar el orden moral, base de la sociedad china?

Si después de este bando se encuentra a alguna mujer en una calle de Pekín pavoneándose con alguno de estos trajes de última moda, será detenida y castigada severamente".

Trenzados en lucha, marido y mujer caen desde un balcón a la calle y aplastan a un transeúnte.

Mr. Ducorneau, que vive en la calle Belle Etoile 26, de Burdeos, se trabó en reñida lucha con su cara mitad. Los contendientes, ciegos de furor y entre golpes, mordiscos y arañazos se aproximaron a un balcón, en cuyo hueco siguieron golpeándose con encarnizamiento. De pronto los combatientes perdieron el equilibrio y se precipitaron hacia la calle, en momentos que pasaba un pacífico transeúnte, sobre el cual cayeron los cónyuges, desde una considerable altura. Y tanto el transeúnte como ambos esposos, se hallan gravísimos a consecuencia de las numerosas heridas que recibieron.

"PARA EL APERITIVO DE LAS 8"

Don Alfredo Duhau tiene prestigio de comediógrafo elegante, suavemente ironista, y a veces brillante. Este prestigio proviene de algunas piezas bonitas, de esas que se denominan de salón, donde los personajes de Duhau conversan cada bientes mundanos y derraman espiritualidad en los diálogos. Algunas de esas obras se recuerdan aún y, si se reprisan, gustan al público. Es un autor que se complace en convertir la escena en un salón recepción, y como en los salones no se hace más que hablar, los personajes de Duhau conversan cada vez que se encuentran y, por lo general, hacen poco. Tal cual dislate de un niño o una dama elegante, el consiguiente conflicto en la familia y una solución que concilia casi siempre con el ambiente en que se produce. Nada de horrible, que ponga violencias de drama o sacudimientos espeluznantes. Siempre la tibieza de la comedia que no llega a ser dramática.

En "Para el aperitivo de las ocho", con el que el señor Duhau reanuda su labor de comediógrafo después de largo "relache", hay dos intentos de suicidio y muchos conatos de otras cosas que no llegan a producirse.

En torno de la desaparición de un collar, puesto en el cuello de una señora por su marido, se desarrollan cuatro actos extensos y muy hablados, que si no aburren, tampoco entusiasman. Es una pieza construida a la antigua, que ya no es posible admitir sin formular una leve protesta. El público de hoy quiere acción más que palabras. El señor Duhau no lo ignora, pero tampoco quiere hacerle el gusto.

La señora Matilde Rivera y el actor De Rosas éste en un papel escaso, dieron vida a muchos momentos lánguidos de la obra. Bien, la Larena y demás actores.

ADRIANA Y LOS CUATRO EN EL NUEVO

No siempre es necesaria y a veces puede resultar contraproducente en el teatro, abordar temas profundos y conflictos trascendentales para realizar una sátira filosófica contra determinados aspectos o costumbres de la sociedad. El asunto enjundioso y los personajes hinchados de sapiencia, no llenan su misión en la escena casi nunca, porque necesitan ser llevados de la mano por un talento y una experiencia que no es fácil pretender en cada manuscrito. Más hacedero resulta buscar en el ambiente común tipos de todos los días y fábulas sencillas o farsas sin demasiadas complicaciones, para que los personajes digan burlando lo que el autor se propone, dejando al espectador la moraleja.

Este procedimiento, antiguo y moderno, siempre eficaz, lo ha empleado Enrique Guastavino en su pieza "Adriana y los cuatro", estrenada con muy buen éxito en el Nuevo.

Nos presenta en ella el autor a una mujer coqueta y desenfadada, a quien los imperios de una juventud pasional le presentan el fenómeno del adulterio como una legítima combinación de factores tendientes a proporcionar la dicha

TEATROS

que no se encuentre en el matrimonio. Adriana, con su poker de enamorados, — el marido, un amante para el amor y dos para el lujo — soluciona su problema sensual del momento, mientras no se plantea a su espíritu el verdadero problema del amor total, que demuestra ser exclusivista e intolerante como lo ha sido siempre, ya que la raíz íntima de los sentimientos humanos no puede ser afectada por la evolución de las costumbres ni de las modas.

Le sirve este asunto a Guastavino para poner en boca de sus personajes burlas e ironías con las que va desenvolviendo galanamente su tesis, por medio de diálogos que casi siempre son intencionados y felices.

Constituye esta pieza un encomiable esfuerzo por incorporar al teatro chico los elementos de la espiritualidad de que hasta ahora careció casi siempre. El intento ha sido logrado en apreciable grado y mercede por ello el autor los aplausos con que su producción fué recibida.

Los elementos de los hermanos Cicarelli actuaron correctamente.

"EL HOMBRE QUE SE RIFÓ" EN EL APOLO

Con un propósito bien intencionado, un mal argumento y escenas mixtas, en las que se mezclan lo bueno y lo malo, han escrito "El hombre que se rifó" los señores Mario Folco y Juan F. Mazzaroni.

Es demasiado trivial la intriga en que se basa la pieza, para llegar a producir en el auditorio la impresión artística que por momentos parece que hubieran pretendido las autores. En cambio, hay pasajes de gracia de brocha gorda que conciben perfectamente con su tono general. Se diría que los autores no se han animado a abordar abiertamente una obra de comedia fina y sólo se han aventurado a remontarse episódicamente en pequeños vuelos de ensayo. Podría ser también que proponiéndose escribir una de tantas piezas bufas como se dan al teatro, tuvieron fugaces momentos de inspiración que los llevaron más allá de sus designios. Cabe, finalmente, la hipótesis de que uno de los autores haya puesto la cal y otro la arena. Lo cierto es que la obra resulta desentonada y heterogénea, lo que le resta mérito de conjunto. Sin embargo, se escucha con agrado y no faltan en ella motivos para aplaudir.

Como siempre, César y Pepe Ratti, con la colaboración de Chela Cordero y Mecha Caus, realizaron los papeles a su cargo contribuyendo eficazmente al éxito.

BENEFICIO DE BLANCA PODESTA

Sin duda es Blanca Podestá una de las figuras más simpáticas, representativas y popular de nuestro teatro y a fe que le sobran títulos para ello, desde los incuestionables valores artísticos que posee hasta los que asignan a un artista los largos años de labor y el tesonero esfuerzo por mantener en un plano superior sus actividades, contra los requerimientos de otras exigencias subalternas que a cada momento conspiran contra la in-

tegridad del ideal. A Blanca le ha acompañado siempre la simpatía del público y puede asegurarse que podrá seguir contando con ella mientras su nombre aparezca en las carteleras teatrales. Todo ello se puso de manifiesto en la noche de su beneficio, brillante fiesta en la que fué pródigamente agasajada.

"MI CASA", EN EL MAYO

La compañía española Juárez-Sanjuán parece dispuesta a aumentar su repertorio con juguetes cómicos exclusivamente. A los varios estrenados últimamente y de los cuales hicimos crónica en oportunidad, hay que añadir el del epígrafe, firmada por los conocidos autores hispanos Antonio Paso y A. Estremera. Se desarrolla la pieza en torno del choque que produce en una casa de severas costumbres donde se hace culto de la tradición, la llegada de una chica muy moderna. El asunto, no por gastado, deja de dar motivo para divertir al público, bien que el juguete cómico carezca de gran eficacia hilarante en muchas escenas. Los autores han acumulado episodios, sin preocuparse de seleccionar, teniendo, al parecer, urgencia en terminar la obra.

Las actrices señoras de Los Ríos y Costa y los actores Sanjuán y y Juárez fueron los más celebrados de los intérpretes.

LA NOVEDAD DE PARRA

Hacia tiempo que don Ricardo Hicken no estrenaba con la compañía de Parravicini, con quien obtuvo largos éxitos años atrás. Al volver al Argentino con la pieza "El más grande vagabundo puede ser dueño del mundo", no reconoce el cronista, para decir verdad, al autor de esa joya que se llama "Maridos caseros". Hay una enorme distancia entre ambas. Empero hay que admitir que el gusto estragado del público actual exige una comicidad de otra especie y que logra el señor Hicken divertir mucho en esta pieza que tuvo en Parra un intérprete de gracia alocada y descacharranto en su papel de supuesto rico disfrazado de atorrante. Discretos los demás actores.

LA MEMBRIVES

Se anuncia para la semana próxima la reaparición en el Avenida de la notable actriz argentina Lola Membrives, al frente de una compañía de drama y comedia.

La temporada de Lola ha de atraer sin duda mucho público.

CASAUX ESTRENA Y SE BENEFICIA

El eximio actor Roberto Casaux celebró en la semana anterior su "Serata d'onore" estrenando en esa oportunidad la pieza en tres actos de Federico Mertens titulada: "El abuelo Patrick".

En el próximo número nos ocuparemos de este estreno con el detenimiento debido.

UNA QUE SI Y OTRA QUE NO

De las dos reprises que se anunciaban en el Nacional ganó la de-

lantera "La rosa de hierro" de Martínez Cuitiño y ha sido tanto su éxito que obligó a demorar la reposición de la otra pieza prometida. Bien es verdad que el hecho responde al título de la pieza, porque llegará al cartel del Nacional "A la rastra".

PROXIMAMENTE

Tal es la referencia que hasta el momento tenemos del próximo estreno, en el Cómico, de la pieza de Armando Moock titulada "Un casamiento a lo yankee". Como todo depende de la resentida salud de Arata y éstos resentimientos son de los pocos que en el teatro tienen verdadera realidad, hay que contentarse con desear que ese próximamente se cumpla en fecha no lejana y consignar a simple título hipotético la noticia del futuro estreno, que muy bien podría ser ya presente o pasado al aparecer estas líneas.

También se anunciaba la reposición de "El cabaret de Montmartre" de Alberto Novión.

DEL BATACLAN

El elenco bataclánico que dirige Pelay y Amadori repuso en la Comedia "Pelado versus Peludo", revista ya conocida, pues que se estrenó en el Nuevo. Preparan los autores de la casa, "De Cyrano a Martín Fierro", nueva revista que no ha de ser una revista nueva.

CINE GLORIA

La incorporación del señor Marcos Sánchez como administrador de este cine, ha traído como consecuencia inmediata el brillo de la temporada, que se viene desarrollando con el mejor de los éxitos. El señor Sánchez, que es una persona de prestigio en el mundo del film, y a sus aptitudes de cinematografista una exquisita cultura social que conquista la estimación del público. Su designación para el Gloria ha sido un acierto.

GRAND SPLENDID

Las últimas novedades ofrecidas en este grandioso cine han sido muy bien recibidas por el público aristocrático que frecuenta las funciones y que las convierte en una verdadera reunión social o punto de cita de las familias de la "haute". En esta semana se pasarán notables producciones.

CAPITOL

"Los últimos días de Pompeya", bella adaptación cinematográfica de la novela de Lord Lytton, ofrecida en este salón en exclusiva, atrae numeroso público, siendo de esperar que se exhiba muchos días.

HINDU

La bella sala de los señores Fiore y Coll continúa llenándose y en la pantalla se viene brindando interesantes espectáculos de verdadera atracción, que han de mantener los llenos.

CINE PARCK

Un bonito programa ofrecerá en la semana este prestigioso salón de Palermo, por el que desfilan las mejores familias de la circunscripción, que lo han erigido en su cine favorito.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. MODELO BERNARD. — Traje para la tarde confeccionado en "charmeline" color azul marino y rosa adornado con bordados en oro. — 2. MODELO BLANCHE LEBOUVIER. — Traje para la cena, ejecutado en raso de seda negra, adornado con nudos bordados con estras. El traje, que está abierto al costado, está bordado con volantitos plisados, hechos con el mismo raso. Forro de crespón Georgette rosa. — 3. Traje de raso muselina rosa, adornado al costado con galón perlado, nácar y plata. La flor que lleva en la espalda y el concheado de la falda están hechos con tul rosa.



Tan buenas como las mejores galletitas importadas



GALLETITAS
Petit Beurre
BÁGLEY

Deliciosas galletitas quebradizas poco endulzadas, tan finas en calidad y sabor como las importadas. Especiales para el te.

LA bondad de un producto se comprueba con su capacidad para competir con sus similares en un mercado neutral. — Las galletitas Bágley, debido a su calidad, gusto y precio equitativo, gozan de una preferencia incontestable en el Uruguay y otros países extranjeros frente a lo mejor de la producción mundial.

De las 52 variedades de galletitas Bágley, destacamos hoy las OPERA, deliciosas obleas quebradizas con relleno de rica crema, especiales para servir con licores, vinos generosos, postres de fruta o crema y helados.



GALLETITAS BÁGLEY OPERA